

Isaí Flores

Sálvame de los espíritus



endira
Trama

SÁLVAME DE LOS ESPÍRITUS

Isaí Flores

Grupo Editorial Endira México, S.A. de C.V.

The logo for Endira, featuring the word "endira" in a lowercase, blue, sans-serif font. The letter 'e' is stylized with a white circle inside it.

Sálvame de los espíritus

Primera edición, 2017.

Primera edición (Endira), 2019.

© 2019, Isaí Flores

D.R. de esta edición.

© 2019, Grupo Editorial Endira México S.A. de C.V.

16 de septiembre 8 local 16, Colonia Centro, San Juan del Río, Qro. C.P. 76800 San Juan del Río, Querétaro.

Teléfono: (427) 272-47-97.

www.endira.com.mx

Este libro es una obra de ficción. Todos los acontecimientos históricos, personas o lugares reales que aparecen en esta obra son producto de la imaginación del autor o se usan de modo ficticio.

Queda prohibida la reproducción directa o indirecta, total o parcial de esta edición así como la explotación de la misma, sin autorización escrita del editor.

ISBN (LIBRO FÍSICO): 978-607-8585-20-5.

ASIN: B074D6KFK6.

Para más información, visita:

www.endira.com.mx

Contacta al autor:

[Facebook](#) / [Instagram](#) / [Twitter](#) / [Correo Electrónico](#)
isaoriginal.com

Rafael

León se forraba con lúgubres tonalidades del otoño entrante. La sobra de la canícula de las semanas anteriores había dejado sin deseo de arrojarse a los ciudadanos. La crisis financiera que se suscitaba a finales de los 90's azotaba a un México atontado que apenas se apegaba a la nueva denominación de la moneda nacional. Los comercios se remolineaban entre actualizaciones en sus sistemas informáticos y tradicionales. Sucumbidos por nuevos diseños en sus publicidades, y en la necesidad de una administración más efectiva y moderna para las empresas. Los vendedores callejeros se desgastaban las muñecas de las manos mientras escribían números sobre cartulinas de colores fosforescentes. Las amas de casa tachaban y corregían las cifras en sus listas de abarrotes. Los economistas se retorcían en sus trajes de líneas caqui, arrugando las solapas de sus sacos de diseñadores extranjeros. La actividad más importante de la ciudad; la curtición y la exportación de piel bovina, enardecía la marcha para contrarrestar los efectos monetarios en declive. Las tenerías agilizaban a sus obreros para completar todos los pedidos a nivel local y nacional. Las zapaterías alzaban sus cortinas de metal pesadas y humeadas de esmog, para admitirle al sol iluminar sus aparadores repletos de calzado y marroquinería.

Para esa época lo tenía todo. O al menos lo que muchos jóvenes a esa edad aspiraban por tener. Ajusté mis gafas en mi rostro con forma de huevo. Acomodé algunos ejemplares de tacones de charol y de huaraches, para que fulguraran atractivos hacia la exigente inspección de los transeúntes. Aguardé a que Ernesto, mi padre, tuviera la caja registradora con las monedas exactas, a que llegara la empleada de mostrador, y a que se me diera el permiso definitivo para salir corriendo al bulevar Hilario Medina a tomar un taxi, para así mantener mi historial de puntualidad lo más limpio posible en el Instituto Lux, donde estudiaba la licenciatura en psicología. El chofer llevaba a todo volumen el noticiario nacional, como si de una canción de moda se tratara. Me disgustó no gozar de un viaje libre de mensajes catastróficos en el país. Prefería escuchar las piezas controvertidas de Mecano. Abrí el cierre de mi mochila escolar para verificar si cargaba con los libros de las asignaturas que me correspondían ese día, fruncí el semblante cuando me culpé por haber olvidado mi tomo de una tonelada titulado: *Introducción al Pensamiento y Lenguaje*. ¡Cuánta frustración!

Entré barriéndome al aula. Mis compañeros hicieron burla de mi casi partida de boca. Me senté en mi pupitre pintado del tono de las algas. Un glauco. Luego de algunos chistes y bromas, mi profesor de Psicometría hizo acto de presencia. Saqué un libro que resguardaba un separador anunciando el cumplimiento de mis obligaciones como estudiante, así como mi escasa vida social. Ni siquiera lo utilicé. El regordete de Juárez nos ordenó que guardáramos todo, y que nos preparáramos para un examen sorpresa. Escribí mi nombre completo sobre el papel responsable de mis traumas académicos, del cual algunas respuestas estaban impresas en el libro que había olvidado. Se me rompió la puntilla del lápiz. Le saqué la punta. Una ligera neuralgia arremetió contra mis sienes. La solución a las interrogantes se me entremezclaba en remembranzas de mi vida inexperta, y en los nombres de psicólogos y psicopedagogos. De pronto, un rostro apiñonado, con marcas de acné, de facciones toscas y sutilmente femenino, yuxtapuesto sobre una silueta flaca de pantalones oscuros y delgados, y de playera grisácea me aturdió. Sofía me sustrajo de la realidad.

Cuando perdí la pugna de argumentos por parte de Marta, la hija de los Mora, una de las familias más acaudaladas del Bajío, en uno de sus tantos arranques de niña mimada insatisfecha,

me atizó una cachetada y se fue en el Mercedes Benz que le habían obsequiado sus padres, dejándome triste y alborotado a la mitad de la avenida López Mateos. Sin dinero en mi cartera suficiente como para irme en un taxi, me aventuré en utilizar el transporte público. En la estación de espera estaba Sofía, que llamaba la atención de la gente por su irreverente apariencia. Sin darme cuenta, le pisé el empeine del pie al retroceder para que una señora con carriola pasara. Mi disculpa fue efímera y a ella no le generó ningún interés. La ubiqué al poco rato. Habíamos ido a la misma secundaria. A la Técnica No. 1. Volví a hablarle para presentarme e intentar hacer que se acordara de mí, aunque parecía que su mente me había borrado por completo.

—Iba en el turno de la mañana. Eres Sonia, ¿no?

—Sofía —me reparó—. La verdad no te recuerdo, amigo.

—Descuida, *Sofía*. Me sentaba adelante. Tú te ponías en la esquina, hasta el fondo. Era el que siempre levantaba la mano para comentar.

—¡Ah, sí! El *fresa*.

—Ese mero... —asentí con cierta incomodidad.

—Te juntabas con Omar, Daniel y Alam. Te decían Rafita.

—Ándale. Ese soy yo. Qué gusto volver a verte. Por poco y no te reconocía con ese nuevo *look*.

—¡Diste en el blanco! —farfulló y se rio. Deslizó una mano detrás de su nuca hasta topar con su diminuta melena, y la agitó para presumir sus mechas celestes.

—Estás esperando el camión también, ¿verdad? ¿A dónde vas?

—A mi casa. ¿Y tú? —respondió con seriedad, con un atisbo de molestia ante mi cuestionamiento.

—Yo igual. Acabo de terminar con mi novia, mejor dicho, mi ex. Bueno, eso creo.

—Ah... —ella no pudo disimular su nula atracción por mi historia—. Qué mal.

Honestamente me dio gracia su postura franca y transparente. El autobús de una ruta suburbana apareció erosionando sus neumáticos, arrojando polvo y mezclándolo con el neblumo que lo perseguía por detrás. Me despedí brevemente y ella abordó. Mientras el conductor esperaba a que terminara el ascenso de pasajeros, le soplaban la suciedad a mis gafas para poder distinguir el lugar que Sofía había elegido a través de las ventanas. Un viejo con una bandeja de semillas me distrajo al darme su corto discurso de venta. El señor barbudo al volante hizo tronar el ambiente con el estruendo del motor, y desapareció el conjunto dentro de una neblina percutida de contaminación, basura y hojas secas. No me percaté que había mantenido al viejo sin responderle, hasta que se fue con sus fuerzas casi inexistentes en sus piernas trémulas.

Sofía

Siempre fui una persona chingona. Desde muy joven. La vida me enseñó a ganarme el pan con el sudor de mi frente. De eso puedo presumir, porque es lo que fui y es lo que soy. Una vendedora de barrio en una ciudad que quiere convertirse en metrópoli. León, la ciudad del trabajo y el progreso, que todavía no puede solucionar su problema con las inundaciones.

Mi día empezaba luchando por intercalar unas bases metálicas que usaría para poner una mesa rectangular. Con la ayuda de Lorena —el queso añejado de la familia que era mi madrastra— coloqué un enorme bulto de tela sobre nuestro austero pero digno demostrador. Deshice un nudo rejego y las ropas de segunda mano salieron disparadas hacia mis costados. Las extendí dándoles algo de uniformidad. Abrimos un par de pacas más. Lorena enganchó algunos letreros medio

presentables en los ojillos que tenía la sábana que también usábamos como protección de los rayos UV.

La calle Venezuela se llenaba de señoras que se creían la última Coca del desierto, algunas madrugadoras y otras que se despertaban a la fuerza, y de niños que corrían por doquier. Las frutas se exprimían a la velocidad que los brazos de las tenderas podían. Los camiones se hacían bolas entre mentadas de madre, chiflidos, empujones y arrancones. Las verduras las ponían lo más chido para que se vieran antojables. Los carniceros de la cuadra afilaban sus cuchillos similares a los que usan los asesinos para destazar a sus víctimas. Eso lo sé no por las películas que veo, sino por los periódicos que ahí circulan. Las cosas inservibles que ya nadie quiere —las baratijas—, se desplomaban en cobertores agujerados extendidos sobre el suelo. Los discos de música pirata los pegaban con cinta adhesiva sobre estructuras de fierro. “¡Pásele, güera! ¡¿Qué va a llevar?! ¡Aquí bueno, bonito y barato!”. Esa era mi gente, bien fregona.

Atrapé mi cabello grifo con la liga de un paquete de tostadas que ya me había acabado. Le embolsé unas prendas a una mujer rotunda que esperaba impaciente para que le entregara sus tres pesos de cambio. La bilis, como usualmente hacía la canija, atacó a mi estómago, recordándome el hambre tempranera. Le grité a Don Luis, el señor de los jugos, para que me preparara uno de naranja con zanahoria, y de paso que me cobrara una galleta de avena que había agarrado en una carrera a su puesto. En ayunas, Lorena le dio un trago a su refresco sabor manzanita, y una larga fumada a su cigarro, que según ella, era todo lo que ocupaba su cuerpo para comenzar el día. A sus clientas no les importaba el penetrante olor del tabaco aromatizando el puesto y sus futuras compras, a ellas les interesaba que se les diera el precio más bajo por las camisetas que habían escogido para sus maridos.

Sorbí de mi bebida en la presentación de moda entre nosotros —en una bolsita de plástico con popote—. La acidez del jugo bombardeó mi esófago hasta mi panza. Creo que es una técnica infalible para purgarse de los parásitos intestinales. Suena estúpido, pero puedo asegurar que me ha funcionado. Seguí bebiendo y mordiendo mi galleta con premura, antes de que un agraciado consumidor interrumpiera mi nutritivo desayuno. Un chavo delgado que traía unos lentes enormes caminó frente a mí. Me acordé de Rafael, siendo que no tenía la más mínima referencia de él, hasta hacía unas semanas cuando me lo hallé en lo que esperaba mi camión.

Mi madrastra casi me deja sorda. Quería que despachara a una doña, porque no quería desatender a una ladrona que ya teníamos ubicada y que merodeaba haciéndose pendeja. Le pedí cincuenta pesos a la señora, me pagó y se fue con una bolsa donde iban las próximas telas que vestirían a un par de niños, hijos de una prostituta que habían matado a puñaladas a sólo unas cuadras.

—¿Qué traes tú? Andas medio modorra —dijo Lorena.

—No pude dormir bien.

—Mejor te hubieras comprado un café, Sofía. Esos jugos lo único que hacen es apendejarte. Ándale, cuélgate estos vestidos, a ver si así te despabilas.

Me trepé en un banco de plástico. La labor de exhibir las prendas sobre las cuerdas que instalábamos de un muro a otro era algo que dominaba a la perfección. La práctica hace al maestro. Estiré mis brazos y dejé caer los ganchos sobre una soga, los recorrí con un palo de madera para que los vestidos lucieran mejor. El encuentro con Rafael me había tenido en las nubes, dándole vueltas a su charla fofa, y no podía resolver por qué mi mente insistía en sacármelo cada que veía a un tipo que se parecía a él.

—Mija, ¿a cuánto está éste? —me habló una viejecita.

—Lo de ahí le sale a veinte pesos la pieza, *seño*.

—¡Ay no! Está muy caro, *mija* —se quejó y se fue con la competencia.

—Pinche vieja —susurré entre dientes.

Amanecí con los lagrimales llenos de lagañas, pegajosos y rebeldes. Mis sábanas ya no eran tan suaves como antes, se habían malgastado por tantas lavadas, tenían hoyos y manchas impregnadas de mis primeras visitas de Andrés. Observé mi cuerpo desnudo en un espejo sostenido de un clavo en la pared. Toqué mis chichis, eran preciosas, pero no las quería en mí, nunca las quise, deseaba cambiarlas por un pecho plano. Fornido. Masculino. Suspiré derregada. El calendario presumía el inicio de la semana. La rutina se asomaba desde un rincón de mi cuarto de *Barbie* —al que llamaba así no por la decoración, sino por el tamaño—, mezclándose por las paredes descarapeladas y la mugre sellada en los zoclos de calcomanía. Deseaba con todo mi ser lanzarme al colchón y no despertar hasta que mi cuerpo no pudiera más. De mi cómoda —creada con huacales que anteriormente habían sido utilizados para cargar vegetales— saqué una playera de tirantes color rojo oscuro, y un pants azul marino que se confundían con el carbón. Esculqué entre mis calzones, sumergí una mano hasta el fondo, y encontré mi bolsita preferida, con unos gramos de arena blanca, de la más buena. Metí un dedo para embarrarlo un poco, lo saqué para llevármelo a una fosa nasal, inhalé, y repetí el acto para estabilizar mi nariz. Esa química sí que me gustaba. Me revivía en un universo paralelo, y sus efectos eran más veloces que esas vitaminas que te venden por catálogo. Estornudé, y el eco en mi garganta me asustó un poco. Lo superé. Abrí mi ventana para que el dióxido de carbono y los chismes de mis vecinos entraran a remover las esencias corporales de la noche. Me urgía, porque anoche me había zambutido dos platos con frijoles charros que Lorena había comprado en una cenaduría de nuestra calle.

Alejandra, mi hermanastra, reposaba con el cuerpo desparramado en el único sillón que teníamos en la recepción-sala-comedor-cocina. Miraba las caricaturas norteamericanas que transmitían en la mañana por el canal 5. La calidad del contenido todavía no era un despilfarro. Los veintiocho años de la gorda no habían sido capaces de independizarla. Estaba encadenada a su mami, ¡a la comodidad! Yo había discutido una infinidad de veces con Lorena sobre por qué permitía que ella viviera del esfuerzo de nosotras, pero siempre perdía el debate con que el trabajo de ella era mantener aseada la casa, y ayudarnos a descargar cuando llegábamos con las pacas de ropa que traíamos desde Uriangato. La mayoría de las ocasiones, yo terminaba haciendo sus quehaceres, no porque ella no los hiciera, sino por su apretada agenda, o sea, cuando le daba su regalada gana.

El aroma de los huevos revueltos con tocino me asqueaba, sólo un poco más que ver a Alejandra en la misma posición todos los días. Nuestro menú era minimalista. Era eso, unas quesadillas o unos *hot cakes* con leche condensada. Cuando pasaba por restaurantes, me imaginaba los deliciosos sabores que sólo personas fufurufas degustaban, mientras platicaban de negocios, o de sus próximos derroches. Yo sólo deseaba un desayuno en alguno de esos lugares, para quitarme un poco del paladar el sabor a aceite barato.

—Hasta que te despiertas... ¿Por qué tardaste? —me regañó Lorena, en lo que arrancaba residuos chamuscados con una espátula oxidada del sartén—. Son casi las ocho y tú no sé qué haciendo. ¡Vente a comer ya!

—Ya voy, Lorena. ¿Vamos tarde?

—Quiero que nos pongamos temprano. El Padre Benito de La Merced va a ir por la ropa de los huérfanos.

—¿Por él estás tan apurada? Siempre llega después de las nueve. Estamos a tiempo.

—*Shh*. Deja de quejarte y mejor ponte a calentar la troca. Me voy a llevar el huevo en un traste para comérselo allá.

Obedecí a regañadientes hasta el momento en que vi que le saltaban las venas del rostro. Hacerla enojar me satisfacía de cierta forma. Alejandra me miró por el rabillo de un ojo, y fue todo para que yo palpara su burla silenciosa.

—Y tú, huevona —le gritó Lorena—. Más te vale que estos trastes estén limpios para cuando regresemos. No quiero estarlos lavando en la noche.

—Sí, *má*. Al rato lo hago.

—Sí, *má*. Al rato lo hago —la arremedó—. Ya muévete. Por eso estás tan gorda, por estar aplastada todo el día viendo tus pinches telenovelas.

Sin controlarlo, expulsé una risa que escondí mordiéndome la lengua.

—Tú no te rías, cabrona —aulló la mantenida.

—Tú lo serás —respondí.

—Hija de tu...

—¡Cállense! —ladró Lorena. Alejandra rezongó, pero la volvieron a callar—. ¡Ya! Sofia, no le contestes así, Alejandra, no le hables así tampoco —finalizó en lo que guardaba un *tupper* caliente en una bolsita de plástico de la Aurrerá.

Salí de la casa, riéndome internamente, y encendí el armatoste del año del caldo que despertaba de un susto a cualquiera con su escándalo semejante a un bombardeo aéreo.

Rafael

Descendí por las escaleras de mi enorme morada, con el atuendo de pusilánime planchado y pulcro, el cabello engominado, y el perfume de maderas silvestres que me rodeaba como mariposas tercas. Me preocupaba demasiado por mi apariencia, era lo más allegado a un metrosexual. Mejor dicho, alguien que aspiraba enmascarar su falta de atractivo visual.

“El FOBAPROA se encuentra en el ojo del huracán ante los reclamos de los cuentahabientes de las instituciones bancarias nacionales. El incremento a los intereses en los créditos públicos...”

La televisión de la cocina estaba entreteniéndome a mi padre, que yacía con una taza de café pausada en su mano derecha, y con las mandíbulas moviéndose lentamente en lo que trituraban un trozo de pan hojaldrado.

—¿Ya viste? Estos hijos de la fregada pretenden hacernos pagar su deuda. Me lleva la que me trae —refunfuñó.

—¿Qué va a pasar? —dije mientras vertía hojuelas de maíz en un bol de vidrio.

—Es lo que no sé. Creo que lo mejor será que retire mi dinero de los bancos. No les pienso dar un peso más a esas ratas. De lo otro, si los préstamos que pedí salen más caros de lo que me dijeron, están locos si piensan que les voy a seguir el jueguito.

Me limité en expresarle frases de aliento, ante mi pobre interés en aquellos temas. Yo tenía un asunto más relevante.

—Oye, papá. Unos amigos de la *Uni* quieren hacer una fiesta en un rancho que está por el camino a San Pancho. Va a ir Jorge y su novia. De hecho, él nos llevaría en su coche. Es el sábado.

—¿A qué hora se van a regresar?

—Temprano. Como a las ocho de la noche.

—Ni tanto, ¿eh? Déjame lo medito. Lo que sí te voy a decir desde ahorita, es que no me pidas

más dinero del que te doy. Tenemos que ahorrar para lo que viene. En la zapatería no nos ha ido del todo bien. Y luego las vacaciones de Susanita se acercan, y hay que pagar eso.

Afirmé dándome por entendido. Ernesto se abrochó los últimos botones de su camiseta de líneas verticales guindas, se puso de pie y me ordenó que me apresurara. De un trago me pasé el resto del desayuno. Cogí mi mochila y me subí a la GMC de seis cilindros, de ese espantoso color verde mayate que mi padre había escogido en la agencia.

No pude evitar contarles al grupo de mis amigos engréidos sobre mi chocante encuentro con Sofía. Aproveché el receso de diez minutos que teníamos en la universidad, para chismorrear en lo que nos comíamos unas tortas de jamón en la cafetería.

—¿Neta? ¿Y cómo se veía? —me preguntó el moreno de Pepe.

—Muy diferente. No supe que era ella hasta que la vi de frente —expliqué.

—¿A poco fue tan difícil reconocerla? Una marimacha se nota a leguas —dijo el cabezadura de Toño, con sus dientes posteriores salidos, provocando que los demás se carcajearan.

—Pero, ¿quién es esa tal Sofía, pues? —cuestionó el <<Pelos de elote>>, del cual no recuerdo su nombre.

—Era sólo una vieja compañera de la secundaria. Lo que pasa es que era muy tímida, muy reservada, muy...

—¿Fenómeno? —sugirió Pepe.

—Todos decíamos que era... ya saben. Lesbiana. Nunca le supimos de algún novio. Y siempre se le veía vestida de negro. Con decirles que una vez golpeó a un güey porque la empujó en la fila de los honores a la bandera —arremetió Toño.

—Esos sólo fueron rumores, Toño.

—Claro que no. Un amigo mío la vio. Y sí parecía desviada, no me digas que no.

Me tragué las palabras ante mi falta de argumentos, pues no pude replicar alguna contradicción.

Marta de los Mora, apareció de un pasillo de la planta baja, contorneándose con una minifalda color albahaca, una blusa nácar ajustada, y con una diadema de polietileno que portaban mucho las figuras juveniles del espectáculo. Me habló con su sonrisa de actriz de melodrama. Mis amigos se miraron entre sí, con la simpleza a punto de desbordarse por sus labios. El Pelos de elote hizo un chiste en silencio, ocasionando que los demás escupieran un poco de vaho proveniente de una risa ahogada. Marta me encaminó hasta debajo de una cesta de baloncesto, lo bastante apartado para que ninguno de nuestros compañeros nos escuchara. Me dijo que tenía algo importante que decirme, y me saqué de onda cuando me dijo que me perdonaba por nuestra última discusión.

—No te entiendo. Me hiciste lo mismo de la otra vez. Me dejaste tirado en la calle. Te marqué varias veces y nada. Quería arreglar las cosas.

—Por eso, rey. Ya. Te perdono. Si ya sabes cómo me pongo, ¿para qué me haces enojar?

—¿Sólo porque te dije que el vestido que habías comprado no me gustó? —dije inocentemente, acomodándome las gafas luego de sentir las en la punta de la nariz.

—Qué cínico eres. Todavía hasta me lo dices como preguntándomelo. O sea. Qué mal plan.

—Marta, es que yo no...

—¡Ay mira, ya! Ya estamos bien. Te prometo que seré más paciente contigo. ¿Te late?

Seguí confundido no obstante, así era esta chica, impredecible. Por un segundo, consideré terminar con ella definitivamente. Se me esfumó la idea.

—Te amo, Rafita —expresó Marta y me plantó un beso—. Ya arreglamos nuestras diferencias.

¿Ok? El sábado paso por ti.

—¿Cómo?

—Sí, menso. Para irnos a la fiesta de César. Obvio, a mí también me invitaron, y supe que tú también ibas a ir, así que no intentes mentirme. Y no creo que te quieras ir con el baboso de Jorge y su novia mojígata. Son muy aguafiestas —formuló Marta, inconsciente que me había irritado. Me abrazó y me besó de nuevo. Me acarició la barbilla y me repitió lo guapo que era. Al timbrazo, se fue con su caminata de pasarela.

Sofía

Disfrutaba de una riquísima guacamaya, la torta con chicharrón de cerdo en salsa de jitomate que tanto me encanta. Lorena se acercó a mí con una facha nerviosa, como si me fuera a dar malas noticias, expulsándose del ajetreo de la gente indecisa que analizaba nuestro puesto en largos periodos de tiempo, como si la respuesta les fuera a aparecer de entre el montón.

—Hija, ¿me puedes hacer un favor?

Sabía que cuando me llamaba “hija”, un trabajo que ella no quería hacer venía de por medio.

—Necesito que te quedas a cuidar un rato. Tengo que ir al banco.

—No te preocupes, ya me he quedado sola antes —le aclaré—. ¿Cuánto te vas a tardar?

—No más de una hora. Dependiendo si me atienden rápido. Espero que no haya muchas personas. Pero voy a volver a tiempo para que juntas recojamos. De todos modos, te dejo las llaves de “La Vaca” —así le decíamos de cariño a nuestra camioneta, por ser blanca, con manchas negras, de lodo, y por anchota—. Por si las moscas.

—Bueno —dije rendida.

—Nos vemos al rato, Sofía. *Bye* —se despidió mientras se colgaba de su hombro derecho su bolsa corrugada color violeta, y se unía a la corriente de la chusma.

Un viejo me habló de sopetón, indagando el precio de cierta sección de ropa, le respondí con mi ensayada sonrisa de dependiente. Estaba realmente distraída, absorta en la duda sobre mi falta de sangre en mi panti-protector. Mi periodo debía haber llegado para esos días, lo tenía muy bien calculado. Desde el día anterior no había encontrado ninguna de esas manchas desagradables que por esta vez, eran esperadas. Hacían semanas desde la última vez que había cogido con Mario, mi novio, y me aterrorizó el que las fechas quedaran acorde a un embarazo, pero eso era imposible, dado que procuraba tomarme la píldora anticonceptiva. Me dio un espasmo, era la indigestión de las circunstancias que me daba los cólicos que no llegaban naturalmente.

Le cobré a un par de señoras que llevaban un chingo de triques, cacahuates, churros de papa, cueritos de puerco en vinagre, hasta una docena de sandalias. El calor de la tarde no tenía intención de darle alivio a mi pesar. Lo intensificaba. Mi espalda dolorida me hacía tambalear, y querer tirarme sobre la ropa con ese peculiar olor a húmedo, almacenado, transportado, del humor de alguien más. Me sobé un poco el inicio de la columna, y me froté hasta donde mis manos alcanzaron. Me perdí unos minutos en la película que se proyectaba en la televisión del puesto de piratería de Beto, mi vecino de negocio —ay sí, ay así—. La trama era buena. La chamba se había calmado. Todo iba bien hasta que aparecieron dos tipos que no tenían nada que hacer ahí.

Rafael

La angustia me estaba agobiando, por una tarea de la asignatura de Emprendimiento Social,

donde teníamos que crear una asociación ficticia que ayudara de alguna manera a la comunidad leonesa. Mi equipo y yo inventamos una distribuidora de artículos que ya no fueran requeridos por sus dueños pero, que siguieran siendo funcionales. Nosotros nos encargáramos de recolectar estos objetos, para posteriormente regalarlos en bazares comunitarios, y aquéllos que no fueran deseados o que descubriéramos que ya no servían, los mandaríamos a centros de reciclaje. Ninguno de los integrantes del equipo conocía un lugar donde pudiéramos adquirir estas cosas, para que nos sirvieran de ejemplo en nuestra exposición. Solamente yo. Cuando era chico, mi papá y yo solíamos concurrir el Tianguis de la Venezuela. Se me ocurrió que ahí podíamos encontrar lo que buscábamos.

Toño fue conmigo, él tenía más labia que yo, así que dejé que él se ocupara de los regateos, y me dispuse a ser el cargador. Estaba sujetando un par de bolsas pesadas en lo que él negociaba unas colchas que yacían en buen estado, y sentí un ardor en mi ojo izquierdo, porque me había caído una gota de sudor. Solté las cosas en el suelo, me quité las gafas, y con la muñeca de una mano me limpié. Parpadeé para aclarar mi visión. Noté un puesto de ropa que se mantenía en solitario. Divisé a una muchacha con cabello corto y rubio. “¿A caso es?” pensé. Sí, era Sofía. Sólo que con un teñido diferente, pero se trataba de ella. Tuve la necesidad de ir a saludarla. No quería que Toño me acompañara. Había hablado de una forma muy despectiva de ella. Simplemente no me agradó el escenario que emergió en mi cerebro. Le avisé que había recordado un sitio donde podíamos conseguir prendas en mejores condiciones y barata. Toño insistió en que fuera paciente y que él iría conmigo. Le di el avión y le dije que regresaría pronto. No esperé respuesta, agarré las bolsas y me fui por un pasillo. Ante sus llamados yo aceleré el paso, extraviándome entre unos puestos de cintos y carteras de piel. Esquivé a hombres y mujeres rápidamente, ambicionando ganar más tiempo. Finalmente llegué hasta donde estaba Sofía, que se hallaba sentada en un banco de plástico rosado, con la vista inerte hacia un punto inespecífico. Ella no se alegró del todo de mi visita. Cuando le repetí mi nombre, con un gesto de que algo apestaba, aseguró que ya lo sabía. Fui persistente, le expuse que era una grata coincidencia verla de nuevo. Le pregunté que qué estudiaba, y descubrí que no había entrado a la preparatoria. Le conté que yo estaba en la universidad, y de pronto me quedé sin tema de conversación. Hasta que ella rompió el hielo.

—¿Y tú qué haces aquí comprando? ¿A poco aquí compras tu ropa? No te vayan a robar —me soltó y me ofendió. Consideraba que no tenía el derecho de decirme dónde podía hacer mis compras. Aunque, luego de resolver que vestía bastante diferente a las personas que transitaban por ese lugar, acepté el señalamiento.

—Es un país libre. Creo que yo también puedo comprar aquí —le repliqué.

Sofía sonrió, de verdad. Yo también lo hice, y ambos difuminamos la tensión, por lo menos un instante. Sentí un brazo que se deslizó sobre mis hombros.

—¡Aquí estás, güey! —Toño se introdujo—. Oh, ya sé quién eres tú... Sofía.

Sofía ni siquiera formó palabra, había pasado de una incomodidad a una notable molestia. Me sorprendió que Toño la reconociera más rápido de lo que yo lo había hecho.

—¿Aquí es donde está mejor la ropa, Rafa?

—Sí. Aquí. Qué casualidad, ¿no? Él es Toño, Sofía. Mi amigo —remedié.

—Hola. No les quito su tiempo. Pueden buscar algo si quieren —impuso ella.

—¡Uy! ¡Qué carácter! —Toño se rio y permaneció abrazándome por la espalda.

—¿Perdón? —contestó Sofía haciendo énfasis.

—Nada. No escuches a este pendejo —me interpuse—. Disculpa. Nos tenemos que ir. Gracias.

Fue un gusto. Hasta luego —dije mientras alzaba las bolsas y empujaba a Toño junto conmigo.

—Ándale. Que les vaya bien —murmuró ella.

Apenas nos alejamos lo suficiente empecé a reprender a mi amigo, sobre no hacerme caso y esperarme, y sobre su actitud tan grosera, aunque había sido muy parecida en ambos polos.

—Si quieres te dejo con la marimacha. Al fin tienen el mismo sentido del humor —respondió, enfureciéndome aún más.

—Ni siquiera la conoces. ¿Por qué hablas así de ella?

—¿Por qué te afecta tanto?

—No es que me afecte. Es que no es de buena educación.

—¡¿Qué?! —Toño soltó una carcajada—. ¡Papá! ¡Eres tú! —y continuó riendo.

—¡Qué imbécil eres! —escupí.

—Se me hace que algo te traes con esa naquita.

—No seas... Claro que no... —espeté más que indignado, mientras batallaba para no perder el equilibrio con el cargamento—. Oye, ya no estás haciendo nada, ayúdame con una bolsa.

—Sí, patrón —dijo Toño en un tono burlesco, y obedeció.

Antonio era mi mejor amigo desde que comencé la licenciatura. Las bancas que elegimos el primer día de clases estaban una junto a la otra, el diálogo se fue suscitando naturalmente. Él platicándome de los lujos y las excentricidades que gozaba en el Club Campestre, y presumiendo la posición presidencial de su padre en una importante compañía del Puerto Interior. Y yo entrevistándolo, conociendo su estilo de vida, que no era tan distinto al mío, pero que no estaba tan embarrado de banalidades. Mis pasiones eran el fútbol y el sudoku. Además de los libros de Mario Vargas Llosa, de los cuales fundamentaba la mayoría de mis charlas, aspecto que a Toño lo abrumaba. Él era muy consentido, vivía bajo el resguardo de una casona por la carretera rumbo a Silao, con un majestuoso jardín lleno de fuentes y flores de varias especies. Su madre había sido adinerada desde que había nacido, dado que su padre había sido gobernador de Guanajuato en su tiempo. Por eso, siempre recibía un sinfín de regalos en las fechas festivas cuando era un infante. Estaba acostumbrado a obtener lo que deseaba. Me ha tocado mirarlo haciendo berrinche, y no se ve nada bien. Cuando la cajera de un banco no le quiso entregar el dinero porque su cheque no estaba firmado por su padre, externó su repertorio de pucheros. En cambio yo viví limitado, hasta que en mi adolescencia el negocio de mi padre despegó, y mi vida se transformó en una alacena más que basta, en un gran hogar con muebles más ostentosos, en ropa de mejor calidad, y en mi inscripción a complejos educativos privados. Todavía no me adaptaba al hecho de tener más posibilidades, aunque a veces abusaba de ellas cuando me urgían, por cosas, sí, banales. Éramos buenos amigos. No de los que se confesaban todo, sino de los que se acompañaban por doquier. Sin embargo, conforme iba transcurriendo el tiempo, su soberbia aumentaba, al igual que su elitismo. Y no fue hasta esa época que me percaté, que también su percepción. La petulancia no está peleada con la intuición.

Sofía

La tarde se me había hecho eterna. La gente empezó a recoger sus puestos. Los tabloncillos de madera y los tubos de fierro se zarandeaban por el aire, en lo que mis compañeros de oficio hacían malabares para guardarlos en las camionetas de carga. Bolsitas sucias, botellas de refresco vacías, desechables, cáscaras de fruta, y algunas basuras más rodaban por el pavimento, como si fueran plantas secas en un desierto. El sol se estaba ocultando y amenazaba con darle paso a la

noche en un santiamén.

Me las vi negras con las pacas de ropa, una sola no podía. Tenía que hacer los nudos resistentes para que los bultos no se desplomaran dentro de La Vaca. <<El Ojos>>, un muerto de hambre de la colonia me ayudó a dismantelar el puesto, y a acarrear todas las cosas. Ya en las penumbras, estaba más que encabronada, Lorena nunca llegó, y no tenía idea de dónde estaba. Tenía un pretendiente al que le había dado entrada, a veces salían a cenar tacos, y pensé que probablemente él la había invitado a salir y ella no me había querido decir. “Tengo que ir al banco”, sí cómo no. Preparé el discurso en mi cabeza para cuando llegara a casa.

Entré azotando la puerta. Alejandra yacía tumbada en el sofá —para variar—, con sólo un brasier y un calzón tapando su lonjudo cuerpo.

—¿Ya llegó Lorena? —cuestioné.

—¿Eh? Ah... No —respondió la floja sin perder la vista de la telenovela—, ¿qué no viene contigo?

—No. Dijo que iría al banco y nunca regresó. Me dejó sola —cerré la puerta y arrojé las llaves sobre el comedor. Alejandra ni se inmutó con el estrés que despoticaba. Me garantizó que Lorena no había pisado la casa en todo el día, y qué mejor persona para creerlo, que una que estaba ahí todo el día—. Ya me di cuenta —resolví al hallar una pila de platos cochinos. Saqué un litro de jugo de naranja, y empecé a beberlo directamente del cartón. El sonido de un golpe metálico casi hizo que me ahogara. Habían cerrado el portón de la cochera.

Lorena entró sigilosamente, luciendo desaliñada, con marcas de sudor seco en la blusa, y con la cara de hartazgo que todos tenemos cuando vamos a realizar algún trámite con el gobierno. Le dio un beso a Alejandra en la cabeza, que ni desatendió a la otra del clímax de *El privilegio de amar*. Se acercó a mí, contagiándome de su fastidio notable.

—¿Qué te pasó? —pregunté.

—Estábamos encerrados. Estuve en el banco todo este tiempo. No nos dejaban salir. Un grupo de manifestantes bloquearon la puerta... Y algunos traían pistolas.

—¿En serio? Pero, ¿qué querían esos cabrones?

—Pues son todos estos pinches problemas con los bancos, Sofia. La gente no está contenta. Ni yo tampoco —se sentó en una silla—. Me dio mucho miedo. Creí que no iba a volver.

Los reclamos que tenía bajo la manga se me extinguieron de tajo, me compadecí. Me acomodé junto a ella y le agarré la mano. Recordé que una situación de tal magnitud era peligrosa para sus conflictos cardíacos. Me culpé por haber pensado mal.

—¿Y cómo salieron?

—Hace un rato nos pudieron sacar. No sé cómo lo harían, porque se habían amontonado en la salida... Pudimos salir, gracias a Dios.

—De haber sabido no hubieras ido tú —impuse—. Para la otra mejor me mandas a mí. ¿Fuiste por lo de tu hermano?

Florencio era el hermano de mi madrastra. Se había ido a los Estados Unidos de mojado, cuando quiso independizarse de joven y ganar en dólares siendo albañil. Le enviaba cada mes algo de lo que le sobraba, sólo como una muestra de soporte familiar.

—Así es, Sofia. Y no te preocupes, ya pasó. Todavía puedo ocuparme de mis asuntos —se puso de pie y se ajustó su bolso—. Ya me voy a dormir, me siento muy fastidiada. Perdóname por no haberte ayudado a recoger.

—Está bien. No pasa nada.

—Muchas gracias, hija —murmulló, se fue no sin antes abrazar a Alejandra por la espalda.

Me mordí un labio, siempre lo hacía cuando se volcaban muchos pensamientos en mi mente. Me arrepentía por haberla creído capaz de abandonarme con todo el trabajo. Su percance me hizo pensar en que todo podía suceder. Si se moría, ¿yo qué iba a hacer? Bastante egoísta de mi parte, aunque esa duda revoloteó en mí. No quería quedarme sola, a cargo de mi hermanastra. Pues, ¿qué otra posibilidad existía?

Frente al espejo conquistado de paño que colgaba encima del desvencijado lavabo del baño, me conté las pecas en mis brazos, pintadas por el sol. Con un algodón humedecido con desmaquillante me borré las sombras oscuras de mis párpados, y el cobrizo de mis labios. Me desvestí para darme una ducha y enjuagarme el sudor y el perfume callejero. Cuando me quité el calzón me emocioné, una manchita roja modelaba sobre la espuma de mi toalla. Aunque era una cantidad menor a la habitual, me sentí aliviada de descubrir mi sangre.

—Sofía...

Claro y fuerte, oí una voz. Miré hacia el espejo. Ahí estaba. Me observaba. Grité y me resbalé hacia atrás. Me golpeé la nuca en los azulejos.

Rafael

Pasé a través del marco de madera encerado de mi hogar, degustando a mi nariz de la fragancia de manzana con canela, por el sinfín de aromatizantes que la sirvienta instalaba por cada rincón. Tenía las manos atiborradas de cachivaches. Los puse sobre el primer escalón de las escaleras para subirlos más tarde. Estaba todo muy silencioso. Había unas lámparas encendidas, no parecía que estuvieran funcionando de iluminación para alguien. Le hablé a Ernesto. Nada. El recibidor y la habitación de la sala me erizaron la piel con su soledad que llegaba a atemorizar en la noche. Caminé por el pasillo principal hasta llegar a la cocina. Ernesto guardaba meticulosamente una botella de tequila en un mueble con puerta de cristal. Ésa había sido un obsequio de Año Nuevo de uno de sus proveedores. Deduje que le había dado unos tragos, mas mi padre era demasiado penoso como para que uno lo viera tomar. Mi abuelo había sido alcohólico, y le golpeaba en la cabeza cada que podía. Me contó que su padre siempre llevaba un anillo grueso en el dedo medio, el cual le llegó a hacer cortadas en el cuero cabelludo. Por ese y otros traumas, mantenía la discreción. No quería crearme algún conflicto emocional como el que él tenía. Durante muchos años se mantuvo sobrio, y después de su pérdida, comenzó a emborracharse, se detuvo cuando le grité que se veía igual que Don Agustín, mi abuelo.

—¿Papá?

—Hola, Rafa. ¿Cómo te fue? ¿Todo bien?

—Sí —le dije y permanecí de pie en la misma posición, confiando en que cuando se diera la vuelta no me encontrara con un semblante ebrio. Giró y me sonrió. Jaló una silla del comedor, se sentó y suspiró. Lo imité y me acomodé junto a él. Luego de preguntarle sobre la jornada en la tienda, me abrumó la apariencia de hombre derrotado. Indagué con temor. Anhelando que no fuera nada grave.

—Nunca nos había sucedido esto. Hoy a duras penas vendimos cinco pares de zapatos — explicó mi padre, decepcionado.

—¿Por qué? ¿Crees que haya sido el problema de las suelas?

—No, hijo. Eso no. La verdad no estoy seguro. Estuvo solísimo. Quique me dijo que están saqueando los negocios. Que ya en Guanajuato pasó. Que se está esparciendo el rumor y que la gente tiene miedo.

—¿Le crees? Yo no he escuchado nada al respecto. ¿Y quiénes están haciendo eso?

—Los manifestantes, que están asaltando los comercios y al pueblo, en protesta al gobierno —enunció—. Yo no he sabido nada tampoco. Ni siquiera en las noticias han dicho algo. Como que no lo creo. En primera, ¿por qué lo harían? Quiero decir, ¿por qué a nosotros?

Me limité a escucharlo, realmente no concebía un aporte para calmar su angustia. Mi padre prosiguió.

—No entiendo nada. Lo único que sé es que hoy la gente se quedó en sus casas. O por lo menos no pasaron por la zapatería. Ya estamos en la última semana del mes, y tengo que dar el pago del préstamo. Se me está juntando todo.

Reposé una mano sobre uno de sus hombros, como prueba de comprensión y soporte. Sin descifrar con plenitud un dilema como aquél. La expresión de decaimiento en su mirada no la había visto desde el día en que mi madre nos dejó.

—Quizá debería suspender mis estudios por un momento —recomendé.

—¿Qué dices? Eso jamás —impuso como si lo hubiera ofendido.

—Puedo retomarlos más adelante. Cuando nos recuperemos de esto.

—No, Rafael. No es necesario. Tú vas a terminar tu carrera. Eso te lo prometí y lo voy a cumplir.

—Bueno, entonces déjame conseguir un empleo. Un ingreso extra nos ayudaría.

—Ya sabes lo que opino sobre eso, hijo. Yo quiero que estés completamente concentrado en tus estudios. De verdad... —se apretó la frente con su dedo pulgar e índice, exhaló con frustración—. Rafael. Agradezco que me quieras ayudar pero, es mi responsabilidad. No la tuya. Discúlpame. Sé que son mis problemas, y no tendría por qué estártelos compartiendo.

—No, papá. Tus problemas son los míos también. Somos un equipo, ¿recuerdas? Saldremos adelante juntos —al decir la última frase, recordé que la había mencionado años atrás, cuando estábamos en el mismo lugar, y él se secaba las lágrimas, provocadas por un engaño que había fulminado su único matrimonio. Me arrimó a su regazo, y me abrazó con fuerza. Reiteradamente me dio las gracias por ser un buen hijo.

—De verdad, papá. Si lo requieres yo puedo ayudarte.

—Ya lo haces, cuando me apoyas a abrir la tienda en la mañana. No te preocupes, Rafa. Estoy seguro de que lo de hoy... fue sólo por hoy. Primeramente Dios mañana se pondrá mejor.

Le acerté y lo abracé con fuerza. Era uno de esos escasos momentos en los que nos demostrábamos afecto. Nos levantamos de la mesa. Me disponía a irme a dormir cuando me avisó que iría a comprar algo para cenar, y decidí acompañarlo. Mientras caminábamos hacia la puerta, opté por aclararme la duda sobre mi permiso del fin de semana. Como era costumbre, él lo había olvidado, así que se lo dije todo de nuevo.

—Ah, sí. Perdón. Se me pasó. Sí, está bien. Pero, quiero que llegues temprano. Antes de las nueve.

—Gracias, papá. Aunque no creo llegar antes de esa hora.

—Bueno, sólo llega a tiempo para no desvelarme. No más noche. ¿Entendido? —formuló mientras se cubría con una chamarra aterciopelada y agarraba su llavero—. Siempre, ¿cómo te vas a ir?

—Este... Marta va a pasar por mí —confesé con vergüenza.

—¿Qué no habían terminado? —farfulló aguantándose la comicidad, le respondí y salimos de la casa, dirigiéndonos al vehículo—. Ay, Rafa. Esa muchacha no te quiere soltar. Algo le has de hacer muy bien para tenerla así.

—¡Papá! —refuté sonrojado.

—Pues, ¿qué más? —dijo y expulsó su risita intimidante—. Es que muchos quisieran tener una novia como la que tú tienes —abordamos el automóvil y me ajusté el cinturón de seguridad—. Oye, tiene carro de lujo nuevo, donde te recoge y te lleva a todos lados, no te pide que le pagues nada —puso una mano sobre el volante y con la otra activó el *switch*—, sus padres te estiman y te invitan a sus fiestas...

—Lo sé. Pero, acuérdate de las veces que me ha dejado tirado en la calle sólo por algún berrinche.

Ernesto respondió mas yo no lo escuché. Antes de salir de la cochera, vislumbré mi ventana que estaba en el segundo piso. Parecía que una persona yacía de pie detrás de las cortinas. Pensé que un ladrón se había metido a nuestra casa.

—¡Papá! ¡Mira! —grité y señalé—. ¡¿Qué es eso?!

—¡¿Qué?! No veo nada. ¿En tu recámara?... No. ¿Qué viste? —cuestionó mi padre espantado, le juré que había visto a alguien donde ya no había nada. Sólo mis cortinas beigeas que se movían con la brisa del viento. Adjudiqué aquello a mi miopía. Me sentí como un mentiroso, un inocente fácil de impresionar.

—Hijo de la fregada. ¡Qué susto me diste! Ahora sí necesito algo en el estómago —se quejó, después sonrió como para apaciguar el instante. Sintonzó una emisora de radio que sacó a Shakira de golpe. Nos incorporamos al bulevar Algeciras.

Sofía

Alejandra golpeó la puerta como si quisiera tirarla. Más turbada que nunca.

—¡Sofía! ¡¿Qué pasó?! ¡¿Me oyes?!

Me escurrí por la pared hasta pararme, sin tener la energía suficiente para responderle a la histeria de mi hermanastra. En el espejo, sólo me reflejaba yo. Nadie más. Mi corazón latía tan fuerte que creí que se me saldría del pecho. La nuca me punzaba. Había quebrado un mozaico por el impacto. Me sobé la cabeza, pero era como si hubiera intensificado el dolor.

—Nada, Alejandra. Estoy bien. Me resbalé —respondí con desgano.

—Se oyó muy fuerte. ¿*Neta* estás bien?

—Chamacas, ¿qué pasó? —Lorena se unió en el exterior.

—Nada. Que estoy bien. Sólo me torcí el pie y me caí. Es todo.

—Espero que no sea otra de tus bromitas, Sofía. Más te vale —enunció la gorda, amenazándome de algo que hubiera querido fuera una de mis bromas.

—Esta vez no, Alejandra. Lo juro. Perdón por interrumpir tus sueños húmedos. Sé que son muy importantes para ti.

—¡Pinche Sofía! Vas a ver, cabrona —dijo por último y escuché cómo se fue por su chancleo.

—Sofía, ¿segura que estás bien? Oí hasta mi cuarto el *madrazo* —musitó mi madrastra con angustia.

—Sí, Lorena. No te preocupes. Sólo fue un resbalón. Yo de pendeja que me metí descalza. Ya me voy a bañar.

—Bueno. Si te duele algo, me despiertas y te pongo pomada. Me voy a acostar. Nos vemos mañana.

Regresé mi vista al vidrio, me había estremecido al verla por primera vez. Me mordí los labios. ¿Qué había sido eso? ¿Era una mujer? Sospechaba más de lo último. Mi mente se había

atascado en un torbellino de suposiciones e incredulidades. Creía en los fantasmas, sólo en aquéllos que salían en las películas, no en los de la vida real. Resolví que había sido una alucinación debido a algún desvarío en el efecto de la cocaína. Levanté la toalla del suelo, la doblé y la arrojé al cesto de la basura. El agua me refrescó. Me enjaboné el cuerpo y por más que insistí, no conseguí remover de mis pensamientos la duda que me sofocaba. Había sido demasiado real. Inclusive, podría decir que sentí su respiración. Su presencia en frente de mí. La sensación de estar más personas en un mismo espacio.

Me remangué mi playera negra con una foto impresa de Rammstein. Me secaba el sudor y sacudía mi cabello mientras me daba un bochorno —soné como anciana— que la tarde me regalaba. El clima en León siempre es impredecible, las estaciones llegan retrasadas, cuando uno piensa que se ha terminado el calor, éste regresa como una suegra metiche. Cada día me sentía más fatigada. Lorena platicaba con una señora que vendía licuados. Las carcajadas y los chismes embarraban el ambiente cada vez más quieto, ante la espera del final del paso de los clientes prospectos. Me mantenía postrada en mi banco, ida. El ente que había visto en el espejo me resultaba familiar. Finalmente le adherí un sexo, se trataba de una mujer claramente. Lo extraño es que era como si ya la hubiera visto antes. Es frustrante no saber quién es alguien y tener esa espinita adentro que lo reconoce. El esfuerzo era en vano, mis recuerdos no hilaban algún recuerdo. Tenía una idea vaga. Sólo podía describir a una silueta promedio, esbelta, creo que, con las caderas anchas, un poco morena. El rostro era el más difícil de cimentar. Había sido tan fugaz la aparición, que no tenía mucha información como para hacer un retrato hablado.

—¡Ey! Sofia —ladró Lorena.

—¿Sí? —dije lentamente, esperando que no me ordenara algo que no quisiera hacer ella.

—Has estado muy distraída. ¿Te pasa algo?

—Este... —en un santiamén quise revelar lo que realmente me había ocurrido, pero la poca confianza que le tenía me lo impidió rotundamente—. Es Mario —cambié mi preocupación por una menor, y ante el arrebató de Lorena, le insté que no era nada relevante, pero ella era muy impulsiva. Sí, igual que yo.

—Si ese cabrón te pone una mano encima...

—No, Lorena. Eso no —corté su advertencia—. Es que tenemos ya dos semanas sin vernos, hoy regresa del D.F. Estoy nerviosa. Nada más.

—Total, no me digas. Recuerda que cuentas conmigo para lo que sea —Lorena expresó con una sonrisa tan maternal que hasta me dio miedo. Parecía una bruja. Hui de la charla con un chingo de faldas y pantalones para colgarlos en el techo de tela. Nunca me gustaba hablar de mis relaciones con ella. No quería que se metiera a opinar, era la única manera en la que podía sentirme independiente, si yo me reservaba los pleitos y los pormenores para solucionarlos por mi cuenta.

Mario me agarró por la cintura, me empujó hacia la pared exterior de mi casa, y pegó sus labios con los míos, moviéndolos, rozándolos, y humedeciéndolos. Me estrujó entre sus brazos fornidos y protuberantes —eran lo que más me gustaba de su cuerpo—. Con una mano me acarició mi cutis tapizado de paño por las largas temporadas que estuve bajo el sol sin protección. Me sentía segura, su aliento me reconfortaba, sentirme entre su piel era sentirme con vida.

—¿Cómo estás, nena? —dijo con su tono seductor, sin apartarse de mi boca.

—Bien, grandote. Extrañándote mucho —confesé y lo alejé un poco para poderlo mirar mejor, entonces le reclamé—. ¿Por qué tardaste tanto? Ni un pinche mensaje. Fui con Chuy, y me dijo que no le habías enviado nada para mí —Chuy era un amigo que teníamos entre los dos, era el único que tenía un teléfono celular. Mario me había dicho que con la tía que se iba a quedar tenía uno

también, y que me mantendría al corriente.

—Tranquila, nena. Tenía mucho trabajo allá. Y a mi tía se le descompuso el celular. Por eso no pude comunicarme. Perdóname, Sofía.

—Pudiste haber buscado la forma. ¿Qué no ganaste nada?

—¡Claro! Tuve muchos clientes. Más que aquí. Es más, de eso quiero hablar contigo. Necesito de tu apoyo, nena.

—¿En qué? —pregunté y Mario me besó, postergando la respuesta. Fui terca.

—Me voy a mudar a México —lanzó él, mis piernas flanquearon. Protesté encabronada, percibiendo cómo mi sangre se calentaba, él me volvió a seducir con sus labios y continuó—. Un par de meses solamente. En lo que hago una buena lana, y me regreso. No te voy a dejar. Te amo, Sofía.

—No, Mario. No me puedes dejar aquí —me detuve cuando me cayó el veinte de que estaba fuera de mi casa, y que las locas podían escucharnos. Convencí a mi novio de irnos al parque de Chapalita. Para tener más privacidad. Le sujeté la mano, y nos fuimos caminando por la banqueta, como una auténtica pareja de enamorados.

El anochecer cobijaba los pinos verdosos y el lago medio puerco, por todos los malcriados del Barrio 86. Eran unos cholos asquerosos que una vez quisieron que me les uniera. En fin, las familias paseaban por el lugar, cansadas de los ejercicios físicos y de las actividades recreativas. Las migajas de los libertinajes <<saludables>> causaban un panorama melancólico. Nosotros nos sentamos en una banca, bajo muchas ramas que nos disparaban bayas secas.

—No puedes irte. No sabes cuánto me hiciste falta —le dije desesperada. Ridícula.

—Lo sé, nena. Tú también me hiciste mucha falta. Pero, entiende que esto lo hago por los dos. Para juntar para irnos de aquí. Para vivir solos. ¿No es lo que quieres?

—Sí. Pero no así. Lejos de ti no. Mejor piénsalo antes de que lo hagas... —Mario me interrumpió, le gané—. ¡No! Por favor. No tomes esa decisión todavía. Cuando estés completamente seguro me lo dices. ¿Va?

—Nena, estoy seguro —me apachurró el corazón. Zoquete.

Empecé a derramar lágrimas, como una niña chiquita y remilgosa. Mario puso mi cabeza sobre su pecho, y me permitió llorar a moco tendido.

—Es que tengo miedo... —susurré.

—¿De qué, Sofía?

—De quedarme aquí para siempre. De vivir con Lorena y Alejandra. De no poder irme de este maldito lugar nunca.

Mario acariciaba mi espalda. Lo que me ocasionaba escalofríos, me hacía sentir querida. El mundo no podía separarnos. El sonido de las hojas agitándose era lo que nos resguardaba.

—Eso no va a pasar —me afirmé—. Por eso debo hacer esto. Por nosotros.

Tragué saliva antes de atreverme a utilizar lo que me estaba carcomiendo, para que se apiadara de mí.

—La he vuelto a ver...

—¿A quién?

—A la sombra. La que me perseguía en mis pesadillas. ¿Te acuerdas? —declaré temblorosa, Mario tardó en responder, en lo que organizaba sus escasos archivos mentales—. Esos sueños en los que estaba sola y esa cosa me perseguía, me hablaba, como si quisiera decirme algo.

—Eso fue el año pasado, ¿no?

—¿Sí? No sé exactamente. Pero no lo había entendido hasta ahora. Por eso me sonaba. Ya lo

recuerdo. Es la sombra de una mujer. La misma de mis sueños —expuse, me recargué sobre el respaldo de concreto, sin perder la vista de los ojos hundidos por las sobresalientes cejas de Mario.

—¿Dónde la viste?

—Ayer, en el espejo del baño. Por un segundo. Me sacó un pinche susto que casi me muerdo. Hubieras visto.

—A ver... Espérame. ¿No estabas dormida? —se asombró Mario, y cuando ponía esa cara me encantaba, incluso en ese instante en que yo traía la locura encima.

—No, Mario. Estaba viendo mi toalla... —no quise que se enterara de la anomalía en mi menstruación—. Oí una voz, y cuando miré eso... Ella, estaba ahí. Me resbalé y quedé atontada por unos segundos. Cuando me levanté ya no estaba.

—Eso está muy cabrón, nena. ¿Crees que sea un espíritu chocarrero? ¿Como el que se le apareció a mi tío Alfredo cuando jugó a la Ouija?

—No lo sé. No creo que sea lo mismo. A tu tío le ocurre todo eso por andar metiendo la cuchara con sus amigos brujos.

—Eso sí. ¿Entonces?

—Pues... No me puedo quedar con la duda. Tengo que saber de quién se trata. Quizá es alguien que me conoce, que está en mi cabeza y que tengo que recordar. ¿Qué más puede ser? Digo, sabía mi nombre.

—¿Te llamó por tu nombre? —dijo él con el temor cubriéndolo por los hombros.

—Sí. Eso es lo que más me asusta. Tal vez... La última vez... —medité en lo que movía mis ojos de un lado a otro, fraguando un plan.

—¿Qué?

—La vez que tuve esa pesadilla tan fuerte habíamos ido al concierto de Molotov, cuando nos pusimos hasta la madre. Y fue porque había sido una dosis mayor.

—¿Quieres usarla para poder verla?

—No encuentro otra opción. Así fue como la soñé la primera vez y ya vez cuánto duró para que se me quitaran esas pesadillas.

—Por eso —arremetió arrugando su entrecejo—, la soñaste. Pero esta vez no fue así. Oye, ¿ayer inhalaste?

—En la mañana, un poco.

—¿Lo mismo de siempre?

—Sí, Mario. Nunca me he metido más de lo que tú me has dicho. Nunca como aquella vez del concierto. Piénsalo. Si hago lo mismo, quizá pueda verla por más tiempo, y le podré hablar —expliqué, como una desquiciada, que no estaba tan errada.

—¿Tú estás loca? —se quejó, lastimándome con su reacción—. Es muy peligroso. Te vas a chingar si lo haces. Y mira que te lo digo yo.

—Pero no pasó nada malo.

—No, pero pudo pasar. Sí, nos la pasamos padre, pero, si lo repites puede que te hagas más dependiente.

El término “dependencia” para ambos era drogarse diariamente, no de vez en cuando como nosotros lo hacíamos. Sentí pena al darme cuenta de que en las semanas de su ausencia, yo lo había hecho en más ocasiones de las acostumbradas. Mario continuó regañándome.

—Aparte, ¿qué ganarías con eso? ¿Quieres ponerte a platicar, a que te presente a los muertos o qué?

—¡No sé! —dije molesta—. ¿Cómo lo voy a saber si no sé quién es? Tengo que averiguarlo. ¿Me vas a ayudar o no? Y también, quiero más —impuse.

—¿Cómo? ¿Ya te la terminaste? —se coloreó de rojo. Estaba atónito ante la evidente drogadicción de su novia—. Te había dejado mucho.

—¡Olvídalo! —chillé y me levanté, lista para marcharme. Mario me alcanzó, me sujetó del brazo izquierdo. Me regresó a sus delgados y rosados labios. Estaba frágil, excitada, y furiosa—. Déjame. Si no me quieres echar la mano en esto, lo haré yo sola.

—No te dejaré hacerlo sola. Sólo te tengo a ti y no te quiero perder —Mario sabía cómo derretirme con las palabras adecuadas.

—¡Si me quieres de verdad, créeme! ¡Ayúdame!

—Lo haré —exhaló él, repitiéndolo con vigor, callándome. Me inyectó un beso con tanta pasión, que hasta me dolió el cuello. Me prometió que me daría lo que pidiera. Me abrazó nuevamente, con ganas de plasmarme en su cuerpo.

Incluso agradecí a Dios por ese momento tan mágico. Nos conservamos unidos por minutos, apapachándonos con ternura. Mario reviró a sus costados. Notamos que el parque estaba vacío, la noche irradiaba en todo su esplendor, las sombras de los árboles y de los arbustos eran agujeros negros. Percibí cómo una erección se producía dentro de sus pantalones. Él me jaló, corrimos para ocultarnos detrás de una mata junto a un contenedor de basura. Me recosté sobre la tierra y algunas raíces, no me interesó que se me incrustaran algunas piedritas, estaba demasiado concentrada tocando su pecho. Mi blusa y sostén salieron volando. Él se quitó todo lo de abajo, y pude agarrarle la verga finalmente. Lo había echado tanto de menos. Nos besamos, y el orgasmo me sacó de todas mis penas.

Rafael

—¡Qué guapo, mi amor! —entonó Marta con alegría cuando me subí a su Mercedes Benz dorado que aún emanaba el exquisito aroma a plásticos nuevos.

—Hola, Martita —le canté su nombre, le gustaba que hiciera eso, aunque a mí no tanto, no obstante, era una manera de mantenerla contenta conmigo. La besé con esmero, entrometiendo mi lengua por encima de la de ella. Sabía a fresa artificial, debido a su paleta que traía chupando.

Ibamos en la carretera, al ritmo de los Vengaboy, nuevamente un gusto exclusivo de Marta que yo fingía que compartíamos. Ella conducía a gran velocidad, mientras el viento azotaba los mechones castaños de su melena, cantaba desafinadamente, y encajaba sus gafas de sol hacia el puente de su nariz. Yo gozaba del paseo, ignorando el cacareo que llevaba al lado, admirando las arboledas que corrían a mi costado, disfrutando los beneficios de ser un pasajero y no un chofer, el cual debe de ir siempre tenso al estar atento de algún mal conductor o bache en el asfalto.

—Llegamos —anunció.

El rancho estaba rodeado por una malla ciclónica, en su interior disponía de una cabaña rústica, una amplia piscina, un par de asadores, y varios sillones de mimbre que modelaban debajo de un techo hecho a base de troncos de álamos, por donde se colaba la luz del gran astro a través de los surcos, e ilustraba los rostros jóvenes de los asistentes. Toño emergió de algún punto y corrió para darme un fuerte apretujón en la espalda. Me alzó del suelo por un segundo.

—¡Cabron! Míralo. Qué galán tengo de amigo —expresó en lo que chocábamos los puños—. Y aquí tenemos a la hermosísima Marta —dijo y le dio un beso en la mejilla.

—Ay, qué ciertas son tus palabras, Toño —farfulló ella antes de reírse frenéticamente. Para

todos sus conocidos su risa era algo normal, para mí, era como un taladro violándome por los tímpanos.

—¿Quién más ha llegado? —mencioné.

—Fernando, Raquel, César... ¡bueno!, él es el patrón del rancho, así que no cuenta. Creo que Jorge también, ¡ah!, y que quiere hablar contigo.

—¡Qué bruto! —me di un manotazo en la frente—. Olvidé avisarle que no me iría con ellos.

—¡Ivanna! —gritó Marta y salió disparada para encontrarse con una de sus mejores amigas, con quien hizo unos ademanes femeninos, y se aullaron mutuamente a manera de ritual.

—Qué desconsiderado eres —impuso Toño con falsa indignación.

—Le debo una disculpa.

—Adelante, Señor Todo Correcto.

—Ya cállate, güey.

—Ya, tranquilo, amigo. Lo que necesitas es una cerveza. Ven. Te daremos una.

Me vi fuera de lugar cuando llegué con los demás. Podía sentir que me miraban extraño, o posiblemente era mi paranoia de que la gente se diera cuenta cuando estaba enojado o incómodo. Con un simple gesto saludé a los presentes. Me ofrecieron un plato con bistec asado al carbón y tortillas. Me rendí ante el inigualable aroma que me abrió el apetito instantáneamente. Toño destapó una Corona Extra y me la pasó. Le di un trago que me heló la garganta. Me dispuse a saborear la plática de mis compañeros de clase. No me fijé en el paradero de mi novia, tan sólo con oír de vez en cuando su carcajeo sabía que se encontraba bien.

Escupí en un ataque de risa, por un chiste de Raquel. Los demás rieron en conjunción con la oscuridad, iluminados por la luz de la luna. La fiesta continuaba con jolgorio y cigarrillos humeantes. Marta yacía acurrucada en mí, mientras estábamos tendidos sobre una hamaca. De historias graciosas pasamos a temas sexuales, compartiendo cada uno alguna anécdota embarazosa. No veía mi turno venir. Ese tema no era de mi agrado hablarlo con otras personas. Sin embargo, notablemente yo era el único que tenía ese complejo.

—¡En serio! Este tipo no sabía por dónde meterla —finalizó Raquel sin poder aguantarse las carcajadas.

—¡Qué idiota! —bramó Ivanna.

—Creo que *tú* debiste haberle mostrado cómo se hacía, Raquel. ¿Qué no dices que eres una experta? —vociferó César luchando por no caerse, ante el efecto sórdido del alcohol.

Todos se alborotaron. Toño se añadió al vaivén de burlas, mientras le arrancaba la envoltura a una nueva cajetilla de Faros. Me ofreció uno, el cual rechacé y Marta aceptó.

—De verdad, cómo hay hombres estúpidos —prosiguió Raquel—. O tal vez era un joto y por eso no pudo. ¡Qué desperdicio!

—Ay ya sé, amiga —instó Marta luego de fumar—. Tantos hombres que están buenísimos pero que les gusta que les den por detrás.

—Pues cada quién, ¿no? —dijo tímida Tamara, la novia de Jorge.

—No me salgas con que eres *open mind*, o una de esas personas dizque tolerantes, pacifistas, qué se yo —repuso la otra enfriando el entorno.

—Pues no —respondió Tamara rápidamente, sin debatir por miedo a perder ante el silencio de los demás, que se había troncado en apoyo al argumento. Me compadecí de su semblante excluido.

—¿Tienen algún problema ustedes con eso? Van a ser psicólogos. ¿No van a decir nada? —objeté, memorizando la clase donde habíamos tocado el tema de la homosexualidad, a la cual muy pocos habían puesto atención, a excepción de los más morbosos.

—¿De qué hablas? —Marta se embrolló.

—Lo que pasa es que tu hombrecito tiene una amiga marimacha —sacó Toño.

—¿Cómo? —inquirió César con la vista desviada.

—¿Una amiga marimacha? —expresó Marta con desdén—. ¿O sea cómo?

—No mames, Marta. Una vieja a la que le gustan las viejas —clarificó Raquel.

Deseé exterminar a Toño. No había motivos para traer a Sofia a la conversación.

—Ya no digan nada, amigos. Porque si no este güey se va a ofender y para qué quieren —aconsejó el dientón, y se dejó caer en un sillón frente a mí.

—¿Y por qué, Rafa? ¿Tienes algo con ella o qué? —preguntó Marta con humor, dirigiéndose a mí, en lo que se apartaba para verme con totalidad.

—Tú no vas a cambiar, cabrón. ¿Verdad? —expulsé hacia Toño, eliminando por completo el contestarle a mi novia.

—¿Qué? No me chingues. Todos estos días has estado muy rarito. Les cuento que el otro día, Rafa y yo fuimos al tianguis de la Venezuela, el pinche asqueroso ese, por las cosas del proyecto de Emprendimiento, y nos topamos con esta tipa...

La temperatura en mi cuerpo se estaba elevando descontroladamente. Permitir que mi mejor amigo siguiera parlotando se me estaba haciendo inconcebible.

—...con los pelos de loro y vestida como un puto literalmente, mejor dicho, Rafa la encontró, estaba platicando muy a gusto con ella o *él*, no sé qué sea, y luego se enojó porque yo llegué. Yo digo que como que a él le gusta el fenómeno ese.

—¿A poco te gustan los batos, Rafa? —lanzó Ivanna con altanería.

—No digas *mamadas*, Ivanna —defendió Marta.

—Pues no lo dudaría mucho por cómo se está poniendo —bufó Toño.

—¡Ya cállate, pendejo! —exploté, me puse de pie, sin percatarme que había aventado a Marta al aire, corrí hasta Toño y le proyecté mi puño derecho en el rostro.

—¡Rafa! —gritó Jorge quien hasta ese instante se había reservado su voz. Junto a César intervinieron para controlar la exacerbación que se había apoderado de mí. Toño cayó al suelo de tajo. Los cigarrillos rodaron por el césped.

—Rafa, ¡¿qué te pasa?! —refunfuñó Raquel en lo que se inclinaba para revisar al herido.

—¡RAFAEL! —me llamó Marta como una madre enojada. Estaba en el suelo luego de haberse caído de la hamaca. Ivanna la ayudó a reincorporarse.

Toño parpadeó combatiendo el aturdimiento, tosió y se reclinó sobre un antebrazo. Tamara e Ivanna se le acercaron para atenderlo e inspeccionarlo. Me libré de las ataduras humanas y me retiré exhalando con presión desde mi nariz, como un búfalo. Jorge y César permanecieron alertas ante algún súbito regreso de su amigo, a quien nunca lo habían visto pelear.

Entré a tropezones a la cabaña, busqué el sanitario lo más veloz que pude, y me encerré en él. Me recargué sobre el lavamanos, estrellé mis manos en mi rostro, estupefacto por mi inaudito arranque, las sensaciones bailaban bruscamente. Acababa de golpear a mi mejor amigo, y por defender a alguien que ni siquiera conocía realmente. El arrepentimiento arribó como un intruso, haciéndome sentir peor de lo que ya me sentía. Me quité las gafas y las coloqué junto a las llaves del agua. Le concedí a mis párpados extraerme del entorno. Jamás había presenciado una escena como aquella, lo que más me trastornaba era el hecho de que yo había sido la causa de la violencia. Siempre había predicado el concepto de que las agresiones no servían para nada, y ahora, yo mismo había roto mis creencias.

Golpearon la puerta, con exasperación. El timbre estridente de Marta se coló por la estancia.

Anhelé desaparecer del rancho.

—¡Rafa! ¿Estás ahí? ¡¿Rafa?!

En un impulso involuntario abrí la puerta. La molestia viva de mi novia me petrificó.

—¿Estás demente?

—Marta, perdóname. No quería hacerte pasar esta vergüenza.

Ella entró y bloqueó la cerradura.

—Te pusiste como loco de atar, y me tiraste al piso. ¿No te diste cuenta? —reclamó haciendo un berrinche.

—¿Qué? N-no supe. Qué pendejo estoy. Ni siquiera puedo creer por qué lo hice. En serio. No sé qué decir. Discúlpame. Mejor no. No me lo merezco.

Marta apretó los labios, bajó la vista y se perdió en sus pensamientos, como si estuviera a punto de tomar una decisión trascendental. De mi parte sólo vislumbraba la habitación, de una esquina a la otra, explorando algún enunciado que me sustrajera de mi culpa. Como un niño que ha hecho una travesura y no sabe cómo contentar a sus padres. Marta se me acercó, extendió su mano por mi mandíbula.

—Te perdono —espetó y me besó—. Voy a ser sincera.

—¿Qué? —pregunté con un profundo alivio al sentir la absolución.

—Me encantó que le dieras su merecido a ese cara-de-caballo —aquello me consternó, creí que era una broma más, ella prosiguió—. De hecho —juntó su cuerpo a unos milímetros del mío—. Te me hiciste muy sexy cuando le pegaste.

Lo había confirmado, Marta verdaderamente estaba fuera de sus cabales, o por lo menos, un poco más que yo. Sin embargo, me agradaba el ritmo que estaba tomando la situación.

—¿Te gustó? —dije con mi voz sensual de lástima.

—Lo de él, sí. Lo que me hiciste a mí, no. Pero, ya lo olvidé —colocó una mano sobre el bulto de mis *jeans* y comenzó a frotarlo—. Me excité bastante, ¿sabes?

—Los demás me han de estar esperando —exclamé haciéndome el difícil.

—Olvídate de ellos.

—Pero Toño...

—Déjalo. Ya hablarás con él más tarde. Nadie vendrá a buscarnos ahora. Creen que estamos conversando, así que no vendrán a interrumpirnos.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Cuándo lo ha sido? —apretó mis genitales. Trazó una sonrisa pícaro que combinada con sus ojos lujuriosos me provocaron escalofríos.

Realmente conservaba la obligación de pedir disculpas lo antes posible, no obstante, en ese preciso tiempo y espacio, consideré que eso podría esperar. Puse mis manos sobre su busto, ella irradió felicidad, así que empecé a tatuarle besos en el cuello. Deslicé mis manos por su espalda cubierta por un vestido de estampado primaveral, hasta que finalicé en sus nalgas, las acaricié y las apretujé. Marta jadeó de placer, agarró mi cabeza y la colocó recta hacia la de ella, y resbaló su lengua por mis labios, los saboreó y me regaló de su sabor. Me desabotonó la camisa, gateó con su lengua por mi pecho lleno de vellos, descendió con suavidad hasta que llegó a mi entrepierna. Desabrochó mi cinturón de piel de res, bajó el cierre de mi pantalón, y junto con la ropa interior, lo jaló hacia abajo para dejar al descubierto mi sexo. Se posicionó en sus rodillas para su mayor comodidad, y se metió mi pene en su boca. Succionó y lamió con delicadeza, asegurándose de humectar efectivamente con su saliva. Con la frente hacia el techo, tensé mis piernas para que no tambalearan, contraje el abdomen y los glúteos. Me puse de puntillas y moví

mi pelvis hacia adelante y atrás. Luchaba por ahogar mis gemidos. Contenía la respiración y trataba de deleitarme con el movimiento repetitivo que generaba explosiones eléctricas a través de mi piel y de mis entrañas. Seguí balanceándome, para intensificar la sensación. La viscosidad caliente me estaba acercando a la eyaculación. Los derredores se difuminaron en mi orgasmo, me enfraqué en mi regocijo. La cordura partió, al igual que la conciencia. Otra vez.

—Sofía... —murmuré, y en una arcada, eyaculé.

Marta se sacó mi miembro, se arrastró hasta el lavamanos y expelió el semen. Volteó con el semblante en llamas.

—¡Estúpido! —gritó y me estampó una cachetada tan fuerte que me puso de perfil y me hizo oscilar. Desatoró la puerta, la azotó y huyó entre quejidos y sollozos.

Quedé boquiabierto. ¿Por qué había dicho aquello? Me subí las prendas, me recliné en el lavamanos, al ver el escupitajo que yacía sobre éste, rápidamente lo enjuagué con agua. No había que reflexionar demasiado. Ahora sí lo había arruinado todo.

Sofía

Andaba por un camino de terracería, junto a desniveles de rocas y montañas, compuestos de hierbajos, espinas y matorrales, el viento hacía crujir las ramas de los pinos que adornaban el borde, el trayecto se diversificaba en curvas anchas y pobladas de remolinos de polvo. El cielo resplandecía con los naranjas y rosas del atardecer, a la distancia se podía ver la luna, ansiosa por salir y tomar su puesto. La sensación húmeda y tibia del aire me hacían sentir cómoda con mi ser, como un humano recién salido del horno. Estaba relajada, satisfecha, y con mis sentidos atentos a la intemperie. Una brisa sacudía mis cabellos negros, presumiendo su tonalidad natural, y hacía danzar un vestido celeste que me acariciaba por debajo de mis rodillas. Algo que jamás pensaría usar. Era demasiado mujer. Las sandalias que traía puestas lucían un poco empolvadas, y los dedos de mis pies estaban algo sudados. Sonreí por la pequeña pasta lodosa que se había creado. Continué moviéndome, sin hacer ningún esfuerzo extra. El terreno demostraba un final. Delante de una pendiente, un arroyo alardeaba de su poder con la intensa presión en sus aguas. No distinguí el inicio ni el fin. Troté hasta que alcancé el declive, me mantuve contemplando las cristalinas ondulaciones que deformaban las rocas en el fondo. Era bellissimo. Piedras de distintos colores y tamaños. Mis pies estaban en la punta de la elevación rocosa, pero no sufría ninguna clase de vértigo. Estaba protegida por una confianza invisible.

Las estrellas aparecieron con sus blancos titilantes, y regocijaron el paisaje con su iluminación fría. Tenía el agua por encima de los tobillos, salpiqué gotas como si pretendiera mojar a alguien, me estaba divirtiendo como una niña, me hundí un poco más, hasta mis muslos, el temple era perfecto, refrescante y rejuvenecedor. Moje mis manos y giré en mí misma, canté y bailé. La ausencia del mundo era el nacimiento de mi plenitud. Atesté mis pulmones con el oxígeno puro de los campos abiertos, exhalé la malicia. Sí, deseaba que fuera eterno.

Jugueteé un par de veces más, hasta que me detuve en seco. Mi sonrisa se borró en un sobresalto. Arriba de la superficie donde había estado antes, a tan sólo unos metros, una silueta femenina, inmóvil, parecía que me estaba analizando, no lo podía asegurar pues todo era oscuro, pero supuse que me estaba viendo directamente, y me horroricé al imaginarme siendo vigilada durante mucho tiempo sin haberlo notado. Enraicé mis pies, y no despegué mis ojos de lo que parecía moverse sutilmente con la fuerza del viento.

—¿Quién eres?! —grité.

La persona no emitió respuesta alguna. En cambio, unas líneas de luz emergieron del lugar donde ahora sabía que estaba su cara, y se convirtieron en dos ojos brillantes que penetraban mi vista.

—¿Quién eres?! ¿Qué es lo que quieres?! —estaba asustada, con las manos adelante, tapándome de la masiva carga de luz. Todo mi cuerpo temblaba, hasta ese momento, comencé a sentir el clima helado. La sombra desconocida se quedó quieta, pero el río empezó a subir de temperatura. De un segundo a otro, las aguas comenzaron a hervir. Sentí que me quemaba, quise escapar, pero estaba atascada. Pedí auxilio esperanzada de que alguien apareciera de la nada y me rescatara, el ardor era insoportable, miré mis piernas y éstas tenían la carne al rojo vivo, mi sangre empezó a esparcirse entre los burbujeros. Grité desgarrándome la garganta. A mi costado una ola enorme se aproximaba. Vapor. El mar se abalanzó sobre mí, y antes de ahogarme, percibí la cocción de mi piel hasta que se me desprendió.

Di un salto sobre mi cama, todavía podía sentir la efervescencia en mi cuerpo, respiraba agitadamente, chorros de sudor escurrían por mi cráneo hasta mis hombros, toqué mis almohadas y estaban empapadas. Me senté en la orilla del colchón. Solté algunas lágrimas. La pesadilla me había abatido. Mi corazón no se detenía, bombeaba furiosamente. Me palpé el pecho, e inhalé con paciencia, intentando calmarme. Quise con todas mis ganas que alguien estuviera a mi lado, susurrándome que ya había pasado todo. Una madre.

Rafael

Mudo e intranquilo, viajaba en el asiento trasero del sedán de Jorge. Mi amigo al que no frecuentaba. Él y Tamara permanecían en silencio, inmersos en las penumbras de la autopista de regreso a León.

Acongojado por el tremendo error que había cometido con Marta, Jorge me detuvo apenas salí de la cabaña.

—¿Qué pasa, Jorge? Déjame pasar. Tengo que ir con Marta.

—Ya están con ella. No tengo ni la más mínima idea de qué está pasando por tu cabeza, Rafa —me exteriorizó con una imponente postura—. Escucha, los demás planean quedarse a dormir esta noche, por lo visto también lo hará tu novia.

—Ella no se quería quedar...

—Pero, ahora lo va a hacer —me cortó—. Y... le llamé a tu papá.

—¿Qué? ¿Por qué? —me enfadé por su atrevimiento.

—Le dije que yo te voy a llevar a tu casa. Así que, prepárate y nos vamos.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, Rafa. Pero te conozco bien. Y sé que no eres así. No sé si fueron las cervezas o qué. Pero, no te encuentras bien. No hagas más complicado esto, y ya vámonos. Tamara nos espera en el coche.

Indudablemente me vi como un menor siendo reprendido por su progenitor, ideé perder los estribos de nuevo, sin embargo dentro de mí, era consciente que mi presencia ya no era bienvenida en ese sitio. Tragándome el orgullo y disfrazado de pena Jorge me escoltó hasta su automóvil, ni siquiera reviré hacia donde estaban mis compañeros, los cuales farfullaban en un volumen bajo mientras consolaban a Marta. Me remordió en la conciencia el escenario de ella contándoles a todos sobre el bochornoso momento. Agaché la cabeza y aguardé para alzarla hasta que salimos del rancho.

—¿Todo bien? —espetó Jorge mirándome por el retrovisor.

—Sí, amigo. Bien —dije débilmente, todavía liberándome del enojo. Me dio curiosidad hacerle una pregunta—. ¿Por qué haces esto?

—¿Esto? Porque no me gusta ver a la gente que estimo cagándola.

—¿Me estimas? —me asaltó lo que me había dicho.

—¿Todavía lo dudas? No sé quién más haría esto por ti. Y mira que no me gusta cargar con borrachos, aunque tú no lo estás del todo. O yo qué sé. De veras algo te has de haber fumado para ponerte a hacer tanta pendejada.

El interior del auto permaneció en silencio por unos extensos segundos.

—Muchas gracias. En serio —rectifiqué.

—Agradécele también a Tamara.

—Sí, gracias Tamara. Les agradezco a ambos. Nuevamente discúlpenme por no haberles avisado que no me iba a venir con ustedes, y por haberles hecho esperar a que llegara a la casa...

—Ya mejor cierra la boca y duérmete un rato. Ya casi llegamos —enunció en un tono que no descifré si era un regaño o una expresión cómica. Deduje que lo correcto era obedecerle.

Tamara fingió toser para esconder una risa que se le había escapado. Me acosté en el asiento, y pensé en Toño, no en el golpe que le había propinado, sino tratando de recordar si alguna vez él había hecho algo similar por mí, o si estaría dispuesto a ayudarme en una circunstancia así. Ninguna metáfora me hizo creer en alguna posibilidad. Sofia aterrizó en mi mente y... la maldije.

Bajé con pasos torpes las escaleras de mi casa, con una fuerte jaqueca, mientras me agarraba del barandal de caoba, ambicionando equilibrarme y no irme de bruces. En la cocina, Ernesto yacía volteando un pan francés en un sartén. Sobre la mesa, había dos platos con los cubiertos listos, un par de vasos llenos de zumo de naranja, un envase de miel de maple y otro de mermelada de frambuesa. Tomé una silla. Saludé a mi padre con la voz de José José. Ronca, por supuesto.

—Buenos días, dormilón. Al parecer estuvo con todo anoche, ¿verdad? —entabló con afabilidad, sin perder la concentración de su labor.

—Algo así, papá —dije fraguando no sonar tan crudo.

—A ver, quiero que me cuentes —entabló, giró hacia la mesa y sirvió los panes calientes sobre los platos—, ¿por qué te regresaste con Jorge?

—Una historia muy larga —exclamé antes de alcanzar una cuchara e introducirla en un pomo, y embarrar dulce sobre mi desayuno—, la verdad no quiero hablar de eso.

—Lo que sí quiero que me expliques es por qué tu amigo sonaba tan extraño.

—Tuve una pelea con Marta.

—¿Fue por eso? Qué mal. Entonces, ¿ella se vino sola?

—No. Ella se quedó allá en el rancho, con el dueño y unos amigos —después me zampé una porción de harinas ultra-calóricas, mastiqué con detenimiento.

—¿Tan mal estuvo la cosa? Me extraña —mencionó, con un aire de sarcasmo—. ¿Y por qué se pelearon ahora?

—Una tontería —respondí con la trituración en mi boca.

—¿Se puede saber?

—Eh... Es algo personal —forcé un trago, y sin percatarme, abrí los ojos demás.

—Ah, ya veo. Bueno, entonces no me meto —dijo él y dio un bocado.

—Creo que esta vez sí terminamos para siempre —formulé y bebí de mi vaso—, estoy seguro. Me he pasado de la raya. No merezco que me perdone.

—Vaya, nunca te había oído decir algo así. Pero, ¿qué pudiste haber hecho tan mal?

—Dejémoslo así, por favor —reiteré con afán de darle fin al asunto.

—Rafael, no tengo el derecho de entrometerme, pero, sí te voy a recordar que no estoy criando a un hijo zacatón, y si tienes que disculparte por algo, debes tener las agallas para hacerlo.

—Sí, papá. Eso haré —carraspeé—, ¿vamos a visitar a mi tía hoy?

Ernesto hizo un gesto de inconformidad ante mi evasiva, no obstante contestó afirmativamente con su actitud cariñosa tan peculiar. Continuamos degustando a nuestros paladares en la mañana dominical.

Sofía

Esperaba frente a la casita amarilla de la familia de mi novio. Le había pegado a la reja un par de ocasiones, estaba inquieta porque Mario saliera y me diera lo que me había prometido. En su lugar, salió una viejita, greñuda, vistiendo una falda larga y ancha, sucia, con unas rosas rojas, naranjas y azules en el diseño, era su madre. Pobre señora, había sufrido los desmanes de su hijo descarriado, sus encarcelamientos, las visitas de la chota en la noche buscándolo, el peligro de estar expuesta a drogadictos que acudían a su casa para exigirle más <<pericos>>.

—Hola, niña. Buenos días —susurró tiernamente.

—Hola, *seño*. ¿Cómo está?

—Pues ahí. Viva. Bendita sea la virgencita. ¿Y tú, mi amor?

—Bien, también. Gracias. Oiga, ¿está Mario?

—¿Mario? —dijo y se confundió—. No, *mija*. Él no ha vuelto todavía.

—¿Cómo que no ha vuelto?

—De México. Aún no llega. Creo que se viene la próxima semana.

Quedé perpleja. Significaba que Mario me había mentido, nuestro encuentro había sido sólo una visita exprés, pues ni siquiera había pasado a ver a su bendita mamá. Sentí pena por ella, con los años persiguiéndola sobre su cuerpo de acordeón. El coraje me hizo volver en mí cuando recordé que Mario me había ofrecido darme más de mis amados polvos, que me había dicho que pasara a buscarlo temprano, y que me avisaría cuando se fuera a ir otra vez. Todo había sido una farsa para poder cogerme. ¡Cretino! ¡Qué estúpida!

—Ah, perdón. Me equivoqué. Pensé que ya estaba aquí. Discúlpeme, *seño*.

—Ay, no te preocupes, niña.

—Yo paso después, gracias.

—Sí, *mija*. Ve con Dios... —me persignó—. Amén.

Sonreí y me aparté a paso firme, estaba más que encabronada, estaba encrespada, inflada, como un pez globo. El bastardo me había visto la cara, y yo que me había sentido tan protegida y a salvo al tenerlo a mi lado. Ese engaño nunca se lo iba a perdonar.

Desde las primeras horas del lunes, el tianguis de la Venezuela atiborraba la calle con artículos usados, percederos, y comales ardientes guisando “gorditas” de maíz quebrado. Los adolescentes se ponían sus mandiles, se amarraban sus cangureras, se ajustaban sus cachuchas y algunos, se cortaban la cruda con un par de Sedalmerck y una Coca-Cola. Las nubes se habían disipado dando paso a un sol abrasador, congeniado con un viento de sensaciones térmicas abrumadoras, eliminando eficazmente la frescura del génesis del día. La vendimia tomó fuerza, cuando los habitantes de la colonia agitaron las posturas modorras de los comerciantes.

Me resbalé del banco y caí al suelo, sin soltar un vestido de olanes que estaba regresando a su

gancho. Las méndigas señoras abandonaron su búsqueda inmersiva de prendas, para no perderse un sólo detalle para hacer un buen chisme. Lorena corrió hasta donde me arrastraba, luchando por ponerme de pie. Me sujetó por las axilas, y me alzó con una fuerza que me sorprendió, recorrió el banco hacia mí y me sentó en él.

—Respira hondo —dijo Lorena mientras ondeaba su mano frente a mí, arrojándome un poco de aire—. ¿Te sientes mal?

—No —contesté con un regusto amargo—, sólo es este calor que viene de repente.

—Voy a comprarte un chocolate. Quizá se te bajó la presión.

—¡Doña, ya cóbreme! —chilló una vieja fufurufa, agitando un bulto de playeras en una mano.

—Claro, reina. Ya voy —anunció Lorena. Me tocó el rostro, como para examinarlo por última vez, y se dirigió con la cliente.

Se me estaban yendo las cabras. Mis extremidades se sacudían, el sudor se colaba por mis orejas, el corazón se me comprimía. El aprecio por Mario enardecía en una constante frustración y decepción. Puse el vestido que había intentado acomodar en la montaña de ropa. Recargué mis codos sobre mis rodillas y entrelacé los dedos de mis manos. Cerré los ojos por un instante, desviándome lo mejor que pude del bullicio. “¿Te llamó por tu nombre?... ¿Crees que era un espíritu...?”. La voz de Mario papaloteaba en mi cabeza. Ansié vomitar mi almuerzo, junto con los recuerdos de la noche en la que me le había entregado. Confié en él y me abandonó. Por un lado, consideré que le había pasado algo malo, pero esa suposición no me convenció ni por poco. Mario había crecido en pandillas callejeras, había robado, y peleaba hasta asegurarse que su oponente quedara igual o peor que él. Así que, la idea de haberse fugado sin importarle mi angustia era la más atinada.

—Ten, Sofia. Me lo dio Chatita —avisó Lorena en lo que me pasaba un refresco frío.

—Gracias —expresé temblorosa, abrí la lata, y di grandes tragos.

—¿Qué comiste?

—Lo mismo que tú. No sé qué más.

—Pues piensa, porque estás blanca... como amarillenta, bueno, no más que tu cabello —se rio —, pero no te ves bien. Si te sigues sintiendo mal, mejor toma un taxi y vete a casa.

—¿Y a poco te vas a quedar sola?

—Yo empecé este negocio desde antes que tú llegaras, Sofia. Puedo con esto. Es más —le había dado justo en su orgullo. Fue por su bolso, sacó su cartera de piedras brillantes y me dio un billete—. Anda, vete a casa.

—No, Lorena. En serio. Ya estoy bien. Sólo fue un mareo. Ya se me quitó —mentí.

—De verdad, Sofia. No hay problema. Vete, por favor —me ordenó en lo que embolsaba unos *pants*, hacía una cuenta en la calculadora, y recibía dinero de un don bigotón.

—Le diré a Alejandra que se venga a ayudarte.

—No. Déjala. A ella no le gusta.

“¿A ella no le gusta?”. Desvié mi mirada a un costado, para que mi molestia no fuera tan evidente. Con un hilo de energía me levanté, mi cerebro se desestabilizó, sentí que el suelo se inclinaba. No quise debatir más, no había duda de que no era apta para seguir trabajando. Di unos pasos hacia adelante, con una tonelada balanceándose encima de mí. Tomaría mi morral y me iría. Vi a unas madres con sus hijos correr despavoridamente. Me dio una punzada en la frente. Escuché estruendos y chillidos, no de acoso, sino de advertencia.

—¡AHÍ VIENEN! —alguien gritó a lo lejos.

Las personas huían como si fuera el fin del mundo. Los comerciantes comenzaron a guardar sus

mercancías rápidamente. Doña Lupe extendió sus brazos alrededor de todos sus juguetes económicos y los empujó para que cayeran en un costal, otra señora agarró todos sus productos de marroquinería y los arrojó al suelo, Florencio —un anciano apestoso—, se movía de un lado a otro, apretándose el cráneo con sus manos llenas de queso y residuos de fruta, Carlitos —el que había estudiado un mes de Contabilidad—, empezó a meter a una camioneta los asientos de su puesto de tacos, una mujer se desmayó, aterrizando sobre unas cajas de zapatos, los perros ladraban desaforados, un bebé chillaba con toda la capacidad de sus pulmones, Nacho —un viejecillo que siempre me daba los buenos días—, jalaba su carrito con vitroleros repletos de agua de muchos sabores, tropezó y azotó en sus rodillas, se quejó, se levantó fugazmente y continuó jalando desesperadamente, Marichuy —la de las caderas rotundas—, se remolineaba entre sus cremas faciales y fragancias baratas, gritando, llorando y pidiendo ayuda. Gente corría avisando que todos nos fuéramos de ahí, y se aventaban unos a otros, presos del pánico.

—¡Rápido, Sofía! ¡Guarda todo lo que puedas! —clamó Lorena al sacar las telas inmensas donde transportábamos la ropa, y lanzaba a una de éstas todo lo que conseguía en sus puños.

Acaté el mandato. Nerviosa, echaba todo lo que podía sin interesarme si lo rasgaba o lo ensuciaba. Hice un nudo a la primera paca formada. El escándalo no disminuía. Tomé el palo de madera y empecé a tirar todas las piezas colgadas.

—¡Váyanse! ¡Dejen todo! ¡Ya están aquí! —amenazó Chatita, la dueña de la tienda de la esquina de la calle, mientras escapaba con una mochila arraigada bajo una axila.

—¡Vámonos! —avisé a Lorena, quien estaba perdida en la faena de introducir vestidos en una bolsa gigante de lona. Noté su distracción—. ¡LORENA! ¡Vámonos! —la sujeté de un brazo, la jalé, se me zafó, prosiguió en su caos—. ¡Eso no importa! ¡Ya, vámonos, por favor!

—¡No! ¡Suéltame! No se van a llevar mis cosas —gimió.

—¡Lorena! No vale la pena.

Ella se resistió, me empujó a un lado y siguió en su frenesí, tratando de recuperarlo todo.

—¡CUIDADO!

Giré a mi derecha. Una turba de hombres encapuchados se aproximaban hacia nosotras, un par de ellos con megáfonos en sus bocas, diciendo; “¡Fuera el presidente! ¡Fuera el pinche gobierno! ¡Esto es por ustedes compatriotas, para que nuestros gobernantes sepan que somos más que ellos! ¡Hermano mexicano únete!”. Agarré con toda mi fuerza a Lorena por la espalda, la alejé del resto de la ropa, la zangoloteé para hacerla entrar en razón. Integrantes del grupo, armados con tubos de fierro, bates y palos afilados, destrozaban las estructuras de los puestos, volteaban las mesas aún con artículos en ellas, arrojaban rocas a las ventanas de las casas y de los negocios, algunos, con cuchillos en mano, desgarraban todo lo que se les atravesaba, y los últimos apuntaban con revólveres a cualquiera que se les interpusiera. Lorena y yo comenzamos a correr hacia la misma dirección a la que todos habían partido. Frenamos cuando una docena de policías aparecieron frente a nosotras.

—¡ABAJO!

Ambas nos arrojamos al piso. Los disparos desfilaron por encima. Más gritos, personas rodando por las banquetas, niños asustados e incontrolables, hablándoles a sus madres. Los destructores empezaron a disparar también. Nosotras nos manteníamos adheridas al suelo. Una bomba molotov explotó a unos metros de donde estábamos. Lorena enloqueció, comenzó a gatear hacia la barrera de oficiales.

—¡Alto, Lorena! —advertí. Ella siguió arrastrándose. Alguien me sujetó por los brazos, y me los torció por la espalda, dejándome imposibilitada—. ¡No me haga nada, por favor! —rogué, y la

persona se recargó sobre mi columna, se acercó a mi oído y susurró; “No sé cómo comunicarme contigo”. Enmudecí. Agité mis brazos y en un segundo me libré, volteé mi cabeza para ver a mi atacante. La guerra ardía y nadie estaba cerca de mí. Lorena gritó. Volví a aplanarme en el pavimento, por el rabillo de un ojo la capté cayendo. Le habían disparado.

—¡LORENA!

Rafael

Había yacido en silencio durante toda la mañana en el instituto. Auscultando con atención todas mis asignaturas, sin siquiera voltear hacia atrás del aula, para no toparme con Toño, a quien había visto con un ojo morado cuando llegué a la primera clase. No lo saludé, todavía no remediaba el discurso de disculpas que le daría. Marta estudiaba otra licenciatura, y eso era una bendición para mí, dado que no me había encontrado con ella. Un golpeteo en la puerta del salón interrumpió la exposición monótona de unos compañeros. El profesor salió para platicar con el prefecto. Regresó con un semblante de alguien a quien le dan una terrible noticia.

—Alumnos. Me temo que vamos a cancelar la clase. Por órdenes de la escuela nos tenemos que retirar ahora mismo. Guarden su material lo más rápido posible. Les pedimos que respeten el protocolo de evacuación de emergencia.

Los universitarios se observaron entre sí, indecisos en creer lo que les estaban diciendo. Ante la insistencia del maestro, y después de unas preguntas cortas por parte de los escépticos, salimos de la cueva con los nervios de punta. Me mezclé entre los estudiantes que caminaban velozmente por los pasillos, aturdidos, cavilando lo peor. Buscaba a Jorge. Llegué a su salón. Ya lo habían desalojado. Me colé entre la multitud que iba descendiendo por las escaleras. Llegué al estacionamiento, agradecí a Dios al ver su Tsuru. Tamara y él estaban dentro. Me apresuré para alcanzarlos. Salieron del cajón y frenaron repentinamente frente a mí. Jorge se impresionó ante mis desesperadas señas de que se detuviera. Bajó la ventana de su puerta.

—¡Rafa! ¿Qué pasó?

—Jorge, sé que me vas a matar pero, no sé a quién más acudir —expliqué trémulo.

—¡Dime!

—Marqué a la zapatería de mi padre y no contestan. Necesito saber qué está pasando. Oí que han tomado las calles por la Central Camionera. Están cerca de la tienda.

—¡Te llevo! ¡Súbete!

Nunca me había sentido tan apoyado por alguien que no era mi familia. Me lancé al asiento trasero, Jorge arrancó y se movió lo mejor que pudo sin atropellar a los jóvenes que corrían sobre la calle.

Cientos de manifestantes marchaban por el bulevar Hilario Medina, fuerzas policiales se atrincheraban frente a ellos, pretendían someterlos, la población no daba un paso atrás, seguía avanzando, armada de pancartas, con fotografías del presidente Ernesto Zedillo tras dibujos obscenos. Clamaban por justicia y por la aprehensión de las autoridades actuales. Mi padre admiraba la contienda desde los ventanales de la zapatería, la cual había cerrado. Jorge, Tamara y yo llegamos barriéndonos. Azotamos la cortina de fierro con nuestras manos hasta que la abrieron.

—Papá, ¿estás bien? —enuncié con alivio luego de abrazarlo.

—Sí, Rafa. ¿Qué está pasando? ¿Qué hacen ustedes aquí?

—Nos han sacado de la universidad, Don Ernesto —aclaró Jorge.

—¿Por qué? —dijo desconcertado.

—Los manifestantes han tomado la ciudad, papá —argumenté.
—¿Los manifestantes? Pero ellos están aquí. ¿No lo ven?
—Al parecer no son todos —añadió mi amigo mientras se secaba el sudor de la frente.
—Esto me suena a un tipo de montaje. ¿Cómo puede haber tantos?
—No sólo eso, señor. Están atacando a los civiles, destruyendo locales. ¡Un desmadre!
—Pues aquí sólo está la policía que quiere arrestarlos a todos pero, ninguno de los marchantes los ha agredido.
—Una amiga me dijo que están encapuchados —incluyó Tamara, dándole paso a su necesidad de hablar.
—Probablemente no sean los mismos. ¿Y tus padres, Jorge?
—Están en Puerto Vallarta —respondió.
—Pues se están perdiendo la diversión —exteriorizó Ernesto con gracia, disminuyendo ligeramente el estrés. Sonreímos en un reflejo involuntario.
Un estallido retumbó afuera. La gente se desquició. Pánico por doquier.
—¿¡Qué carajos?! —exclamó mi padre—. ¡Agáchense!
Los gritos de ayuda traspasaban la protección. Las paredes y los ventanales vibraban como si de un terremoto se tratara. El tiroteo surgió en todo su apogeo. Explosiones, riñas y groserías emanaron de las aceras. Por un estrecho espacio a través de los cristales, logramos mirar a un nuevo conjunto, exactamente como los había descrito Tamara. Portaban rifles, punzocortantes, bombas caseras, y sobre todo, la identidad enmascarada. Las confrontaciones siguieron por el resto de la tarde.

Sofía

Lorena había crecido en la colonia San Juan Bosco, su padre era electricista, y su madre planchaba ajeno. A duras penas terminó la secundaria, por lo cual se tomó a la ligera cuando le dije que ya no quería seguir estudiando. Creía fielmente en que un papel académico no te resolvía la vida. Aunque si no se hubiera visto forzada, le hubiera gustado haberse dedicado a la medicina. Cambió los libros por un carrito de gelatinas, con el que vendía de puerta en puerta. Dedicó sus veintes en la atención y cuidado de sus padres, y ante la falta de tiempo, se enfrascó en ese ritmo de vida, en sus miedos, y en las necesidades de la vejez.

En la carnicería que estaba a una cuadra de donde vivía, había un carnicero que la pretendía. Cuando iba a comprar carne, él se la regalaba. Ella se limitaba a sonreír y ser cordial. Nunca le llamó la atención de manera sentimental. Por desgracia, se vio obligada a concederle el deseo carnal cuando la invitó a pasar detrás del mostrador un viernes por la noche, al estar las banquetas solas. Las relaciones de pareja no eran una realidad para ella. Había visto los últimos años del matrimonio de mis abuelos postizos, y éste la había deprimido. Constantes reclamos, acusaciones e inconformidades. Estaba harta de esa película diaria, y resolvió no crear la suya. Esa producción llegó a su final, cuando le dio santa sepultura en el panteón de San Nicolás, al cumplir los treinta y dos.

Lorena había renacido. Vendió los muebles y las pertenencias de sus padres, porque simplemente ya no los ocupaba, y porque no quería mirarlas más. Le dijo al casero que se mudaría, después de haber estado un chingo de años en la misma pocilga. Rentó una casita a las orillas de la ciudad, donde apenas se estaban construyendo colonias nuevas. Gracias a una vecina que vendía garras de segundo mano en un tianguis cercano, fue como consiguió los contactos de

los distribuidores de indumentaria norteamericana usada. Invirtió todos sus ahorros en varias pacas, se instaló en su patio delantero, y las personas empezaron a comprarle. Estaba a gusto con su nueva rutina, tenía lo que requería, y lo más importante, ya no estaba cuidando a nadie.

Años más tarde, en un bautizo de la hija de una amiga conoció a Enrique, un hombre maduro, corpulento, medio farol, y divorciado. Lorena se enamoró de él como nunca antes lo había hecho de alguien. El señor la sacó a bailar, y luego de las negaciones de mi madrastra por darse a desear —para por primera vez, no abrir las piernas tan fácilmente—, la zapateada pasó a un cuarto de motel, y el amor prosiguió meses después cuando descubrió que estaba embarazada. Enrique se la llevó a su casa en Chapalita —donde vivimos—. Lorena ofertó todo lo que tenía de nuevo. Enrique le consiguió una plaza en el tianguis. Se casaron en la iglesia de La Merced. Lorena siguió trabajando en su puesto de ropa, viajando a Uriangato y a Querétaro en la camioneta que su esposo le había regalado. Su enorme panza no la imposibilitaron para cargar montones de telas, era algo que había aprendido a sobrellevar, pero lo más importante, era que se sentía útil.

Cuando su marido llegaba de su taller mecánico, lo recibía con sopa de fideos, picadillo, y de vez en cuando, con volteados de piña que ella misma horneaba. Hacían el amor casi todas las noches, aprovechándose de la gestación. Eran muy felices.

La gorda —o sea Alejandra— nació, pesó 3,283 kg. Enrique hizo una gran fiesta en un terreno que un compadre le había prestado. Los asistentes, mejor dicho, la familia de él, era la que bailaba y cantaba debajo de globos y papel picado. Lorena estaba contenta con el trato de sus suegros, los cuales siempre estaban de pie, caminaban lento pero firme, y no dependían de una vigilancia constante. Pensó en lo diferente que hubiera sido su juventud si sus padres hubieran sido como ellos. Le dio un trago a su <<cebadina>>, encargó a Alejandra con una cuñada, y se puso a gastar sus tacones al ritmo de la cumbia, cuerpo a cuerpo con su macho.

Cuando a Alejandra la admitieron en el kínder, la dejó con un nudo en la garganta, orgullosa de ver a su pequeña con un uniforme blanco, con un mandil de cuadritos azules y zapatitos negros de charol. Regresó a pie a la casa. Lista para tomar las llaves de La Vaca e irse a colocar el puesto, encontró a Enrique inconsciente a mitad de la cocina. Al llegar los paramédicos los intentos por traerlo de vuelta fueron en vano. Un fulminante ataque cardíaco le arrebató la felicidad.

La amargura la penetró. Dejó de trabajar, de comer, de dormir, de vivir. Tumbada en su cama, sus excuñadas acompañadas de su comadre hacían su mejor lucha para reconfortarla, y extraerla del intenso dolor que la hacía quererse morir.

Alejandra crecía deprisa —sobre todo por lo comelona—, la pobre sólo podía convivir con su madre un rato por las mañanas y por las noches. Llevaba sus trabajos de primaria con sellos de excelencia, pero no eran bien recibidos o eran ignorados. Observó cómo la existencia de Lorena se basaba en estar en su hogar sólo para descansar, y en sumergirse en su negocio durante todo el día. Era una experiencia que fue detestando poco a poco. Condenó al puesto por robarle el cariño y la atención de su madre. Desde muy pequeña juró que nunca sería como Lorena, que no desperdiciaría sus días al servicio de los demás.

Un día, una señora que mantenía a una bebé en su regazo visitó el puesto. Preguntó si había pijamas del tamaño de su hija, Lorena lo negó, pero se puso a halagar a la diminuta criatura. Le pidió a la mujer que le permitiera sostenerla por un momento, la otra accedió, y halló en la vista brillante y melosa toda la vitalidad y el amor que había sentido al nacer Alejandra, y recordó la chata época en la que Enrique estuvo con ella.

—¿Cómo se llama esta preciosa?

—Sofía —respondió mi madre.

Estaba sentada sobre una silla de plástico empotrada en una pared blanquecina. Junto a mí, más gente estaba impaciente por saber el estado de sus seres queridos, atrapados en medio de infográficos sobre el cuidado de la salud, en la sala de espera del IMSS. Una televisión que colgaba del techo acaparó mi atención, el noticiario de Jacobo Zabludovsky empezó.

“México ha sufrido por causa de los recientes levantamientos. Integrantes de los grupos rebeldes han estado saqueando comercios, secuestrando y lastimando civiles en diversos estados. Las fuerzas armadas del ejército han sido enviadas a las zonas afectadas en la república para hacer frente ante estas manifestaciones violentas. Nos informan que hay más de 40 reportes de personas desaparecidas. Les tendremos todas las noticias aquí, en 24 horas...”

Estornudé y perdí la secuencia del programa. Puse mis ojos en el vitropiso avejentado y quebrado. Hace unas horas estaba tirada en la calle, rogando no me mataran por accidente, ahora estaba esperanzada de que eso no le ocurriera a mi madrastra.

Cuando los encapuchados fueron abatidos, no tardaron mucho en llegar ambulancias. Lorena fue de las primeras que recogieron. Me fui en todo el camino al hospital sosteniendo su mano ensangrentada, prometiéndole que pronto llegaríamos y que se pondría bien, aunque, para ser honesta, iba temblando de miedo, por la balacera, por lo más raro, el monstruo que me había sometido por la espalda y que me había susurrado. Creí que iba a enloquecer, que mi cerebro se había podrido. Juraba que alguien más estuvo ahí. No una ilusión de mis pesadillas. No podían combinarse con el mundo real. Me habían atacado de verdad. Pude sentir las manos gélidas en mi piel, y el peso que ejercieron sobre mí, y la voz... Esa era la gran duda. ¿Se trataba de la misma presencia que había visto en esos días? No concordaba. Además, un fantasma no podría aparecer de la nada, agredirme y esfumarse, ¿o sí? Porque cuando quise buscar al responsable, no había nadie, hubiera alcanzado a ver que huía, y parecía que nadie más lo había notado. Y si hubiera sido real, terrestre, hubiera resultado herido también, ya que las balas pasaban por su estatura. Todavía ni siquiera había podido descifrar el rostro del otro espíritu, que ya no podía negar, me estaba siguiendo. Lo que me parecía más irónico era que lo que pretendía hacer con las drogas, lo estaba viviendo sin ellas. No como lo había planeado. No me quedaba más opción que dejar que ese demonio apareciera por sí solo otra vez, aunque la idea no me gustaba del todo, pues estaba propensa a cualquier repentino susto. Me redimí al darme cuenta de que no tenía el control sobre nada.

Alejandra entró por el acceso de Emergencias, jadeando y con lágrimas en los ojos, me abrazó. Buscamos lugares en los asientos donde nos pudiéramos sentar juntas.

—¿Todavía no te avisan nada? —preguntó inquieta.

—No. Al parecer entró en cirugía.

—¿Y tú estás bien?

—Sí. Sólo unos raspones.

—Pero, ¿qué pasó? Cuéntame. ¿Dónde estaban?

—En el puesto, ¿dónde más? Ahí mismo ocurrió todo. Unos pinches locos llegaron a robarnos a todos, y luego se dejó venir la chota y se hizo la campal. Pudimos habernos ido antes, pero tu mamá no quería dejar de guardar la ropa. Le dije que lo dejara, pero ella se puso de terca, así que corrimos demasiado tarde.

—No puedo creerlo. Mi mamá cómo se pudo poner así. Ojalá no le pase nada.

—Sí. Ojalá.

Alejandra se recostó en su silla, se dispuso a mirar las caras fastidiadas de los presentes, la miré por unos segundos, resolviendo alguna angustia honesta, hasta que me rendí, y me zambullí de nuevo en mis pensamientos.

Rafael

Mi padre y yo, agotados en demasía, llegábamos a la casa cuando vimos un convertible parqueado frente al portón de la cochera.

—¿Ese no es el carro de...?

—Marta —completé con disgusto.

—¿Le habrá pasado algo a sus padres? —espetó Ernesto mientras presionaba un botón para que se abrieran las puertas.

Marta bajó de su Mercedes Benz y nos saludó a ambos con una postura relajada. Ernesto se estacionó y me indicó que la invitara a pasar. Sin refutar, fui por ella.

—Hola... —hablé con la piel erizada.

—Hola, Rafa —enunció ella con la mirada más seria que le había visto. Sin esa explosión de optimismo que la distinguía.

Medité el mayor tiempo que pude, finalmente la invité a entrar a la casa. Marta sonrió brevemente, me siguió, entramos, le hizo una corta plática a mi padre sobre su experiencia con las manifestaciones, después nos sentamos en la sala.

—He venido porque quería saber cómo estabas. Aunque no lo creas, estaba preocupada.

—Gracias a Dios estoy bien. Ni a mi papá ni a mí nos sucedió nada malo. ¿Y tus padres?

—Ellos bien. Sus guaruras los tienen rodeados todo el tiempo en la empresa.

—Es cierto —farfullé, y un mutismo me apabulló, hasta que lo despedacé—. ¿Quieres algo de beber?

—No, gracias —expresó, con aires de quien aguarda impaciente una boleta de calificaciones.

—Eh... Creo que te debo una disculpa.

Ella me miró directamente, apretó suavemente los labios y se mantuvo atenta.

—Lo que hice no tiene perdón. Te puedo dar mil excusas de por qué hice lo que hice pero, sé que no serán suficiente. Sólo quiero que sepas que realmente lo lamento, y que mi intención no era lastimarte —expliqué sinceramente, anhelante de una retroalimentación.

Marta movió los ojos hacia distintos puntos, hasta que emitió una respuesta que parecía haber ensayado.

—Acepto tus disculpas, Rafael. Pero, aún no te perdono. Mira, sé que soy una niña mimada y hasta tonta, si tú así lo quieres ver...

Me quedé sin palabras.

—Sin embargo, no por eso tienes el derecho de jugar conmigo. He soportado muchas de tus actitudes, porque estoy consciente de que tú también has aguantado muchas de las mías. Sí, también soy muy exagerada, y presumida... Bueno, no tengo por qué seguirte diciendo esto. Tus compañeros ya te lo han de mencionar mucho, sobre todo, tus amigos. En fin, sólo quería saber cómo estabas, y ya lo sé. Me alegro. Por ahora, no sé si podemos continuar saliendo, ¿sabes?

Yacía incrédulo ante su discurso. La vergüenza me mordía como piraña por dentro, sabía lo que estaba a punto de ocurrir. Iba a romper conmigo.

—Creo que no puedo convivir contigo más de esta manera, ya sabes. Este... ni siquiera puedo creer lo que estoy diciendo —se le escurrió una lágrima que velozmente enjuagó—. No pensé que lo que dijiste me fuera a doler tanto. Nunca nadie me había hecho sentir así. Como... si fuera una cualquiera. Una más.

—Perdón... —enfaticé, en un tanteo por tranquilizarla.

—Ya lo dijiste, Rafael. Y no causa ningún efecto en mí. No comprendo por qué. O sea, eso me preocupa. Por eso, ya no podemos vernos más —las lágrimas le ganaron la batalla.

Mudo e imbécil. Jamás había imaginado esa escena, mejor dicho, siempre lo había hecho de

forma inversa. Sorprendentemente me estaba hiriendo.

—¿No vas a decir nada? —reclamó—. Digo, ¿ni siquiera vas a tratar de convencerme de lo contrario?

Abrí la boca, mas no destiló nada. Ciertamente no tenía ningún argumento, así que sólo lo negué con la cabeza, figurándome el peor gusano sobre la faz de la tierra.

—Bien... —dijo decepcionada—. Era todo lo que debía saber —se levantó y se encaminó al recibidor, se detuvo, regresó su vista hacia mí—. Sólo quiero saber algo... El nombre que dijiste... ¿Era de ella?... ¿De la mujer de la que se estaba burlando Toño?

—No tiene nada que ver... No es como lo hizo creer... —me defendí absurdamente.

—Solamente quería saberlo —me cortó—. Adiós, Rafael. Buenas noches.

Permanecí en el sofá, Marta se fue, y sucedió lo que menos había creído posible, comencé a llorar, asegurándome de no hacer ruido, ocultando mi pena.

Sofía

Un doctor apareció por el pasillo que iba al área de Terapia Intensiva, buscaba a una joven de pelo entintado, hasta que dio con ella y su acompañante robusta.

—¿La familia de Lorena García López?

—Sí, soy su hija —anunció la gorda.

—*Somos* sus hijas —corregí.

—Les informo que su madre ha salido de la operación. Buenas noticias. La bala no dañó órganos vitales. Todo salió bien.

—¿Cuándo podremos verla? —dije.

—En unos minutos probablemente, en lo que terminan de instalarla. Por ahora está fuera de peligro, pero deberemos tenerla en observación hasta mañana.

—Gracias, doctor —impuso Alejandra encadenando el sentimiento que parecía escaparse de sus ojotes.

—De nada. Permiso —se despidió el hombre y se retiró en lo que resolvía dudas de otras personas desveladas.

—Ya quiero verla. Quiero decirle tantas cosas —expresó ella.

Un fuerte cólico me embistió, como si me hubieran metido una espada por debajo, algo se rasgó dentro de mi vagina. Quise sentarme, de repente, un mareo me impidió equilibrarme, se me fueron las fuerzas, escuché gritos, me desmayé.

Un rayo de luz rompió la oscuridad. El vacío y el silencio. Café, verde, azul. Una imagen. Un paisaje. Un campo abierto a la mitad de las montañas. Estaba desnuda, atascada en una especie de lodo, me arrastraba, pero era muy difícil. Quise pedir auxilio, pero no había nadie a mi alrededor. Sólo árboles, arbustos y el viento que los movía. Seguí luchando para liberarme, el fango se escurría por mis cachetes, por mis pechos, y se filtraba por mis genitales. Estaba templado, y el cielo estaba decorado con nubes de blancos intensos. Opté por admirar lo que tenía a mi alrededor. Sentí una mano en mi hombro derecho, alcé la vista sólo para vislumbrar una sombra entre el sol y yo. Pensé en gritar, pero en esta ocasión no pude. Me dieron una mano para que me apoyara en ella. Dudosa, entregué mi mano, y con el soporte del desconocido me puse de pie. Mi cuerpo ya estaba limpio, como si me acabara de duchar. Por fin logré verla a detalle. Era una mujer medio morena, un poco más alta que yo, de un cabello oscuro amarrado en una coleta, luciendo una clase de abrigo morado. Se veía amable y cariñosa. Sonrió de oreja a oreja, como si

le hubiera dado gusto verme.

—¿Quién eres? —pregunté con miedo—. ¿Por qué no me dejas en paz?

—Sofía, mírame a los ojos, por favor —entonces se acercó, poniéndome nerviosa, deseando echarme a correr.

—No... No sé quién eres. Contéstame de una puta vez. ¿Qué es lo que quieres?

—Pronto lo sabrás... Voy a necesitar de tu ayuda...

—¿De mi ayuda? No entiendo. Y no tengo nada que ver contigo. Si eres un alma en pena, ve hacia la luz. Te equivocaste de familiar.

—Sé quién eres, Sofía. Más rápido de lo que piensas, tú también sabrás quién soy yo.

—Eres producto de mi cabeza. Es lo único que eres.

La mujer extendió sus brazos y me estrujó. Su boca se abrió de una forma sobrehumana, los dientes se le empezaron a caer, los labios se le enroscaron, la lengua se le desprendió, rugió como un león. Su peinado perdió su forma y sus cabellos se extendieron por su cabeza. Sus córneas desaparecieron. No podía moverme, estaba cimentada en la tierra, no tenía escapatoria, aquel monstruo amenazaba con devorarme. Su hocico se volvió gigantesco, y continuó rugiendo como un trueno. Se abalanzó sobre mí. Me tragó.

Contraje mis párpados con el corazón saliéndoseme del cuerpo, ahogué un grito, a mi saliva se le ocurrió extraviarse por mi tráquea, tosí con fuerza, y me ardió el vientre, por poco devuelvo el estómago, no comprendía lo que estaba pasando. Estaba en una camilla, cobijada, y sin ropa de la cintura para abajo, junto a un incontable número de pacientes acostados, quejumbrosos y malolientes. Un tipo de un atuendo blanco como la nieve entró al salón, revisando máquinas y tubos por donde pasaba, hasta que finalmente llegó conmigo, y su expresión parecía de funeral.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

—¿Qué me pasó? —exigí alguna respuesta que me tranquilizara, pero fue todo lo contrario.

El hombre esperó unos segundos, mirándome fijamente, y supe que estaba ganando algo de tiempo para soltar la verdad.

—Tuvo una fuerte hemorragia... sufrió un aborto. Tuvimos que practicarle un legrado...

—¿Qué mierdas dijo?! Yo no estaba embarazada. ¡Está pendejo! —me quejé levantando la voz, quería que todos los de mi alrededor oyeran.

El enfermero me observó confundido. Me preguntó que si no sabía que estaba esperando un bebé —me daba vueltas el mundo—, le juré que había descartado la idea cuando había visto sangre en mi toalla, lo cual él me dijo que aquello había sido una señal de que había complicaciones con la gestación. No, no, no. ¿Cómo no pude saberlo? ¿Y qué chingados era un legrado? Lloriqueé como cuando era pequeña, necesitaba a Mario, que me abrazara, que me juntara a sus pectorales, y me repitiera que todo iba a estar bien. Quería reprocharle lo que me había hecho. Por otro lado, no quería que se enterara, no lo merecía. No era justo, yo no quería un hijo, pero tampoco quería que me pasara esto. ¿Lo había matado yo? Suponerlo me daba terror, pero no deseaba resolverlo.

No sabía cuánto tiempo había pasado, dónde estaba Lorena, o Alejandra. Esperé a que el descorazonado enfermerucho se fuera después de asegurarme que era un caso accidental, que no debía culparme, y de ofrecerme un número telefónico de asistencia psicológica. Me arranqué el suero que tenía puesto, enrollé la sábana en mi cintura, y escapé.

Rafael

La atmósfera del Instituto Lux apabullaba con el desorientado caminar de los alumnos por los corredores. Los semblantes decaídos, absortos en sus próximas tareas, deprimían vacíos de entusiasmo. La mayoría vivenciando un estrés postraumático. El esfuerzo por continuar con la rutina no era bastante para pintar rostros amenos. Los maestros tomaron posesión de sus escritorios, hicieron chillar la tiza y ejercieron la docencia, algunos con la voz palpitante.

En un receso, iba subiendo al piso de mi área cuando me encontré con Toño. No pude ignorarlo más. Cuando él me sonrió, supe que tenía permiso para formular una charla.

—¿Cómo estás? —cuestioné lánguido.

—Igual de guapo. Tu puñetazo no fue demasiado fuerte, cabrón —espetó y se rio.

—Mamón —reí de vuelta—. Te debo una disculpa.

—No te apures. Me lo merecía. Bueno... Eso me han obligado a creer.

—No. Yo estuve mal...

—Ya, güey. No te quieras poner sentimental, porque ahora mismo yo te parto la jeta. Basta. Estamos bien —dijo y me colocó una mano sobre un hombro—. Mejor, dime cómo te fue ayer con todo este desmadre. ¿Cómo está tu papá?

—Bien. Nada mal. No pasó de sustos y de ver peleas de barrio en vivo. ¿Y a ti?

—Nada. Creo que todo es una farsa del gobierno, ¿sabes? Andan diciendo que el mismo pueblo nos está atacando. Pero yo no lo creo. Es otra gente. Ni siquiera son de aquí. Sí, güey. El primo de Lalo es policía, y le dijo que habían llegado varias camionetas del ejército cargadas con hombres, dizque civiles. No sabe de dónde los trajeron. Que llegaron ayer en la mañana a León. Y que luego a él y a sus compañeros les avisaron que tenían que abrir fuego contra ellos.

—¿Crees que sea verdad? Ya ves cómo es Lalo de argüendero.

—Pues parecía bastante convencido. ¿Te imaginas? Sería como si a los otros los hubieran mandado a una misión suicida.

—Lo sé. Es muy extraño. Será mejor que no nos metamos tanto en eso. Por lo menos yo no quiero terminar acribillado por curioso, o como un narco colgado de un puente.

—No, Rafa. Tú nunca podrías terminar así. Primero, porque para ser narcotraficante tienes que ser muy inteligente. Segundo... no pues párale de contar —farfulló Toño seguido de una carcajada que resonó por las paredes de las escaleras.

El timbre de regreso a clase nos cortó la plática. Nos dimos un estrujón de hermanos. Verdaderamente lo había echado de menos. Toño era mi único confidente, y con el que había convivido más años. Chocamos nuestros puños y nos fuimos a nuestra aula, rejegos de acceder a nuestra asignatura de Psicología Social.

Afilaba un lápiz con mi sacapuntas, deslizaba las páginas de un libro de pasta gruesa, de teorías rebuscadas, y me preparaba para responder los ejercicios de un material didáctico, sobre mi escritorio de cedro que gracias a la cera, brillaba con los rayos del sol que se entrometían por la ventana a unos pocos centímetros de donde yacía. La pesadez mental me estaba sometiendo, contesté un par de preguntas y subrayé algunos pasajes, no obstante mis ojos se entrecerraban. Meforcé a mantenerme despierto. Me enfoqué en la palabrería de Sigmund Freud, leí apretando mi visión, mas no lo conseguí. El aburrimiento y el agotamiento me hicieron caer sobre las hojas.

Sentado sobre arena dorada, disfrutaba de las olas del mar de Manzanillo —un lugar al que me habían llevado mis padres cuando era niño—. La comodidad y el amor familiar arribaron como una lluvia revitalizadora. El húmedo viento que movía los vellos de mis piernas, acariciaba mi cara como una suave mano femenina. La sensación de un infante siendo protegido por sus progenitores era la única que hacía que el ser humano se considerara realmente a salvo. El mar se

balanceaba delicadamente, entreverándose en cobrizos y grises, reflejando el universo embarrado de un tono durazno. Enterré mis pies en la arena que parecía un montículo de brillantina, y los masajé con la presión del peso. El apapacho del agua me envolvió cuando me sumergí en sus profundidades. Podía respirar, había oxígeno dentro del mundo acuático. Vislumbré peces plateados que nadaban cautelosos a mi alrededor, corales que resplandecían con colores exuberantes, burbujas gigantescas que se rompían al alcanzar la superficie, la naturaleza de mi desnudez no me generaba retraimiento, era la libertad de desplazarme sin tapujos ni opresiones de la moral.

Recostado al pie de una palmera, apreciaba el ocaso, a punto de ser sustituido por el marino infinito. La pena por mis malas acciones y el rencor por el abandono no existían en este paraíso. Una silueta emergió de las aguas, me enderecé, y me excité cuando clarifiqué a Sofia. Ella, contorneándose sin telas que la cubrieran, se acercaba sigilosamente, sonriendo, concediéndole movilidad a sus senos, luciendo unas piernas tersas y vivaces, presumiendo sus atributos sexuales, hasta que estuvo frente a mí, se inclinó en sus rodillas, me rozó con las palmas de sus manos sobre mis mejillas, mi mandíbula, y prosiguió a mi pecho, donde recostó su cabeza, me cogió de un brazo e hizo que la abrazara. El renacimiento de mis emociones más extremas se inyectaba dentro de mí. Apreté su piel de mujer, amarré la veneración de la imagen candente a mi adolescente que había añorado tanto una fantasía como aquélla. Sofia subió hasta mi rostro, y juntó sus labios a los míos, me besó con naturalidad, sin prisas, saboreando mi identidad, al compás del movimiento suave de sus manos por mi torso, exprimiendo el sudor de mis poros, recorriéndose hasta mis axilas, colándose hasta mi ombligo, jugueteando un poco, intensificando el ritmo del baile de su lengua, extendiéndose hasta mi sexo, palpando con lentitud mis testículos, apoderándose de ellos, formándolos entre sus dedos, elevándose hasta mi miembro erecto, bajando y subiendo. Acaricié con dedicación sus pezones, la cargué para posicionarla por encima de mi cintura. La penetré, y una explosión en mi cráneo me hizo retorcer de placer. El semblante de Sofia era el de un éxtasis que jamás había visto en mi vida. La besuqué por el cuello, tomándome mi tiempo, lamí los extremos de sus pechos, degustándome del dulce de su transpiración. Ladeaba mi cadera, denotando la oscilación en la sensibilidad de mi glande dentro del conducto vaginal. Seguí satisfaciéndola, sin parar. La noche se desplomó sobre nosotros, y nuestro acto no tenía fin.

Reaccioné ante las punzadas en mi quijada, somnoliento, levanté mi cabeza del charco de saliva en mi escritorio, me sobé la parte física que me hormigueaba debido a las horas que se había quedado presionándose contra la madera rígida. La erección debajo de mis *jeans* me ocasionó gracia, segundos más tarde, bochorno. Cerré mi libro y guardé mis útiles. Un cosquilleo en mi mano derecha me llamó la atención, cuando la miré quedé atónito. “Sofia” escrito con una clase de tiza negruzca, como si hubiera sido carbón. Por supuesto, yo no lo había hecho. ¿Cómo había aparecido eso en mi piel? Me dirigí a mi cuarto de baño, me desvestí y activé mi regadera. Tallé hasta que pude borrar las letras, aunque seguía perplejo. Había pasado de un atrevido sueño a una incógnita. Aún no resolvía la razón de mis edificaciones amorosas con Sofia, y si lo reflexionaba, no aceptaba que sentimientos afectivos me hubieran nacido por alguien que no conocía totalmente. Sobre todo, por una mujer que no era de mi tipo, ni de mi estatus social. Estaba indeciso con mis querencias. Sin embargo, ante la última representación de un erotismo que creía marchito, la realidad se estaba esclareciendo con eficacia, sólo que la estaba negando. Sofia siempre me había demostrado una repulsión evidente, ni siquiera se alegraba al ver un viejo compañero de escuela, ¿cómo podría sentir algo más por mí? Era absurdo y estúpido intentar llegar más lejos con ella. La testosterona congeniada con la adrenalina me construyó la idea de

buscarla aun así, y averiguar si aquello era solamente una obra de mis neuronas, o en dado caso, una posible relación por la que valdría la pena luchar. A pesar de haber concluido recientemente con un noviazgo que nunca consideré auténtico del todo.

Mi padre me halló en la cocina, mientras cenaba unas quesadillas con jamón, junto a una taza de café. Saludó con atonía, mas con el optimismo forcejeando sus labios. Al parecer la ciudad todavía no se recuperaba del golpe social que había padecido. Las ventas no subían y el espíritu que denotaba estabilidad en Ernesto se iba secando cual flor frente al sol. Busqué la manera de troncar la melancólica representación.

—Adivina quién se va a Europa de vacaciones.

—¿Quién, hijo? —cuestionó en lo que abría el refrigerador y sacaba un jugo de uva en botella.

—Toño. Sus padres le regalaron el viaje por su cumpleaños. ¡Qué chido! ¿No?

—Sus padres han de estar ganando mucho para permitirse esos lujos... —dijo y sentí que era una forma para que yo no le pidiera algo similar.

—Eso parece. Papá, ¿te encuentras bien?

—Claro, Rafa. A decir verdad, estos días he sentido que tú te has distanciado de mí. ¿Pasa algo que yo debería saber?

—No realmente. Digo, nada que sea de vida o muerte. Son embrollos míos, muy infantiles —aclaré con extrañeza por haberme cambiado el tema a la perfección.

—Te recuerdo que tu viejo ya pasó por esos conflictos *infantiles*, ¿qué no soy lo suficientemente adulto como para entenderlo?

—No es eso... —me quejé y le arrojé lo que se me quemaba en la punta de la lengua—. Estoy pensando mucho en una chava y no lo puedo evitar. Aparece en mi cabeza a cada instante. Pero, no creo que esté enamorado, es imposible, porque ni siquiera la conozco. No puede ser amor, ¿cierto?

—¿Y qué es el amor? —sonrió, y ahí estaba su calidez que me reconfortaba.

—Pues, algo como lo que sentía por Marta. Al principio al menos, cuando era... ¿cómo me explico?... bonito. Luego se fue haciendo una rutina, que me estaba hartando. Sí la quería pero, ¡carajo! Me estoy haciendo bolas.

—Sé a lo que te refieres. Simplemente la dejaste de amar.

—Tienes razón. Eso es. Me gustaba estar con ella... y de pronto dejé de quererlo. Pero, con esta chava he estado experimentando cosas extrañas.

—¡Ah, caray! —se carcajeó—. Recuerda que no es fundamental que me cuentes realmente *todo* de tu vida, hijo.

Me sonrojé, aunque me daba pena cuando mi padre bromeaba así conmigo, era algo que nos conectaba. Su irreverencia realmente me caía bien, mi rostro de molestia era sólo una máscara del típico hijo avergonzado por las ocurrencias de su padre.

—¿Y cómo se llama esta mujer que te hace experimentar *cosas extrañas*?

—Sofía.

—Lindo nombre —sonrió, y rápidamente sacó un cigarrillo del bolsillo de su camiseta, y lo prendió con un encendedor con la caricatura de una sirena sobre una isla diminuta. Fumó—. Debes ser honesto contigo mismo, hijo. Te puedo decir que la vas a regar si te pones a probar suerte con cada mujer que se te atraviese y sientas algo, pero... así es la vida. Tú solo irás aprendiendo.

—¿Qué me recomiendas hacer? ¿La busco?

—Quítate de dudas. Búscala. Si ella quiere lo mismo, ya la hiciste. Si no, no pasa nada.

—¿Y si Marta se entera? —pregunté angustiado, no figuraba que ella lo supiera y comenzara a rociar su veneno con sus amigas. Haberse mostrado tranquila y madura no me aseguraba que hubiera cambiado en su personalidad, y cuando ella se vengaba de alguien, movía mar y tierra para hablar pestes y pudrir la reputación de la persona.

—Ni modo, Rafa. Ella tiene que saber que la vida sigue. ¿O no? Tú mismo me lo dijiste. ¿Te acuerdas?

Asentí casi sin notarlo, había deshecho mi paranoia. Admiré sus ojos que alguna vez habían estado llorosos y enrojecidos. Sin embargo, deseaba tener la misma fuerza para que un rechazo no perjudicara mi vida. Claro que yo estuve ahí para apoyarlo cuando mi madre se fue, fui su consuelo pero, si algo le llegaba a pasar a él, ¿quién sería mi consuelo? No me consideraba en un nivel aceptable de madurez aún para sobresalir de una situación así. Por eso, lo respetaba en demasía, lo amaba y no podía asimilar verlo derrotado. Yo tenía que ser una mejor versión de él, más valiente y más fuerte. Lo abracé con empeño, puse los trastes sucios en el lavavajillas, me despedí y me fui a mi recámara.

Sofía

Entré a un salón con un chingo de heridos, con cortadas en los brazos, descalabrados, perforados por balas, desangrándose por algún machetazo, alarmados por presenciar a la muerte tan de cerquita. Alejandra estaba sentada a lado de la cama de su madre, quien estaba conectada a varios cables, tenía un vendaje en el estómago, los cabellos de bruja y la expresión de un cadáver.

—¿Cómo está? —dije por detrás de la gorda, ocasionándole que brincara de susto.

—¡Sofía! ¿Estás bien? ¿Qué pasó?

—Me faltan vitaminas. Eso es todo.

—Me espantaste. ¿Segura que es eso? Pusiste los ojos en blanco. ¿Y esos pantalones?

—Larga historia —respondí creyendo que sería suficiente. Los había robado de un depósito de pertenencias, pues los míos estaban manchados de sangre y no quería que se supiera más—. No te preocupes por mí. ¿Cómo está ella? —me dirigí a Lorena.

—Parece que bien. Todavía no ha abierto los ojos. Aunque creo que la he visto mover la boca. No lo sé. Nunca creí verla así —expresó, se puso de pie, me abrazó, y se puso a llorar.

Tenía sentimientos encontrados. No había tenido un contacto así con Alejandra desde que éramos pequeñas. Por un momento, disfruté de ese cariño, aun renuente de hacerlo.

—Ya, Alejandra. Tranquila. No hay motivos para estar nerviosas. Lo peor ya pasó. Pronto va a despertar. Va a estar bien —susurré.

—Oye, Sofía —se retiró de mí en lo que se sorbía la nariz—. ¿Puedes ir a ver si a la camioneta no le pasó nada?

Mi hermanastra estaba de vuelta, junto con su pinche interés. Aunque, la verdad a mí también me importaba saber cómo habían quedado las cosas en el tianguis, y si se podía recuperar algo.

—Sí, Alejandra —contesté seca.

—Gracias, Sofía —me envolvió entre sus brazos guangos una vez más, y esta vez me dio asco—. Oye, hazme un favor, ¿podrías quedarte a cuidarla en lo que voy a mear?

—Ya sabes que sí —dije con sarcasmo. Ella se fue. Me senté en su lugar, y recorrí la silla de plástico para estar más cerca de Lorena. La observé detenidamente unos minutos. Pensando miles de cosas por decirle. Reclamos, dudas. No comprendía el extraño afecto que le tenía. No era mi madre de sangre, pero había sido la única que me había criado bien —dentro de lo que cabe—. O

al menos, eso era lo que podía recordar. La quería, la estimaba, la toleraba. Le agradecía el haber sido transparente conmigo y nunca haberme escondido mi adopción, como en otros casos que conocía, siendo más clara, como lo había visto en las telenovelas, donde hacían un drama al enterarse cuando ya eran adultos. Yo no sé cómo hubiera reaccionado.

Creí que había sido un juego más de mi imaginación, cuando vi una lágrima resbalar por un cachete de Lorena.

La calle Venezuela lucía sombría, deprimente y destruida. La primera luz del sol iluminaba el asfalto mugroso, manchado de residuos de comida, de líquidos de dudosas procedencias, de pinturas, de sangre. Varillas tumbadas, mesas destrozadas, bolsas de plástico rasgadas, ropas pisoteadas, muñecas rotas, trastes regados por el piso, basura combinada con tristeza.

Caminaba atontada, sin poder creer lo que veía. El tianguis que daba risas y escándalo se había transformado en los restos de un campo de batalla. Mi gente se movía alelada, rebuscando entre lo poco que había quedado de sus negocios. Unos intentaban instalarse con las sobras de sus productos, para comenzar el día con normalidad. Llegué donde estaba nuestro puesto. Sólo había tablas quebradas, y algunas playeras empolvadas y arremolinadas por todas partes. Las estructuras de metal estaban completas, aunque dañadas. Empecé a juntar todo lo recuperable y a meterlo en una bolsa. Agarré los fierros y los tablones doblados, y los arrastré hasta el sitio donde La Vaca había pasado la noche. Estaba intacta. Di un fuerte respiro de alivio. Le hablé a Beto —el amigo que se ponía en frente de mí a vender piratería— para que me ayudara a guardar las cosas en la camioneta. Regresé a la calle para ver si faltaba algo por recoger. Nada. Se había salvado muy poco. Lo que quería de verdad, era energía para superar todo lo que había pasado. Estaba cansada, hasta la madre. Sobre todo, por no haber dormido en toda la noche. Mis ojos se achicaban y se me hundían en la piel. Dolían.

Cuando estuve dispuesta a irme, di media vuelta y la multitud de comerciantes abatidos había desaparecido. Volteé a todos lados. Soledad. El cielo se había nublado. Un aire helado me puso la piel chinita. Las cosas en el suelo empezaron a rodar, y algunas, a volar. Desesperada, miraba a todos lados, giraba en mí misma, como una niña perdida en un parque de diversiones. La mujer salió de abajo y se postró frente a mí. Grité y caí en mi espalda.

—Guarda silencio —ordenó.

—Esto no puede ser cierto. Estoy soñando...

—¡No! —chilló y me sostuvo por el cuello, me alzó del piso y me zangoloteó. Me soltó y volví a caer, me punzaron los huesos—. ¿Lo ves?

Empecé a llorar. Estaba muerta de miedo. Intenté huir, y para mi mala suerte, mis piernas estaban pegadas en la tierra. Me sacudí sin éxito.

—No sigas con tu terquedad, Sofía. Es mejor que me escuches de una buena vez. Detente ahora mismo —se inclinó, me agarró de un brazo—. Necesito que me ayudes.

Yo seguía retorciéndome y gritando. La mujer me soltó una cachetada, me quitó el descontrol de golpe —literalmente—.

—¡Escúchame! ¡Ya basta! Haré lo que sea para que me oigas. No te conviene resistirte. ¿Te quedó claro?

Asentí mientras me sobaba la cara.

—Ellas no son nada de ti. Son sólo unas sanguijuelas.

—¿Quiénes? —pregunté con debilidad.

—Con las que vives. Son malas. Tienes que dejarlas.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Porque sí! ¡Entiende! Están malditas. ¡MALDITAS...! —se calló de repente, perdió su vista hacia un punto detrás de mí, como si hubiera visto a alguien. Se asustó— ¡NO! — y se esfumó en un lamento ensordecedor.

Parpadeé. Estaba sentada frente al volante de La Vaca. Miré a mis costados. Todo parecía normal. ¿Me habría quedado dormida? ¿En qué instante me subí a la cabina? Saqué de uno de mis bolsillos las llaves, y prendí el motor, un pánico me atrapó, pisé el pedal acompañada de mi corazón que latía a mil por hora, como la primera vez que me drogué.

—Hola, Sofía. Buenas tardes. ¿Cómo sigue tu mamá?

—Bien, *seño*. En casa, reposando, cada vez mejor —aclaré mientras me ajustaba mi cangurera que funcionaba como caja de dinero.

—¡Ay, bendito Jesús! Me alegra mucho, niña. ¿Y cómo has estado tú?

—No me quejo.

—Te quedaste tú sola con todo el trabajo. Qué muchacha tan buena y responsable. Tu madre es muy afortunada.

—Lorena —corregí sin causar una reacción en la vieja.

—Ya me voy. Que nuestro Señor te tenga bajo su protección. Me saludas a tu mami cuando puedas.

—Pásele. Que le vaya bien.

Descansé un rato en el banco, mientras soportaba un fuerte ardor en la espalda. Jamás me había encargado del puesto por tanto tiempo, y mi cuerpo me estaba reprochando la explotación. Mis temores aparecieron de súbito; Permanecer ahí y así, por el resto de mi vida. Quise sacar mi frustración con patadas y berrinches. Me imaginé acabando igual que Lorena, anciana y atada a este martirio de ventas y jetas retorcidas de gentuza. Me inquieté, pero una parte muy recóndita en mí, donde habitaba la entrometida voz de la madurez traspasó mi rebeldía, y me hizo sentir responsable, como era usual. Tres clientes a la vez me hablaron para que les cobrara, me levanté a regañadientes. Tracé mi sonrisa de mucama de motel que escondió mis desilusiones.

Al llegar a casa, fui directamente al cuarto de mi madrastra. Ella estaba acostada, había recobrado lo moreno de su piel y se veía hasta rejuvenecida.

—Hola, Lorena. ¿Cómo sigues?

—¿Sofía? —preguntó con un gargajo de por medio. Algo modorra.

—Sí, soy yo. ¿Dónde está Alejandra?

—Fue... por unos medicamentos a la farmacia... ¿cómo te fue?

—Ahí la llevo. Aquí tienes —coloqué las ganancias sobre su buró—. Tenemos que surtir de nuevo. No nos queda mucho.

—Entiendo —expresó, se deslizó para recargarse en la cabecera, gimió, se agarró la herida por encima del cobertor—. Gracias por todo lo que has hecho, Sofía. En serio, sin tu ayuda no sé cómo podríamos seguir adelante.

—De nada, Lorena.

—Estoy muy orgullosa de ti... Tu madre lo estaría también. Creo que lo está... donde sea que esté.

—No lo creo. ¿Cómo estarías orgullosa de alguien a quien abandonaste?

—Deberías de recordarla con cariño. Ella te quería mucho.

—Pues yo no lo recuerdo, y no tengo por qué hacerlo.

—Quizá no. Estuviste con ella... muy poco, es por eso que lo has olvidado.

—¿Cómo era ella? —impuse sin darme cuenta que había hecho esa pregunta cuando era

pequeña, pero que la respuesta se me había borrado por completo. Me surgió la curiosidad, tal vez, porque algo dentro de mí me decía que el monstruo que veía se podía tratar de ella. Sonaba estúpido, pero luego de los últimos eventos, ya nada lo era.

—Era una mujer luchona, muy trabajadora, peleó por ti con uñas y dientes —alejó sus ojos de mi mirada—. Fue muy valiente.

—¿Por qué la defiendes tanto? Tú misma me dijiste que me dejó aquí sin más.

—No es como lo piensas, Sofía. Tu madre tenía muchísimos problemas. La verdad... no fue fácil cuando se fue, pero creo que tuvo sus motivos, que ni siquiera yo puedo comprender.

—Me estoy hartando de que me cuentes las cosas a medias. Lorena, necesito que me digas todo lo que sabes.

—¿Por qué te interesa tanto ahora?

Quedé muda, no quería explicarle lo que me estaba pasando. Me tacharía de loca, averiguaría mi adicción a la cocaína fácilmente —si no es que ya lo sabía—, ya tenía muchas vecinas que andaban de ponzoñosas, pero se habían reservado el chismearle directamente, no sé por qué, pero todavía tenía chance.

—Simplemente lo quiero saber ahora. Ya soy una adulta, y pienso que estoy lista para comprenderlo. Por favor, dímelo todo. Estaré bien.

Lorena tragó saliva, algo confundida e indecisa. Exhaló.

—Bueno... Tu madre era muy joven cuando la conocí...

—¡Espera! ¿Cuál era su nombre?

—Lourdes.

Lorena se descosió en la plática. Lourdes había sido una cliente del puesto. Lorena y ella se hicieron amigas con el tiempo. Se contaban todo. Salían a pasear con Alejandra y conmigo, nos llevaban a La Fuente de los Leones, y nosotras nos salpicábamos con agua, corríamos por las jardineras jugando a <<las traes>> y a las escondidas. Imaginármelo me causaba un sentimiento que no puedo explicar. Lourdes empezó a dejarme en la casa para que Lorena me cuidara por las tardes, porque andaba de un trabajo en otro, siempre batallando por conseguir un salario que nos pudiera sacar a flote a ella y a mí.

Lorena me dijo que recordaba una ocasión en la que Lourdes llegó muy emocionada a la casa. Yo me encontraba coloreando con crayones, mientras la gordita supervisaba que no me saliera de las rayas del dibujo del libro. Lourdes entró y fue a darme un abrazo, acarició mi cabello. Se sentó en el sofá y Lorena se acomodó a su lado.

—¿Cómo te fue? Cuéntame.

—Muy bien. Me dijeron que me llamarían. Esta vez los vi muy convencidos —expresó Lourdes con entusiasmo.

—Verás que te darán ese empleo, Lulú. Ya es hora.

—¿Y cómo se portó Sofy?

—Es un ángel, ¿cómo se va a comportar? Mírala. Está emocionada porque va a entrar al kínder. Me lo ha dicho toda la tarde. Y hablando de eso, ¿cuándo entra?

—El mes que viene. Ya casi tengo todo lo que necesita. Me faltan algunos útiles.

—Dime qué te falta.

—Ay, Lorena. Ya sería demasiado de mi parte. Deja me ocupo yo de eso. No te angusties, ya me has ayudado bastante con cuidar a mi hija. Te debo meses de niñera.

—¿Cómo crees? No es nada. Me gusta tener a Sofía aquí, y a Alejandra también le gusta. Se llevan muy bien. Llevan horas platicando y jugando.

Lourdes no tenía dinero suficiente para comprarme ropa y zapatos, de eso Lorena también se había encargado. A mi madrastra no le importaba. Se veía reflejada en su amiga, en la edad que ella había perdido por cuidar a otros, simplemente quería ayudar a alguien para que pudiera hacer lo que ella nunca tuvo oportunidad.

Era media noche cuando Lorena escuchó golpes en el portón de la casa. Corrió hasta que abrió la puerta y se asustó al ver a mi madre y a mí. Lourdes sostenía en un hombro una mochila grande, en una mano cargaba una bolsa con diferentes objetos en su interior, y de un brazo me cargaba. Yo lloraba. Nos habían corrido del departamento en el que vivíamos por falta de pago. Lorena me sostuvo en su regazo, y con la ayuda de la otra mujer metieron las cosas. Fue cuando empezamos a vivir todas juntas.

Lorena recordaba con lujo de detalle la última vez que vio a mi madre.

—Me encontró.

—¿Quién?

—El padre de Sofia. Estaba limpiando los cristales de la tienda cuando se estacionó detrás de mí. Quise esconderme, pero me alcanzó a ver. Pensé que él no pasaba por ahí. No entiendo...

—¿Y qué pasó? ¿Te habló?

—Sí. Dijo que quería verme. No sé qué hacer. Tengo miedo de que me quite a mi niña.

—Tranquila. No te siguió aquí, ¿verdad?... bueno. Lo mejor será buscar otro trabajo.

—¡Pero sólo tengo unos días en este! Sabes lo que me costó obtenerlo. Sé que suena algo raro, pero se veía muy diferente de como era antes. ¿Y si hablo con él?

—¿Te estás escuchando, mujer? ¡¿Cómo puedes decir eso?! Después de todo lo que te hizo.

—Es estúpido. Lo sé. Tienes razón. Debo dejar el empleo. Pero tengo que terminar el turno de hoy, y renunciarle como es adecuado a la señora Eustolia.

—Hagamos esto. Mantente al margen. Termina tu turno y yo paso a recogerte.

—Muy bien. Así lo haremos.

Lorena quemó las llantas por la calle, mientras oía cómo se hacía un desmadre en la caja trasera de la camioneta. Llegó a la tienda de productos de limpieza donde mi madre trabajaba. Un par de señoras esperaban a que su jefa, quien aún seguía dentro les diera la indicación de poderse ir. Lorena le preguntó a una de ellas sobre su compañera Lulú, le respondieron que ella ya se había ido. Que su novio había pasado por ella.

Lorena acudió a la policía para declarar un secuestro, tomaron su denuncia, y luego de unos meses, el caso quedó olvidado en un archivero. Ella no supo qué más hacer, más que cuidarme, ganar mi tutoría, y darme lo mejor que pudo.

Rafael

Accedí a la recámara de Ernesto, aprovechándome de su ausencia, en la búsqueda de uno de sus perfumes más finos. En un mueble dorado los guardaba. Los tenía todos perfectamente sellados mas sin categoría. Quería uno que concebía un poco de madera, vainilla y un toque de menta. No recordaba el nombre, sólo los ingredientes que mi olfato había percibido. Hallé una botellita rojiza, una fragancia para féminas. Rocié un poco en el aire. Mi madre llegó a mi cabeza. La recuerdo vestida con traje sastre rosa, saliendo apurada por la puerta de la casa, para reunirse con su equipo de vendedoras destacadas. Desde mi lente gozaba de una vida muy alegre, productiva y exitosa, jamás comprendí por qué tuvo la necesidad de irse. Mucho menos mi padre.

Una noche, llegando de mi primera salida de bar con mis compañeros de preparatoria,

encontré a mi padre, recostado sobre el comedor, con una copa en la mano, derramando vino tinto. No sé cómo presentí que era algo relacionado con su esposa. Tras eructos ahogados, me espetó que nos había abandonado sin dejarnos un indicio de su paradero. Me quebré en el interior, sin embargo, no frente a él. Me tomé el tiempo de consolarlo, de mostrarle mi compasión y apoyo incondicional. Sufrí mi pena en silencio, encerrado en mi habitación, enmascarado con la luna que traspasaba mi ventana, entre sollozos e insultos a mi suerte, con una almohada sofocando mis bramidos. Realmente nunca poseí mucha comunicación con mi madre, aunque creo que siempre existió ese amor maternal al que uno está tan apegado; Las caricias, las felicitaciones, los regalos, las atenciones sinceras.

Volví a colocar el perfume en su lugar, moví unos más, y di con el que localizaba, me bañé con el aroma hasta casi asfixiarme a mí mismo. Me acomodé mi mejor camisa, verifiqué mi peinado y mi aliento. Salí de mi morada para abordar un taxi que me llevaría a la calle Venezuela.

Caminé por los negocios de baratijas, licuados de frutas y piratería, hasta que encontré a Sofía, enrojecida de la cara, en una clásica diatriba de clase baja, en lo que algunas personas más removían el montón de ropa en su puesto.

—Deberías de ir a la iglesia más seguido, porque andan diciendo que andas de fácil con los hombres. De lujuriosa —arremetió la señora contra Sofía.

—Si es así, ambas deberíamos de ir más. Yo por lujuria y usted por gula —le respondió ella.

—Pinche muchacha —refunfuñó la otra, le levantó el dedo de en medio y se fue maldiciendo. Sofía se carcajeó, y siguió atendiendo a sus clientes con naturalidad.

Me acerqué esperando la peor de sus reacciones. La saludé. Y con un nudo en la garganta le pregunté si podía invitarla a salir. Ella se volvió a reír.

—¡Ay, amigo! No mames. Vete a hacer tus bromitas a otra parte. Estoy muy ocupada.

—Es en serio —repuse—. Quiero conocerte. Sé que las últimas veces que nos vimos no fueron muy amenas pero, me gustaría que me dieras una oportunidad para salir. Sólo para saber más de nosotros. Nada más. ¿Qué te parece?

—Niño. O esos lentes que traes ya no te sirven o de veras te estás haciendo pendejo. ¿Qué voy a andar haciendo yo con alguien como tú?

A pesar de que la manera común de Sofía de hablarme era con burlas e insultos, no me molestaba, al contrario, me provocaba más interés hacia ella. Dado que aquellas expresiones eran sólo una muestra de su defensa personal, me intrigaba la verdadera persona que se podía estar escondiendo detrás.

—Sólo respóndeme. ¿Quieres o no? —insistí con su mismo tono de voz, lo cual la hizo consternarse, u ofenderse probablemente. Unas señoras que estaban ahí le guiñaban los ojos como indicándole que dijera que sí. Yo estaba sudando frío, trémulo y con la boca partida de resequedad.

—Escucha, *Rafita*. No porque salga contigo me voy a comportar como una riquilla de alcurnia, seguiré haciendo lo que me dé la gana, si aun así quieres que salgamos... va. Al fin y al cabo, la distracción de vez en cuando no es mala.

Muchos sentimientos brotaron en mí, orgullo, repulsión, atracción, y lo que finalmente le ganó a mi raciocinio, curiosidad.

—Comprendo. ¿Cuándo puedes?

Sofía se puso roja, creo que pensó que me retiraría. Algunos hombres de los puestos de alrededor hicieron bullicio y chiflaron. Alguien gritó: “¡Eso es todo, morra!”. A Sofía sólo le vibraban los labios. Hasta que impuso las reglas. Nos veríamos un sábado por la tarde en el

centro de la ciudad. Advirtiéndome que “me daría en mi madre” si llegaba a ser un chiste o la dejaba plantada. Le extendí la mano, ella hizo lo mismo algo reacia, y cerramos el trato.

Vestido con mi mejor atuendo casual-formal, aguardaba por Sofía sentado en una banca frente al quiosco del Centro Histórico de León. Rodeado de jardineras con flores multicolor, arboledas en forma de conos, y de vendedores ambulantes. Me tronaba los nudillos, le soplaban las pelusas a mis gafas, y me recorría una mano por la cabeza, fraguando derrotar algún cabello rebelde. El sol comenzaba a ocultarse, y la plaza se llenaba de familias y parejas. Los postes de luz se encendieron para iniciar el ambiente mágico y bohemio que distinguía a la zona. Sofía apareció quince minutos tarde, con unos pantalones ajustados, un cinturón de picos metálicos, y una blusa de manga larga con llamas de fuego grabadas al frente. Está demás decir que llamaba la atención de todos. Algo que en ese instante cavilé, es que era muy fácil ubicarla entre la multitud con su mata amarillenta. Me saludó con un golpe en el hombro. Estaba más nerviosa que yo.

—¿Y ahora qué? —farfulló mordiéndose los labios, manteniéndose de pie frente a mí.

—No sé. Eh... ¿Quieres comer algo?

—¿Es *neta* todo esto? Porque les diste un gran *show* a los del tianguis.

—Sofía. Estoy aquí. ¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

—Porque no nos conocemos. Ni siquiera nos hablábamos en la secundaria. Tal vez esto sea un experimento para tus malditos estudios. ¿No es así?

Me agoté de repetirle que confiara en mí. Así que le exhorté que disfrutara el momento, y que cuando termináramos la cita, ella decidiera si nos volveríamos a ver. Insegura, acertó y dimos por inaugurada la velada. Fuimos a comprar un par de <<cebadinas>> —la bebida tradicional del municipio—. Charlamos sobre nuestros antiguos profesores, anécdotas graciosas que habían sucedido en el aula, las cosas que estaban de moda, y lo tedioso que eran las clases de educación física en la única cancha diminuta que había en ese entonces en la escuela.

Podía admitir que congeniaba más con ella que con Marta, quien normalmente era la que platicaba todo el tiempo, y yo sólo afirmaba sus argumentos. Sofía me permitía hablar y desenvolverme, aunque posteriormente ella continuara la conversación con su sarcasmo e irreverencia. La acompañé en taxi a su casa, la cual me pareció deplorable. Esa fue nuestra primera cita. Rápida e inusual.

Salimos varias semanas más. La llevé a museos a los que nunca había entrado, le enseñé un poco de psicología, enriquecí su vocabulario, y le dediqué más tiempo del que a nadie más le había dedicado. Ella me mostró la felicidad de la sencillez, me divirtió con las réplicas que le daba a aquéllos que se burlaban de su apariencia, me cobijó de un sentimiento extraño para mí, y al paso de los besos, me fue enamorando.

Yacía contento por mi nueva relación. Embelesado. Era querido, en una manera nueva, en la que no me repetían frases empalagosas ni cursis, sino en la que sentía compañía y complicidad, sin requerir pedirlo. Era el estilo de Sofía. Y me encantaba. No pude guardarme el secreto y le conté a Toño, quien luego de fingir un desmayo, me dio un fuerte apretón en la espalda. “Me da gusto porque te veo muy feliz, no porque sea con ella, la neta, cabrón” me dijo, y no podía esperar más de él.

Tomé la decisión de que ya era hora de presentarla a mi padre, debido a sus insistencias por conocer la razón de mis sonrisas contagiosas por las mañanas, y de mi actitud relajada ante cualquier imprevisto.

Ocurrió lo impensable. Por primera vez vislumbré a Sofía con un vestido, lucía espectacular, hermosa, como la había soñado, sólo que vestida. Era una pieza de cuerpo completo, de un azul

agradable, sin detalles. Nos sudaban las manos cuando llegamos a mi hogar. Podía palpar su respiración acelerada, la abracé y la besé para que se apaciguara. Ernesto nos tenía preparada una cena que él mismo había realizado. Una pasta con mariscos, una ensalada a la juliana, y una botella de vino blanco que no supe dónde consiguió. Utilizamos la habitación del comedor de seis lugares, luego de varios años de haber servido como muestra de bienes raíces para la soledad.

—Rafa me ha platicado mucho de ti. Y tiene mucha razón. Eres muy bonita —entabló mi padre.

—Gracias señor Enrique. Pero son puras exageraciones de su hijo —aseguró ella con gracia.

—Eso ya lo sé. Este cabezón es así para todo. Aunque esta vez no. Me da mucho gusto que hayas querido venir. Espero que te guste lo que cociné para ustedes. ¿Has probado el fetuccini?

—Ni siquiera sé qué significa. Ojalá sea rico.

Nos reímos todos en la mesa. Sofía me tenía hipnotizado, por verla más bella que nunca. Su carisma nato y la transparencia con la que se estaba mostrando me hacían sentir seguro a su lado. Rebotante de aprecio. A mi padre le había caído muy bien. Se la pasó platicando con ella toda la velada. De repente parecía que la analizaba, no obstante, así era él, rascaba hasta el fondo de la gente para premiarse con las personalidades. Orgullosa, Sofía le contó toda la labor que conllevaba ponerse en un tianguis. Para Ernesto era música para sus oídos. Las historias de superación le fascinaban, dado que él mismo era una de ellas. La halagó y la felicitó por su responsabilidad, y sobre todo, por trabajadora. Ignorando el hecho de no haber proseguido con sus estudios académicos. Era lo que yo más temía, que no le fuera a simpatizar por esa característica.

Con nuestras barrigas llenas, invité a Sofía a que conociera mi recámara. Subimos sin prisa las escaleras mientras ella veía absorta las pinturas y los adornos. Parecía una niña impresionada con un juguete nuevo.

—¡Qué ñoño! —expresó apenas entramos a mis aposentos—. Tienes todo ordenado. Aburrido. ¿Dónde están tus *posters* de los músicos que te gustan? Esto parece el cuarto de un abuelo. Y de uno muy anticuado.

—No seas mala —impuse riéndome—. Soy un auténtico *nerd*. ¿Qué esperabas?

—Tanto pinche dinero y no te gusta comprar lo chingón. Tienes razón, eres un completo *nerd*. Ni modo, así quise salir contigo. Ahora me aguanto. Oye, ¿qué es esto? —me preguntó cuando notó un accesorio de plumas que colgaba sobre un buró junto a mi cama.

—Es un collar que mi madre compró en Puerto Vallarta. Me lo obsequió días antes de que se fuera.

—Está chido —espetó mientras lo tocaba—. ¿La extrañas?

—¿A mi madre? A veces... ¿Y tú?

—No. Nunca la conocí. Por lo menos tú sí la tuviste unos años contigo. ¿Cómo era?

—Alta. Eh... Bien parecida, supongo. Me heredó su cabeza ovalada —me reí patéticamente.

—Demasiada información. ¿No tienes una versión más corta? —mencionó Sofía, sonriendo y haciendo brillar sus ojos ojerosos de los que me había encariñado.

—Para que veas, de hecho sí. Te enseñaré una foto.

De mis cajones saqué una cajita de cartón donde había almacenado todas las fotos de mi madre, pues mi padre las había arrancado de todos los álbumes familiares. Quitó la tapa, y sopló el polvo que se había adueñado de los rostros de Carmen Arriaga Patiño.

Sofía

Comenzaba a sentir la pinche abstinencia, esa que nunca creí que tendría. Debió haber sido por todas las locuras que me habían pasado. Las visiones, los balazos, el aborto, el cual nadie sabía más que yo. Deseaba que Mario estuviera conmigo, no sabía nada de él, y conforme pasaban los días, iba dando nuestra relación por perdida. Ni drogada iría a buscarlo a su casa otra vez. Eso sería muy denigrante, hasta para mí. No conocía otro distribuidor de cocaína que me latiera, tendría que amarrarme las ganas, y me sentí afortunada por tener ese nivel de control, pues algunos amigos de la cuadra nunca lo lograron, y terminaron suicidándose, prostituyéndose, robando, o huyendo a otras ciudades para buscar *dealers* con los que no estuvieran en deuda. Gracias a la Santísima Nada, Poncho, el de la tienda de la esquina, si ibas a ciertas horas en la noche, golpeabas la puerta cierto número de veces, él te abría y te vendía marihuana. Estaba lejos de causarme el mismo efecto, pero me tranquilizaba, y era lo que necesitaba. Seguí con mi consumo a escondidas en mi cuarto, disfrutando de los colores que volaban por las paredes y se revolvían en mis cortinas rasgadas. Me vi en una situación tan desesperada, que empecé a orarle a Jesucristo. Le rogué que me mandara paz, y que nunca volviera a aparecerme a aquella monstruosidad en mis sueños. Le prometí que sería una buena católica si me ayudaba. Probablemente recé muy bajito, o de plano, le caía de la patada. Ya que poco después de que Lorena pudiera pararse de nuevo, las noches se me hicieron un infierno interminable, tanto, que tenía terror de irme a dormir. La mujer misteriosa se me presentaba en diferentes figuras, en sombras, en chorros de sangre, en bestias que no puedo describir. Deseaba que terminaran. En todos los sueños mis labios estaban cosidos y no podía moverme, hasta que en una ocasión, tuve el control.

Por el mismo camino de terracería que daba a una pendiente, caminaba extraviada, dudosa de pasarla bien, no quería jugar con el agua, ni bailar ni cantar, estaba esperando a que <<ella>> emanara de algún punto. La noche cubría las montañas cercanas, el aire frío me ponía la piel chinita. Escuché voces, forcejeos. A la distancia, en una parte del río se veía una mujer trabajando en la tierra, como si estuviera cavando. Decidí acercarme lentamente, algo me decía que tenía que ocultarme, así que me escabullí detrás de un arbusto, y miré lo peor.

Lorena estaba metiendo el cuerpo de la mujer en un hoyo. Lo introdujo golpeándolo con una pala. Escuché cómo tronaban los huesos. La enterraba. No lo podía creer. Lorena lucía mugrosa, repleta de rojos en la blusa, sudorosa, pero comprometida con lo que hacía. Tenía mucho miedo, aún así, tomé valor para gritar que se detuviera, salí del arbusto corriendo, agitando los brazos como una loca. Lorena me inyectó los ojos, y con una voz de ultratumba rugió: “Aléjate, Sofía”. Sí era ella. Mi madrastra. No había duda. Alguien me jaló por mi espalda y me tiró al suelo. Era la mujer con el rostro manchado de lágrimas negras.

—Llegó el momento de que supieras la verdad. ¡Mira lo que es! —chilló desgarrándose la voz.

—¡Es mentira! ¡No! —finalmente me escuché.

—¡Sofía, ayúdame! —dijo ella y me señaló una camioneta que venía desde lejos. Lorena la conducía, cuando llegó a la orilla del río, bajó de la cajuela un cadáver acuchillado, se armó de una pala y comenzó a cavar—. ¡Ayuda, ayuda! ¡Sálvame!

—¡Lourdes! —grité sin pensar qué sucedería.

Fue como poner una película en pausa. Todo se detuvo. El viento, el movimiento, el sonido. La mujer giró lentamente hacia mí. Me observó fijamente, le escurrieron lágrimas transparentes, puras. Sonrió y me asqueé al ver sus dientes putrefactos. “Hija” susurró y empezó a reírse. Corrió hacia mí con los brazos extendidos. Pretendía abrazarme. Me rompí de miedo. Cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas despertar para no sentir su cuerpo junto al mío. Estrujé los párpados. Nada ocurrió. Me sentí segura. Abrí los ojos. Lourdes estaba a pocos centímetros de mi cara,

sonriendo con los labios llenos de llagas, la piel desprendiéndose de sus huesos, los ojos inundados de sangre, con un aliento a muerto. “Te amo, hija” le entendí cuando movió su boca y vomitó sangre junto con lo que parecía carne molida.

Desperté en medio de un charco de sudor y meados. Mi temor me había sobrepasado. Avergonzada, me levanté a limpiar el cochintero que había hecho en mi cama. Pero, ya no tuve el mismo alivio que uno siente al escapar de una pesadilla. Traía los nervios de punta. Una sensación que se pegó a mí como sanguijuela.

Era mi madre, el monstruo que me estaba persiguiendo. Cada vez estaba más convencida de que no era producto de mi imaginación. Todo se sentía muy real. Sería demasiada coincidencia, el haber gritado “Lourdes” y que ella me hubiera respondido. No quería aceptar la idea. No quería ser la hija de un demonio. Lo más alarmante, era lo que había visto. Todo indicaba que Lorena la había matado, o algo parecido. ¿Por qué lo haría? ¿Para quedarse conmigo? ¡Qué tontería! ¿Alejandra sabría algo? Posiblemente no. Mi cabeza luchaba por definir qué era verdad y qué no. Lorena tenía sus defectos, no era la madre perfecta, pero siempre estaba ahí para apoyarme... la mayoría de las veces. Simplemente me rehusaba a aceptar esa idea. Y no podía acusarla de algo de lo que no tenía pruebas. Al final de cuentas, eran mis alucinaciones contra la realidad. Elegí conservarme como siempre, callada. Continué con la rutina, aunque nada era igual. En las mañanas no platicaba tanto, ni siquiera me peleaba con la gorda aplastada en el sillón. Obedecía sin chistar a mi madrastra, y permanecía sin romper el hielo hasta que ella se desesperaba y me contaba sobre las noticias del día. Lo más feo que puedes traer cargando, es la duda de alguien con el que convives todo el tiempo. Estaba atrapada. Quería que llegara algo nuevo a mi vida que me distrajera. Y eso sí se cumplió.

Martes por la tarde, harta del trabajo, me esforzaba por mantener mi postura amable para los clientes, pero siempre pasaba que alguien lograba sacarme de mis casillas. Lorena se había ido al baño y estaba sola. La China era una señora metiche que era parte de las de La Vela Perpetua. Era conocida por ser hipócrita, ya que arremetía contra todo mundo, criticaba y blasfemaba. En la parroquia era un ejemplo de doña sumisa y devota. Ese día salió de algún rincón, con su conocido mandil verde con cuadros amarillos.

—Muchachita. ¿Cuándo nos vas a honrar con tu asistencia?

—No me alcanza el tiempo, doña. Mire cómo ando —dije esperando que se largara.

—Para el Santísimo Sacramento siempre hay tiempo. Ora con todo tu corazón para que puedas asistir. Te estamos esperando con las puertas abiertas. El diablo anda por todos lados y hay que liberarnos de su dominio. ¡Lee la biblia, muchacha!

—Gracias, chinita. Lo tendré en cuenta. Ya sabe que aquí la leemos mucho.

—No te quieras burlar de mí, ¿eh? Porque aquí es claro que les falta a Cristo en sus corazones. En nombre del padre, del hijo...

—Sí, amén. ¿Va a llevar algo, doña? —en menos de un minuto me había exasperado, y ya la quería fuera de mi vista, antes de enojarme en serio y quedar mal con la gente de alrededor.

—¿Me estás corriendo? Todavía que yo vengo porque te veo potencial de salvación. ¡Qué bárbara!

—Gracias por su interés. Pero estoy bien.

—¿De verdad? Yo que tú iba a la iglesia más seguido. Porque se dice que andas de putita con los hombres. La lujuria es un pecado capital —así se expresaba la católica. Por lo menos yo no era falsa. Si me faltaban el respeto, lo perdían de mi parte.

—Si es así, ambas deberíamos de ir más, doña. Yo por lujuriosa y usted por gulosa —respondí

y me reí en sus narices. Beto, el del puesto de frente, se tapó su risilla con la mano.

—Pinche muchacha —se quejó y me la rayó. La pobre se fue despotricando groserías. Me pregunto qué pasa en estos casos, cuando la religión no es suficiente para cambiar tu carácter.

Sin haberlo notado, el cuatro-ojos del cual ya ni recordaba su nombre en ese momento, caminó hacia mí, parecía que había visto toda la escena que había montado, y fue extraño, porque sentí cierta pena. Debió haber sido por su facha elegante de niño bien que no quebraba un plato. Me saludó y me hice la tonta en lo que atendía a unas señoras. ¿Por qué estaba ahí? ¿Qué los ricos no tienen nada mejor que hacer, que venir a ver cómo nos chingamos el lomo los pobres?

—Veo que estás ocupada. Sólo quería decirte algo rápido —dijo y me ofusqué.

—Pues dímelo. ¿Para qué soy buena o qué?

—Quiero invitarte a salir. Ya sabes, por un café o algo. ¿Qué dices?

La propuesta me ocasionó una carcajada. Ahora pienso, me he de haber visto muy maleducada. Creí que me estaba verbeando. Aunque, solamente un loco se tomaría tantas molestias en ir hasta ese lugar para hacer una broma. Por un lado me sentía halagada, por otro, sacada de onda y hasta ofendida. Mantuve mi actitud de valemadrista, sólo para no verme tan frágil con los demás. Mi plan era ponerle mis condiciones, para que se fuera y no volverlo a ver nunca. Pero, pasó todo lo contrario, y siendo franca, muy dentro de mí, era lo que quería que pasara.

—Está bien. Nos vemos en el centro, frente a presidencia. Ya quedaste, hijo. Si no te rompo tu jeta. Para que *sí* me conozcas —impuse. Muchos se rieron, y Beto me echó carrilla a lo lejos. ¿Y a ti quién te habló? No me gustaba que me vieran como la típica chava que se derretía cuando la invitaban a salir. Apreciaba mi rudeza. Incluso si me hacía ver como hombre.

Rafael asintió algo asustado. Pienso que fui demasiado tajante. Ni modo. Honestamente, aunque ya había quedado con él, en el fondo, imaginé que era Mario con el que me iba a encontrar, y eso me dio el impulso para seguir el cuento.

Los chismes son más rápidos que la velocidad de la luz. Lorena llegó haciéndome burla sobre mi nuevo pretendiente. Le repetí que no era nada serio, y que probablemente se trataba de alguna prueba enferma de un sabelotodo. Ella me dio el avión y se la pasó toda la semana recordándome de mi cita, y en lo emocionada que estaba porque le había gustado a un riquillo.

Mis manos parecían esponjas remojadas. Bajé del camión con las piernas torpes. Me sentía vigilada donde fuera que mirara. Formulaba una situación engorrosa. Yo plantada esperando a que alguien llegara después de una hora. Maldiciendo y regresando a casa aguantando las lágrimas. Me alivié cuando vi el maniquí de aparador sentado bajo una luz cálida. No pude iniciar mejor la cita que con mis cuestionamientos para saber cuáles eran sus verdaderas intenciones. ¡Qué ñoña! Pero había pasado por muchas cosas como para que alguien llegara y quisiera jugar un rato con la rarita de la colonia.

Confíe en sus palabras, y me permití disfrutar de la noche. Me sorprendieron nuestras pláticas sinceras y entretenidas sobre nuestro pasado en la secundaria. Teníamos más en común de lo que creí. Ambos habíamos perdido a nuestras madres biológicas, nos gustaban las películas de Quentin Tarantino, criticábamos al gobierno, odiábamos la cumbia, los programas de Televisa y TV Azteca se nos hacían un fiasco, y si fuera posible, nos cogeríamos a Angelina Jolie.

Él tenía mañas muy extrañas; se limpiaba las manos cada que podía, se arreglaba la camisa constantemente, masticaba un chicle de menta infinito, cuando no lo veía directamente, se olía las axilas y se checaba el aliento, entre otras cosas. No era guapo, pero en él, detrás de sus gafas de fondo de botella, había alguien que me hablaba con veracidad. No había ni un sólo gramo de atracción sexual, ¡la verdad!, pero no era lo que estaba buscando en ese momento. Pretendía que

alguien me escuchara, lo que me estaba ocurriendo, y que no me tomara por demente. Eso, apenas lo iba a descubrir, no le contaría nada de mis asuntos fantasmales hasta que estuviera segura.

Mario se fue difuminando en una exhalación de hierba, a puerta bloqueada en mi cuarto. Con las notas musicales del rock follándome, y elevándome hasta el éxtasis. No estaba enamorada, estaba contenta. Tenía lo mejor. Marihuana, no mis pesadillas, y Rafael. Las apariciones de Lourdes habían finalizado cuando empezamos a salir. Mis plegarias habían sido escuchadas. Las semanas volaron, y el horripilante sueño de Lorena en el papel de asesina se me iba borrando. Me volví más paciente en la casa, ya no me irritaba tanto, me acicalaba a profundidad, ayudaba sin rezongar, incluso le llegué a comprar unos esquites a Alejandra, porque sabía que era su botana favorita, por nomás. ¡Increíble! Las cosas que hace uno cuando anda en la pendeja. No me arrepiento, ha decir verdad, esos días valieron la pena. Vivíamos en armonía las tres hembras. Rafael fue el responsable de ese cambio, de mi transformación. Pero nunca me dieron ganas de llevarlo a la casa, no quería que lo conocieran. No sé por qué. No era vergüenza. Era como si lo hubiera querido proteger de ellas. Simplemente era lo más valioso que tenía, y quería conservarlo para mí sola. Egoísta. En cambio, él sí estaba de terco con llevarme a conocer a su padre. Me consideraba un insignificante renacuajo como para presentarme con el señor, me atemorizaba lo que podría pensar de mí. Una muchacha con pelos chamuscados que no tiene ni estudios, ni ambiciones en la vida, ¿qué podría aportarle a su retoño? Luego de varias súplicas de Rafael, acepté con que cenáramos juntos. Por primera vez me preocupé por dar una buena impresión. Irónico, porque nunca me importó lucir bien para él. Trasculqué entre las nuevas pacas que habíamos traído de Uriangato, hasta que encontré un modelito tan femenino que me dieron arcadas en la panza, pero era el ideal para causar el impacto que carburaba. Lo lavé y hasta lo planché. Me puse un perfume de Avon que jamás había utilizado, y que sólo compré por lástima a una vieja inquieta que no paraba de insistirme. Alejandra se sorprendió cuando me vio salir de mi cuarto, me chifló y aplaudió. Lorena salió del escusado, subiéndose los calzones, boquiabierta a la par de su hija. Admito que ni yo misma me reconocía. Lucía como... una mujer. Lo más allegado. Mi madrastra me felicitó, me abrazó y me dio un beso —mantendré ese recuerdo en mi memoria por la eternidad—. Presumida por mi nueva vida de chica en las nubes, salí por la puerta como una auténtica princesa, ¡ay! Me da no sé qué. Rafael se empecinó en recogerme, pero yo preferí irme en taxi a su dirección. Sólo lo condicioné a que me esperara en la calle, ya que no quería llegar a tocar la puerta sola.

Rafael vestía como siempre, coordinado y pulcro. Estaba algo impaciente. Sus ojos se abrieron demás cuando me vieron bajar del carro. En un reflejo por su asombro, sonreí de gusto, probablemente mis cachetes estaban como jitomates. Él me trató como una dama, me tomó de la mano, y pegaditos entramos a la casa más grande que había visto en mi vida.

—Qué bonita te ves, Sofía —dijo Rafael con su vista cursi que se cargaba.

—Qué bueno que te gustó. Porque no había otra opción, hijo —me reí con incomodidad—. ¿Qué tengo que decir cuando llegue?

—¿Quieres dar un discurso? Sólo preséntate. Mi papá no es mamón.

—¿Entonces de quién lo heredaste?

—Shh... Relájate, Sofía. Todo saldrá bien. Estoy contigo. ¿Ya te dije que te ves hermosa?

—Ya lo dijiste. ¡Atrás toro! —repliqué y me aparté haciéndole una seña de que se detuviera—.

Demasiado dulce para empezar la noche. Bájale a tus hormonas.

Rafael se rio. Me apretó de una mano. Formalmente no nos habíamos hecho novios, éramos algo similar, pero todavía no llegábamos a eso. Acepté conocer a su padre, sólo porque no quería

que aterrizáramos en la parte donde él se aburría y se iba. Era la única persona que estaba a mi lado —sentimentalmente—, y que me regalaba su atención.

Conocí a Ernesto. Un hombre alto, mayor, con la barba rasurada y un cuerpo corpulento. Parecía un leñador, nada más que sin el hacha, ni la ropa estereotipada. Sonrió con naturalidad, me estrujó entre sus brazos, le daba mucho placer haberme conocido al fin. De hecho, toda la noche no me dejó de buscar la plática, incluso si yo no sabía qué contestarle. Le había despertado muchísimo chisme. Creo que Rafael ni lo notó, estaba embobado mirando la buena química que teníamos. Yo me estaba fastidiando de hablar con su padre, era como una de esas charlas que sólo continuas por buenos modales. Lo bueno, es que había conseguido lo que quería, caerle bien.

Cuando terminamos de tragar, Rafael me invitó a su cuarto. Agradecida por tener un pretexto para liberarme del perico de Ernesto, acepté y subimos lo más rápido posible por la escalera lujosa de mansión de telenovela. Tenía tantos adornos, floreros, pinturas, esculturas, plantas naturales y artificiales, papel tapiz —con un diseño de asilo para cabecitas blancas— en todas las paredes, molduras, zoclos de madera encerada. Estaba dopada sin haber fumado nada. Es que nunca había visto tantos objetos que yo imaginaba que eran carísimos en un mismo sitio. Me sentía como Thalía en *María la del Barrio*. Claro que no planeaba terminar como ella. La vida de los adinerados no me atraía. Rafael tenía la cara de un pacheco en su totalidad. ¿Tendría algo la comida? Ambos parecíamos fuera de lugar. Yo por asombrada, y él por... pues quién sabe.

Llegamos a su habitación que fácil pudo haber sido mi casa entera. Sus muebles eran brillantes. Tenía un librero gigantesco atiborrado de libros que jamás yo terminaría de leer en toda mi existencia. Había un escritorio enorme que daba a una ventana, por donde se podía ver su jardín trasero, que parecía un bosque profundo en la noche. Todo el recinto parecía un hotel de los que anunciaban en los comerciales. A pesar de eso, me dio lástima porque no le veía ningún toque juvenil. Era como un búnker de un hombre de ochenta y tantos. Se lo dejé muy claro. No veía nada de alguien de nuestra edad. Era como viajar a su futuro, y saber que sería muy tedioso.

Un objeto acaparó todo mi interés. Un collar que tenía clavado a lado de una lámpara. Estaba hecho con plumas grises, y cafés, y tenía una piedrita que parecía una esmeralda. Me gustó. Asimilaba una pieza tradicional de un indio. Rafael me reveló que era de su madre. No habíamos hablado mucho del tema. Nos dijimos que nuestras mamás no estaban con nosotros y ahí se había acabado el asunto. En ese espacio, quise indagar más. Quería saber cómo era. Y como yo no tenía ninguna foto de mi madre, experimentar esa sensación de ver a un ser querido en un papel era añorada. Rafael se vio orgulloso, fue a su cómoda, abrió un cajón y sacó una caja de zapatos sin nada impreso. Nos sentamos al borde de su cama, dispuestos a disfrutar de los recuerdos que le llegarían melancólicamente. Movié la tapa de la caja, tomó unas cuantas fotos en sus manos y comenzó a deslizarlas. No. Me quedé sin aire. Una y otra vez, era la misma. Lourdes.

Rafael

—Se llamaba Carmen. ¿Ves? Sólo me parezco en sus facciones —dije.

Sofía de un salto se puso de pie. Parecía que se le había ido la sangre del cuerpo. Yacía pálida, por no decir blanca. Balbuceaba. Me arrancó una fotografía de mis manos. La observó fijamente. Me la regresó y corrió hacia la puerta. Me levanté desconcertado para alcanzarla antes de que escapara. Había enloquecido.

—¿Qué pasa, Sofía?! ¿Por qué te vas?

—No me siento bien, Rafael. Tengo que irme —escupió en lo que jalaba la perilla y se

disparaba al pasillo.

—Pero, Sofía. ¿Qué ocurre?

—No lo entenderías. Ni siquiera yo lo entiendo.

—Explícamelo. Si no lo sé, no puedo ayudarte.

—Creo que tu madre se me ha estado apareciendo.

—¿¿Qué?! —bramé. Realmente no digería lo que me estaba diciendo.

—Mejor me voy. Discúlpame —gimoteó y descendió por las escaleras en cuestión de segundos.

La perseguí sin éxito. Gozaba de una habilidad atlética para cruzar umbrales y saltar cercas sin dificultad. En la oscuridad no logré distinguir qué camino había tomado. ¿Había hecho algo malo? La razón no me lo resolvía. Mi padre apareció por detrás de mí, jadeando porque posiblemente había escuchado mis gritos y había salido a socorrernos.

—¡Rafa! ¿Qué pasa?

—Sofía se fue. No sé qué sucedió. Algo la asustó —farfullé como un niño llorón.

—¿Qué estaban haciendo?

—Nada malo... Sólo estábamos viendo fotos de mi mamá.

—Si no conoce esta zona se va a perder. Iré a buscarla.

—Te acompaño.

—No. Mejor quédate aquí. Si se pelearon lo menos que quiere es verte a ti. No te preocupes, si la encuentro me aseguraré de regresarla a su casa.

—Pero, papá, quiero saber qué le ocurre.

—A veces es más recomendable que las dejes solas, hijo. Ya ves lo que pasó con Marta. No perdamos más tiempo. Tráeme las llaves de la camioneta. ¡Ándale!

Me molestó que Ernesto sacara a mi exnovia a la conversación, aunque no le di relevancia. Pronto, le entregué el llavero ruidoso luego de que él abriera el portón de la cochera. Arrancó la GMC y partió. La impotencia llovió sobre mí con aires de mediocridad. Era un adulto y todavía concedía que mi padre me mangoneara. Parecía que en esta ocasión él estaba más preocupado porque mi relación no se estropeará. ¿Me consideraba tan patético como para no solucionar mis propios conflictos de pareja? Caminé a la casa con los brazos cruzados, haciendo un berrinche interno. ¿Ahora por qué lo había arruinado? ¿Por mostrar fotos de mi madre? ¿Y a qué se refería Sofía con que se le había aparecido? Cavilaba sin tregua. Rodeaba mis rosales y arbustos, sudando intriga. La incertidumbre me estaba ahorcando. Un fuerte ardor en la palma de mi mano derecha me sustrajo de súbito. Como una brasa ardiente quemando mi piel. La miré y encontré unas letras que decían “ayúdame” plasmadas con cicatrices. ¿Qué carajos pasaba? No lo sabía. Aquello había surgido de la nada. De nuevo. Eso ya me había aterrado, no obstante, únicamente era la primera señal de lo que había empezado. Ausculté un lamento en el viento. Sacudí mi cabeza en todas direcciones, hasta que di con la ventana delantera de mi recámara. Estaba la luz encendida, y la silueta que había creído falsa tiempo atrás, estaba ahí, ahora más nítida que nunca. “Sofía” se coló por mis tímpanos. Mi mente o algún tipo de ente pretendía comunicarse conmigo. La sombra detrás de los cristales se mantenía inerte, analizándome. Entonces hizo una señal con una mano. Quería que subiera. Se me erizó la piel, quise quebrantarme por el escalofrío que me escalaba por la espalda. Por algún extraño impulso, me envalentoné. Entré a mi morada.

Derrapé en el marco de mi habitación, con la frialdad congelándome por dentro, provocándome un tic nervioso y entorpeciendo mis movimientos. Asomé un ojo hacia el interior. Una persona yacía a espaldas mirando por la ventana. Nada sobrenatural. Alguien real. Divisé que

vestía con una clase de uniforme corporativo. Sus brazos estaban a sus costados, y éstos estaban repletos de llagas. Conjeturé que era una mujer por el corte de cabello, aunque pude percatarme de partes calvas. Un fuego me incendiaba mi pecho. Deduje que era mi terror. El ambiente se sentía pesado, húmedo, caliente. Moví mis pies con sigilo, sin alejarme demasiado de la salida.

—¿Quién es usted? —casi mascullé.

El silencio duró eterno, hasta que la desconocida giró hacia mí. Se me fue el aliento, quise salir corriendo y buscar mi rosario que había guardado en el cuarto de los cachivaches. Una fuerza inexplicable no me permitió hacerlo. La mujer estaba con la carne viva por todo su rostro, su camisa azul marino estaba carcomida, en la parte superior derecha, tenía impreso un logotipo, que no supe clarificar porque estaba incompleto. Estaba empapada en sangre, su piel eran pellejos que colgaban de sus orígenes. No remedí el valor suficiente para acercarme. Empecé a rezar el padrenuestro en mi conciencia, a la par que rogaba que el demonio se fuera de mi hogar. Fue inútil. Un grito frenético rasgó mis oídos, como para impedir que siguiera con mi discurso cognitivo. Aturdido, presencié su voz rasposa.

—¡Ayúdame! Ella está en peligro —se quejó entre dientes.

—¿Quién?! —clamé mordiéndome la lengua.

—¡Mi hija! —aseveró. Mi intuición no pudo estar más acertada—. Sofia...

¿Cómo era posible? Mis creencias escépticas de lo paranormal se habían desvanecido en una absoluta verdad. Mas no componía de qué tenía que salvarla. Todo estaba sucediendo estrepitosamente. La figura de espanto empezó a recorrerse hacia mí. Retrocedí poco a poco. Ella avanzó y se lanzó sobre mí. Advertí su mano agrietada tocándome el brazo. Una especie de electricidad sucumbió por todo mi ser. ¡Pum! Mi cerebro hirvió. Perdí el conocimiento.

Yacía frente a una tienda de artículos de limpieza. Sobre la avenida Francisco Villa. La noche me impedía construir con exactitud las identidades de los transeúntes que circulaban por la banqueta. Me moví para apartarme de donde estaba, sin embargo, un campo de fuerza invisible me hizo renunciar tras varios intentos. Debía estar en el espacio preciso frente aquel negocio del que no había realizado, ya se estaban cerrando sus cortinas. De ahí emergió una fémica joven, tardé en reconocer que era el mismo personaje con el que había intercambiado palabras hacía unos minutos, dado que lucía entera, limpia y presentable. Uniformada y algo tambaleante, se puso en una esquina, miraba su reloj, como si aguardara por alguien. Se estacionó una van de la Ford de un marrón como el excremento. Ella volvió a la tienda, inquieta y con el miedo impregnado en su semblante. Del automóvil salió un hombre de pantalón formal y camiseta a cuadros. Era Ernesto. No lo familiaricé a primera instancia, en parte porque no concebía una sola cana. Agarró a la mujer por los hombros, comenzó a hablarle. No podía oírlos. Nuevamente me esforcé en aproximarme sin triunfo. La señora negó un par de veces con la cabeza, hasta que mi padre le acarició el rostro. La convenció. La besó luego de abrazarla. Inmortalizando la escena. Como si fuera una pareja que se estaba reconciliando. Ella, cabizbaja, abordó la camioneta, y ambos partieron atravesándome sin causarme ningún rasguño.

Ante un terreno baldío, se enajenaba la van estacionada. Alrededor de lámparas viales y aceras desoladas. Un cielo negruzco e intimidante, sin estrellas que lo suavizaran. Dentro del transporte los adultos conversaban. Un destello de luz me distrajo, indicaba que un automóvil más se había parqueado a lo lejos, a unas cuadradas donde la civilización resplandecía. Torné mi vista hacia ellos. Ejercitaban sus bocas como si se dijeran mil oraciones. Una callejera con la cara cubierta hasta los ojos, envuelta en una gabardina violeta se acercó. Al llegar junto a ellos, de un jalón abrió la puerta del copiloto, se retiró unos pasos, sacó de su ropa una botella de vidrio con

un líquido transparente. Lo vertió sobre la madre de Sofía. Humo emanó de ella, se estaba quemando. ¡Era ácido! La falta de sonido no debilitó ni por poco el terrorífico acontecimiento que mis ojos no soportaban presenciar. La mujer rompió la botella en el suelo, se quedó con la pieza de picos filosos, se abalanzó de nuevo hacia la otra y comenzó a atacarla. Ernesto bajó de la camioneta hecho una bestia, sostuvo a la fiera por la espalda, que no dejaba de cortar sin descanso. La zangoloteó y le proyectó un puñetazo en la nariz. Ella azotó en el pavimento, la bufanda que la disfrazaba se zafó de su cuello. Mi corazón se destrozó. Era Carmen. Mi madre. Mi padre checó a la otra señora, supuse que le gritaba por la forma en la que se expandía su boca, no obstante, ella ya no reaccionaba. En cambio, se seguía cociendo en algunas partes de su anatomía, y la sustancia sanguínea no cesaba, escurría por la carrocería hasta caer al piso. Ernesto, enrojecido y manchado de lágrimas, miró a todos lados, garantizando que ningún alma hubiera atestiguado la matanza. Cargó a Carmen por la cintura, todavía inconsciente, la metió en los asientos traseros, tirándola sobre la alfombra. Reclinó el asiento del copiloto, y en poco tiempo, podía decirse que viajaba solo. Se puso al volante y se esfumó en las sombras.

Resbalé en un campo abierto, estaba a la mitad de un camino de terracería, en medio de montes y árboles secos. Caminé un poco y llegué a un río. Escuché un motor que se aproximaba desde un costado. La Ford se detuvo y se apagaron sus faros delanteros. Ernesto descendió con una cachucha carmesí, inclinada exageradamente para que él no se notara. Extrajo los cuerpos y los arrojó a la tierra. Sacó una pala, y bajó por el barranco que terminaba en el arroyo. Empezó a cavar como un esquizofrénico. Mi madre salió de su lividez. Ernesto la vio. Se arrimó a ella, y sus palabras fueron lo único que logré escuchar concisamente: “Te perdoné lo que le hiciste a las demás. ¡Pero, ya no más! Lulú era todo para mí. ¡Y tú la mataste! ¡Maldita!” Mi padre alzó la pala en el aire y... la impactó contra el rostro de mi madre. Varias veces. Cerré los ojos. Se me revolvió el estómago. Oí claramente cómo su cráneo se hacía añicos.

Casi me ahogo con mi saliva. Me había descompensado en el suelo de mi recámara. Una migraña me abatía con desdén. Ya no había nadie más que yo. Sabía que tenía que hacer algo. Si todo lo que acababa de presenciar había sido real, debía hallar a Ernesto antes que él a Sofía. Tuve un temor irracional. Mejor dicho, un sentimiento nuevo hacia mi propia sangre. Había que enfrentarlo y esclarecer todo el meollo. Una fuerza sobrehumana me dictaba que no disponía de tiempo para razonamientos ante lo que se me había desvelado. Era el espíritu de la madre de Sofía. Necesitaba ser ágil. No había otro vehículo para trasladarme, y a pie no lo conseguiría. Me aclaré la garganta, me di una bofetada para salir del trance y corrí hasta el teléfono de la casa. Con mis dedos todavía convulsionándose, le marqué a Jorge.

Sofía

Las lágrimas me chorreaban mientras corría por unas calles oscuras. La cabeza me iba a estallar. Necesitaba ver a Lorena y que me describiera a lujo de detalle cómo era mi madre. A la vez, me urgía que aquel demonio se me apareciera, teníamos que poner las cartas sobre la mesa. Finalmente no era ninguna pinche Lourdes, sino Carmen. ¡Cabrona!

Alcancé a mirar un bulevar, imaginé que lo era, por la gran cantidad de carros que pasaban. Corrí con toda mi energía hacia él. Para mi buena suerte, a la primera señal que hice, un taxi se detuvo y lo tomé sin preguntarle cuánto me cobraría. Estaba perdiendo la cordura. Veía el rostro del monstruo por las ventanas, pero no me sentía cómoda como para ponerme a reclamar dentro de un coche con un viejo desconocido al que le apestaban las axilas. Lo que menos quería es que

alguien me tomara por loca y que llamaran a la policía, o me internaran o algo así. Lo único que deseaba era llegar a casa. Tenía mucho miedo.

Le aventé un billete al chofer sin preocuparme por el cambio —por primera vez en mi vida—, saqué de mi bolso las llaves de la casa. Entré a la cochera como una gata espantada. Las luces estaban apagadas. Se me hizo extraño, pues según yo, no era demasiado tarde, era sábado por la noche, el par de solapadoras tendría que estar recostado en el sillón viendo alguna película de terror. Entré y llamé a mi madrastra repetidamente, parecía que no había nadie. Hasta que vi a alguien parado, de espaldas y recargado sobre la tarja de la cocina. Su cuerpo robusto y chaparro me hicieron pensar que era Lorena. Le hablé pero no obtuve respuesta. Me acerqué. Ella volteó.

—Hola, Sofía —dijo la mujer de mis pesadillas—. Hace mucho que no nos vemos. ¿Cómo has estado, mi amor? —sonrió y sus dientes estaban triturados.

—Contigo quería hablar, hija de la chingada. Ya sé quién eres. Y será mejor que no vuelvas a buscarme —amenacé, sintiendo cómo me temblaban las piernas.

—Sofía, ¿qué modales son esos? Esa no es forma de dirigirse a tu madre.

—No mientas más. Yo no soy tu hija. Pero ahora sé que tienes un hijo. Y se llama Rafael.

La fachada burlesca de la arpía se cambió por una de confusión. Continué mis acusaciones.

—Mi madre se llamaba Lourdes, y tú no lo eres. ¡Tú eres Carmen!

—¡PUTA! —gritó y me golpeó en la cara. Su fuerza fue bastante para arrojarme al suelo. Carmen se transformó en un cadáver desfigurado, maloliente y ensangrentado. Se puso frente a mí, con la voz del mismísimo Satanás—. Eres igual que ella. Una plaga que se mete donde no debe —me sujetó y me lanzó hacia el comedor. Quebré una silla, la mesa se volteó y me cayeron los trastes encima—. Tu madre era una zorra que arruinó todo lo que amaba. Por su culpa estamos muertas. Si no hubiera sido por ella estaría viva —alcanzó un cuchillo de los cubiertos recién lavados—. Tardé mucho en dar contigo para que lo estropearas tú también. Yo no te iba a hacer nada. Pero eres igual de estúpida que tu madre. De mí ya no te escaparás. Tendrás que pagar su error también —Carmen se abalanzó sobre mí, giré y por poco me mata, me arrastré hacia atrás y le solté una patada en la cara, chilló, soltó el cuchillo y yo lo tomé. Me levanté, apuntándole.

—No te acerques, desgraciada —le ordené.

—¡No me hagas daño! ¡Soy yo, Sofía! —gritó Carmen en lo que su piel se regeneraba y su imagen nauseabunda se tornaba en el de alguien normal. Dio pasos hacia adelante.

—¡ATRÁS! Si te tengo que enviar a la tumba de nuevo lo haré. ¡No me importa!

—Sofía, no lo hagas, por favor. ¡Mírame! Soy Lo...

—¡YA CÁLLATE!

A Carmen se le pusieron los ojos en blanco, rugió y se deslizó hacia mí. Endurecí mis brazos y le clavé el cuchillo, ella gimió, me tomó del cuello y me comenzó a ahorcar, enterré con más fuerza, me oriné, sentí cómo la sangre empapaba mis manos. Carmen se desvaneció, solté el arma y aterrizó adherida al cuerpo. Me tiré al piso, y lloré como nunca antes lo hice. No. Esta vez no era un sueño. Era la realidad. Nada se esfumó. El rojo en mis manos brillaba, goteaba por el vitropiso.

—¡AAAH! —Alejandra salió de algún sitio—. ¡MAMÁ!

Me quedé sin palabras, me paré y vi lo que había hecho. El cuerpo de Lorena estaba frente a mí, sobre un charco de sangre. Había matado a mi madrastra.

—¡NO! Yo... ¡Era el demonio! —ladré desesperada.

—¡Sofía! ¡¿Qué hiciste?! ¡Mamá! —la gorda sostenía la cabeza de su madre, intentando que volviera en sí.

Había sido engañada. No era posible, no era justo. ¿Por qué me pasaba esto a mí? No tenía la más méndiga idea de qué había ocurrido o qué tenía que hacer. Me había convertido en una asesina, por culpa de un espíritu. Tenía que huir. No tenía la culpa. No quería ir a prisión por eso. Nadie en el mundo podría creerme. Estaba en problemas. Me pudriría detrás de unas rejas por una evidencia clara. Alejandra no dejaba de llorar a todo pulmón. Un ruido nos cortó de tajo los sentimientos revueltos. Estaban golpeando el portón de la casa. Temblé de miedo. Seguramente algún vecino había oído todo y ahora estaría ahí para investigar.

—¡Sofía! Soy Ernesto. El papá de Rafa —se escuchó, y fue como si un montículo de hielos hubiera caído sobre mí. Eso sólo empeoró mi nerviosismo. Alejandra me miró con un odio que jamás vi en ella. Se lanzó hacia la cochera y empezó a pedir auxilio. La agarré y le rogué que cerrara la boca. Ernesto no dejaba de llamar y de pegarle al portón. Sostuve a Alejandra de un brazo y ella se zafó y gritó más fuerte. Corrió hacia la entrada. Sin pensarlo, la jalé del cabello y la arrojé hacia La Vaca. Ella se golpeó en la defensa y se estrelló en el piso percutido de aceite de motor. Despacio, la puerta de metal se abrió. No me di cuenta de que en las prisas, la había dejado emparejada. Ernesto me miró sorprendido. Observó la composición de Alejandra inconsciente. Ni siquiera yo podía creer el espeluznante escenario que yo misma había fabricado.

—Sofía. ¿Estás bien? ¿Qué pasó aquí? ¿Quién es ella? —preguntó en lo que cerraba la puerta por detrás de él.

—Es mi hermana —anuncié por primera vez. Era la noche de las primeras veces.

—¿Eso es sangre? ¿Qué pasó, niña?

—Yo... —empecé a llorar otra vez—. Maté a mi madre. Yo lo hice. Pero, no fue mi culpa. Fue Carmen.

—¿Quién dijiste?

—Un demonio. Creo que es el fantasma de la mamá de Rafael. Yo no lo sabía...

—¿La mamá de...? ¿Ella se comunicó contigo? ¿Carmen? —dijo mientras me sostenía por los hombros.

—Sé que suena loco, pero es la verdad. Ella me hizo que la matara. No quiero ir a la cárcel. Carmen me hizo que lo hiciera. Yo me estaba defendiendo, yo...

—Tranquila. Descuida —me acarició el rostro y me secó mis lágrimas—. No te preocupes. Ahora, ¿dónde está tu madre?

—En la cocina... —apenas pude decir con un nudo que me estrujaba la garganta.

Ernesto entró a la casa. Yo me incliné para ver cómo estaba Alejandra. Seguía respirando, tenía un corte en la frente, la volteé para ponerla boca arriba, le hablé para que despertara, quería pedirle perdón. Ernesto me jaló por la espalda.

—Shh. No la despiertes. Tenemos que irnos.

—¿Qué?

—Escucha, necesito que seas muy valiente. Te voy a ayudar a salir de esto, pero necesito de tu apoyo. No vas a ir a la cárcel. Saldremos de esto.

Estaba confundida. El padre de Rafael me ayudaría y eso por qué. De cualquier forma, la inquietud por salir de esa horrorosa situación no me permitía hacer juicios de nada. Simplemente dejé que él me guiara. Ernesto me pidió que le diera todas las bolsas de basura que tuviera para envolver el cuerpo de Lorena. Además, le llevé una cinta adhesiva y unas cuerdas que utilizaba para sujetar las pacas de ropa, con aquello amarró y le tapó la boca a Alejandra. Me pidió que me enjuagara las manos, que me pusiera ropa limpia, y las llaves de la camioneta. Después de buscarlas como cazadora se las entregué. Obedecí sin chistar. Subió a mi madrastra y a su hija a la

caja trasera. Corroboré todas las cerraduras de la casa, me dijo que luego nos encargaríamos de limpiar el desastre. Nos fuimos mientras él conducía.

Rafael

—¿Bueno? ¿Jorge? Soy yo, Rafa. Perdón por llamarte a esta hora. Me ha ocurrido algo muy extraño. Necesito que alguien me ayude. Tengo que buscar a mi padre —casi berreé en el micrófono.

—¿C-c-cómo? —Jorge tartamudeó en la bocina—. ¿Es algo urgente?

—¡Sí! Por favor, Jorge. Haré lo que sea que quieras si me ayudas ahora. ¡Lo juro!

—Tranquilo, amigo. Está bien. Voy para allá.

—Gracias. ¡Pero, apúrate! —impuse antes de que me colgara.

Azoté el teléfono en la base. Caminaba alrededor. Una parte de mí quería llamarle a la policía, mas era una idea disparatada. No disponía de evidencias factibles. Además, todavía revoloteaba la duda de que mi padre pudiera ser efectivamente el autor de aquellos homicidios, inclusive luego de haberlo visto en vivo y a todo color. No quería condenarlo de algo hasta estar cien por ciento seguro de ello.

Afortunadamente, Jorge vivía a unas cuadras de mi hogar, así que aguardaba porque llegara rápido. Me instalé en la banqueta de la calle, exacerbado por los minutos que se alargaban como horas. Reviraba a las esquinas constituyendo el momento en que el sedán de mi amigo emergiera, y de que Sofía apareciera caminando de regreso a mí. Anhelaba relatarle lo que había vivenciado. Quizá ella me comprendería. Juntos podríamos solucionar la incógnita.

Realmente no decidía con quién hablar primero. Sofía, creo, me escucharía. Ernesto, ni lo imaginaba. ¿Se enojaría? ¿Me acusaría de mentiroso? Si lo aceptaba —una postura increíble—, ¿qué tendría que hacer yo? ¿Denunciarlo? ¿Huir? ¿Quedarme callado y seguir nuestra vida con normalidad? ¿Apoyarlo como cuando mi madre nos abandonó... mejor dicho, como cuando él se deshizo de ella?

Jorge se estacionó haciendo rechinar los neumáticos. Apenas abordé le indiqué que nos fuéramos a toda velocidad hacia Chapalita. Conjeturé que Sofía ya había encontrado la manera de irse a casa, por el tiempo que había transcurrido, y sin que Ernesto apareciera, lo cual sólo me originaba más misterio. Desconfianza. Mi educación cívica partió a otro universo, pues le pedí a Jorge varias veces que se pasara los semáforos en rojo. Por suerte, él tenía la mente algo adormilada y no me alegó en lo absoluto. Le conté que Sofía había tenido una emergencia, que mi padre había salido y que no me respondía el celular. Bajo ese argumento me obedeció sin importarle la posibilidad de perder su licencia de manejo.

Frente a la lamentable casita de Sofía, empecé a golpear con fuerza el portón. Las luces estaban apagadas, todo demostraba que no había alma viviente dentro. Le hablé a Sofía repetidamente. Sólo silencio. Quise entrar a la fuerza, sin embargo, me pareció una demencia. Si su familia estaba dormida y yo hacía tal escándalo, seguramente harían que la policía me recogiera por revoltoso. Jorge me cortó la preocupación para sustituirla por otra. Me señaló la GMC de Ernesto, que yacía parqueada en la esquina de la calle, junto a una pandilla de cholos. Velozmente verificamos el escenario, para enterarnos de la soledad en su interior. Un *flashback* me atolondró. Mi padre introduciendo cadáveres en un automóvil parecido a ese. Me dieron náuseas. ¿Por qué estaba ahí? ¿Y dónde se encontraba él? Horror, pensar que si de alguna manera se daba cuenta que... ¡Carajo! Sofía era mi media hermana. La historia desembocaba en eso. Si la

madre de Sofía había sido la amante de mi padre, había una gran probabilidad. ¿Qué pasaría? ¿Sofía ya lo habría descubierto? Detestaba las suposiciones, requería respuestas concisas y transparentes. Mas no concebía dónde podía hallarlas.

—Rafa. Me estás asustando. Dime, ¿qué ocurre? ¿Dónde está tu papá? —reclamó Jorge quien hasta ese momento se había despejado.

—Mierda. Es demasiado. Por favor, sólo sé paciente conmigo. Ahora mismo tengo que pensar adónde nos vamos.

—¿Es *neta*? Lo que debemos hacer es llamar a la policía. Rafa, encontramos la camioneta de tu padre aquí abandonada, y ni tu novia ni sus parientes parecen estar aquí. Si les pasó algo malo puede que le estemos haciendo perder tiempo a las autoridades. Será mejor que yo lo haga —sacó su celular y le estiró la antena, antes de que presionara los números se lo impedí.

—Jorge, te lo suplico. Esto no lo puede saber más gente aún. Dame tiempo, por favor.

“Shh”. El sonido traspasó por mis tímpanos. Era una voz ajena, fuera de mi mente. Divisé por detrás de mi amigo. La madre de Sofía estaba de pie a unos centímetros de él. “Él la tiene” susurró, posteriormente, lanzó un lamento penetrante, que me produjo una jaqueca descomunal. Apreté mi cabeza con ambas manos, un zumbido me la estaba taladrando. Jorge me observaba aterrorizado.

Estaba tambaleando y dando vueltas. El espacio de terracería apareció ante mí. De día. Las montañas y los árboles lucían verdosos y tupidos. Una memoria de mi infancia. Mi abuelo le había heredado un terreno a mi padre por la carretera hacia Comanjilla, al cual íbamos una vez al año únicamente para supervisar el perímetro. Antes de llegar a él pasábamos por un sendero que tenía un pequeño río que nada más se llenaba en temporada de lluvias. Era muy similar al que vi en la visión donde Ernesto enterró los cuerpos. Un estallido me retornó a la realidad. “Rafa, Rafa, Rafa” me farfullaba Jorge.

—Estoy bien —dije después de mi representación de deschavetado—. Creo que sé dónde están.

—¿De qué hablas?

—Sofía y mi padre. Tenemos que irnos ahora.

—¿Estás seguro? —inquirió él mientras yo corría para subirme a su coche.

—Sí. Y si quieres saber cómo te lo explico en el camino. ¡Vámonos ya!

Nuevamente Jorge pisó el pedal sin trastabillar. Éramos unos bandidos.

Sofía

Me hipnotizaban las luces a mi alrededor. Iba completamente perdida. Más que pendeja. Tenía muchas ganas de checar cómo iba Alejandra en la caja trasera. Seguramente había recuperado la conciencia. Me horrorizó la idea de estar atada y con la boca tapada sin poder hacer nada, ni saber quién o a dónde te llevaban. Peor aún, viajar junto a tu madre muerta. Empecé a desesperarme, por un momento, quise arrojarme del carro en movimiento y que la gravedad de la caída hiciera el resto. No quería saber más. Pero ese instinto de supervivencia que tienen la mayoría de los humanos no me lo permitió. Caí en la cuenta de que iba con un hombre que apenas había conocido hacía unas horas, y que se había mostrado bastante interesado en ayudarme. Cualquiera se hubiera espantado y hubiera llamado a la chota. ¿Cómo había dado con mi casa?

—¿Cómo me halló, señor Ernesto? —pregunté tranquila, y esperé a que me contestara. Él tardó en hacerlo.

—Cuando te fuiste de la casa, mi hijo me pidió que fuera a buscarte. Nos preocupamos de que te perdieras en la colonia. Pude ver cuando te subiste a un taxi y lo seguí...

—¿Por qué? —interrumpí.

—No lo sé. Tuve una corazonada de que me ibas a necesitar. Puede que digas que miento, pero es la verdad. Sólo quería saber dónde vivía la novia de mi hijo —explicó mientras rebasaba coches.

—No somos novios —aclaré.

—¿Ah, no? Rafa me dijo que sí. Discúlpame.

—Es que no puedo entender por qué hace esto, señor. Cualquiera en su sano juicio hubiera corrido.

—Lo sé, niña. Pero soy diferente —parecía molesto—. Yo soy... Nunca vi más feliz a Rafael que ahora que tú entraste a su vida. No quiero que pierda esa felicidad.

—¿Y a dónde vamos? —cambié de tema de golpe, me importaba más saber cuál era su plan.

—A un lugar donde nos podremos deshacer de ellas.

—¿De ellas? Mi hermana todavía está viva —dije elevando el volumen de mi voz.

—Es cierto, perdón. Tengo un sitio donde podemos ocultar a tu madre sin meterte en un lío. Hay que hablar con tu hermana para llegar a un acuerdo. Son familia y tienen que protegerse.

—No creo que me perdone. Yo tampoco lo haría. Nunca creará que confundí a su mamá con un fantasma —entonces recordé que le había dicho a Ernesto el nombre del monstruo apenas me vio. ¿No le debió causar algún efecto que inculpara a la que había sido su mujer?

—Con Carmen, ¿verdad? —añadió él apretando los labios.

—Sí, ella. La madre de Rafael —no dejé malentendidos.

—Escucha, yo te creo. Sé quién era Carmen. Fue mi esposa, pero estaba mal de la cabeza. Tenía problemas mentales y no pudimos curarla. Se terminó matando la pobre, a Rafa no se lo conté porque lo quería proteger de ese dolor, le hice creer que nos había abandonado. Lo hice por su bien. Por nuestro bien. Este... a veces a ella la sueño, y siento que la veo cuando estoy despierto. Era mala. Mucho.

—¿Pero por qué se me aparecía a mí? ¿Yo qué tengo que ver con ella, ¡con ustedes!?

—No lo sé, Sofía. No puedo responderte eso. ¿Sabes? Será mejor que no discutamos este tema hasta que concluyamos lo otro primero. Necesito concentrarme para no extraviarnos.

—¿Por qué estamos saliendo de León?

—Confía en mí. Todo estará bien. Sólo ten fe. Ya conocerás el lugar. Ahora, abróchate el cinturón, por favor.

Sin dudarlo, acaté la orden y cerré la boca.

Pasaron alrededor de veinte minutos, en absoluto silencio, me pareció oír que golpeaban atrás de mí. Tal vez Alejandra ya había despertado. Sentí una impotencia gigante al no poder explicarle nada. Por lo que pude mirar en un letrero, Ernesto tomó la salida hacia Comanjilla. La carretera casi no se veía, la noche lo cubría todo, y las luces de La Vaca no eran suficientemente buenas para alumbrar a lo lejos. El señor se guiaba por otros carros que iban adelante de nosotros o que iban en sentido contrario. Luego de un gran tramo recorrido, se salió del trayecto para meterse a un camino sin pavimentar que se dirigía a un punto inexacto entre matorrales y arbustos. Me figuraba en un film de terror, aunque en lugar de escapar de un maníaco al volante sediento de vísceras, era de la justicia, y de los demonios. A duras penas mis ojos formaban los derredores. No tenía idea de cómo iba conduciendo él. La camioneta saltaba y tronaba, mientras luchaba con los baches en el suelo. Luego de más giros y zapes en la nuca con el techo, nos colamos por otro

camino de tierra, más plano. Al frente, las montañas se apreciaban en plenitud. En azules oscuros. Un montón de árboles hacían una valla junto a nosotros. Estábamos en lo que parecía ser el final de un sendero.

—Llegamos. Ayúdame —él ordenó y bajó de la troca.

Obedecí. Todo mi cuerpo se sacudía como maraca. Abrimos las puertas de la caja trasera de par en par, Alejandra cayó al piso gritando y pataleando. Intenté socorrerla pero el señor se interpuso.

—¡Déjala! Primero ayúdame a bajar esto —se quejó al señalar el cadáver de mi madrastra. Juntos lo arrastramos al borde de la caja y lo cargamos, él de un extremo y yo del otro. Mi hermanastra continuó retorciéndose como lombriz, embarrada de lágrimas lodosas. Nos acercamos al borde del camino, bajamos por un barranco hasta una parte árida y agrietada.

—¡Mierda! No traemos pala. Tenemos que buscar algo para cavar —indicó Ernesto enojado.

Fue cuando una intensa punzada me hizo caer de pompas. Mi cerebro se comenzó a calentar de súbito. Cerré los ojos. Los abrí. Vi mis pesadillas. El lugar en el que estábamos era donde debería estar un río. El paisaje. ¡Ese era el sitio! Una mujer de rasgos finos, de cabello oscuro y largo, y de piel casi de mi misma complexión, surgió y se acercó a mí. Me acarició el rostro, con cariño, me dio un beso en la frente, y me sonrió. Blanco. Un hombre enterrando dos cadáveres. Carmen y la otra señora. ¡Ernesto! La desconocida se postró delante de mí. Sentí su respiración. Me abrazó. Murmulló algo que no alcancé a descifrar. Calor. Se empezó a desmoronar, le salió humo y gritó haciéndome vibrar. Se convirtió en neblina. Ernesto me sacudía en el suelo.

—¡Sofía! ¡¿Qué te pasa?!

Miré su cara. ¿Tenía que dudar más? A esas alturas ya no podía sentarme y reflexionar las cosas. Claro, mi mente había jugado conmigo antes. Pero aquello era demasiado evidente. El padre de Rafael. Él había matado a Carmen y a... ¿era posible? ¿Y si el dichoso amante de mi madre había sido Ernesto? Significaba que... No. No. Mi madre y Carmen. ¡¿POR QUÉ?! Por esa razón este cretino me había llevado hasta ahí, porque ahí estaban enterradas sus víctimas. Pretendía que repitiéramos su acto. Estaba pendejo si este malnacido creía que le seguiría el cuento. Primero encarcelada que ser su cómplice.

—¡Suéltame! —grité y lancé sus brazos al aire, me arrastré y me levanté de una sentadilla.

—¿Qué te ocurre, Sofía?

—¡Usted las mató! ¿Verdad? —acusé caminando hacia atrás. Intimidada por éste que había empezado a perseguirme con lentitud.

—¿De qué carajos hablas?

—¡Que usted las mató! A su esposa. ¡Carmen! Y a otra mujer... ¿Quién era? ¿Mi madre? ¡¿Lourdes?!

—¡¿De dónde sacaste eso?!

—¡¿Es cierto?! ¡Conteste de una puta vez! Aléjese. Se lo advierto —amenacé encolerizada.

—No, Sofía. Es mentira...

—¡Dígame dónde las enterró! Sé que están aquí...

—¡Cállate! —explotó y rechinó los dientes—. Lo que sea que te hayan dicho es falso —cada vez me estaba acorralando más—. Yo... Yo te quiero, Sofía... Tienes que saber que...

La idea voló sobre mí y no quise creerla. No quería oír esas palabras de su boca.

—¡ATRÁS! Me voy a defender. Ya sabe de lo que soy capaz...

—No, Sofía. Tú no me harás nada. Soy todo lo que te queda. ¿Sabes por qué? Porque esperé mucho tiempo para encontrarte. Intuí que eras tú, mi única hija, cuando llegaste a mi casa, y

cuando dijiste tu nombre, lo corroboraste. No podía ser demasiada coincidencia. Tienes mis ojos, mi nariz... Creí que jamás te volvería a ver. Tu madre me apartó de ti. ¡Fue una egoísta! Ni siquiera supe dónde buscarte, o con qué hacerlo. No tenía nada para identificarte. Sé que la mujer que está en las bolsas era tu madrastra. Lulú era tu verdadera madre. Ella y nosotros íbamos a crearnos una nueva vida. Íbamos a ser felices juntos, Lulú, Rafael, tú, y yo. ¿No lo ves? El destino nos ha juntado de nuevo. Podemos iniciar desde cero, hija. Quiero que me des la oportunidad de recompensarte y de darte todo lo que te correspondía. Ser tu padre.

Las frases fueron un disparo directo al orgullo. Llevaba la sangre de ese cabrón. ¡De Rafael! El sentimiento me agobió por segundos. No me concedí quebrarme en ese instante. No había chance. De lo que estaba segura es que no viviría para complacer a ese hijo de puta. Giré y me lancé al borde superior del camino, todo mi peso cayó en mi panza, puse mis brazos en la superficie para poder subirme, Ernesto me sostuvo de un tobillo, me jaló del pantalón, le surté una patada en la cara, y me zafé. Corrí hasta Alejandra, le arranqué la cinta de la boca. Traté de aflojarle los nudos de las muñecas. “¡Cuidado!” me avisó ella, el señor me tacleó por la espalda. Azoté y él se reincorporó de un salto.

—¡No me hagas lastimarte, hija! —gruñó.

—¡AUXILIO! —gritó Alejandra provocando que el otro le pateara en la cabeza.

—¡No! —me levanté aun con el despiadado dolor en mi columna. Recordé que en la guantera de La Vaca estaba guardada una navaja que usábamos para cortar los lazos en el tianguis. Me abalancé hasta el asiento del copiloto. Abrí el compartimiento, y de entre unos papeles la saqué. Apenas Ernesto quiso someterme una vez más, le solté un navajazo en la cara. Gimió. Proyecté mi pie en sus testículos, él cayó en sus rodillas. Me dispuse a correr, él me alcanzó de un chamorro, me jaló y caí de boca. Regresé mi vista hacia él, le clavé la navaja en la mano que me sujetaba, me soltó. Le di la vuelta a la camioneta y llegué con Alejandra, quien ahora tenía sangre escurriendo de la nariz, pretendiendo abrir los ojos. Rasgué las cuerdas de las manos y de las piernas. Cuando iba a retirarlas, Ernesto instaló su brazo por encima de mi cuello, me jaloneó y me hizo soltar la navaja por la presión que empezó a ejercerme. Mi garganta se estaba rompiendo. No podía respirar. Él me siguió repitiendo que por qué lo obligaba a hacerme eso. Me arrastró al barranco, antes de arrojarme, me dio un puñetazo en la quijada. Rodé por las piedras y las espinas. Débil, abatida, y sin ganas de pelear. Él bajó y me puso un pie en el pecho. Me aplastó los senos.

—¡Hazme caso, Sofía! Me tienes que respetar.

—Primero muerta a respetarte, cabrón —gemí con mi última energía.

Ernesto se subió encima de mí. Enrojecido por la ira, colocó sus manos en mi cuello, y comenzó a ahorcarme. Mis ojos se iban solos. La lengua quería liberarse de mi boca. Algo se estaba fracturando dentro de mí. Mi paladar perdió la función. Me era increíble que me iba a ir de este mundo con la imagen de aquel maldito, que había sido más espeluznante que cualquiera de mis anteriores pesadillas y apariciones. La visión se me estaba yendo. Mi corazón bombeaba violentamente. Mi esperanza había muerto.

Rafael

El desasosiego me asfixiaba cada kilómetro que recorríamos en la carretera de León a Silao. Ya no podía exigirle más a Jorge. Íbamos excediendo el límite permitido por la administración de tránsito. Le platiqué detenidamente lo que me había ocurrido en toda la noche. Claramente se

consternó mas no se detuvo. Sabía que no me había creído con totalidad todo. Sin embargo, su fisgoneo por saber lo que íbamos a hallar fue más poderoso. Me hizo prometerle que si llegábamos al terreno y no acertábamos con nada, llamaríamos a la policía. Aquello lo había calmado para proseguir. En mi cognición daba vueltas una sola cosa; enfrentarme con Ernesto. Por primera vez en mi vida poseía algo con qué reclamarle, una simple ilusión, suposición, imaginación, lo que sea, de todas maneras no lo podía comprobar. Es gracioso, porque a la vez, percibía que cuando lo tuviera de frente enmudecería. La voz de la madre de Sofía persistía en mis oídos. Como si me estuviera apresurando.

Cerca estuvimos de atascarnos cuando entramos al sendero después de salirnos de la autopista hacia Comanjilla, dado que el automóvil de Jorge no era apto para ese tipo de planicies. Me frustraba ser consciente que cada minuto que tardábamos algo sucedía y yo no estaba al corriente. Finalmente accedimos por el antiguo camino al campo de mi abuelo. Una camioneta Camper yacía estacionada a la distancia. Jorge activó las luces altas. Conforme nos aproximábamos iba vislumbrando unas sombras que batallaban por salir del barranco colindante, por donde pasaba el arroyo. Llegamos y descendí del sedán a toda prisa. Se me fue el aliento.

Sofía

Oscuridad. Profundidad. Lorena se formó en mi vista. Sus abrazos, sus regaños, sus cuidados. Los pleitos con Alejandra, su falso aprecio que terminaba siendo auténtico. La amistad que tuvimos cuando éramos niñas, y que aún existía de cierta forma, diferente, renuente, pero presente. La vida que había tenido, y que pudo haber sido distinta si Lorena no me hubiera adoptado. Me lamenté por todas las estupideces que había hecho. Mario. Las drogas. La rebeldía. Lo malagradecida. Había llegado mi hora. Me arrepentí.

El oxígeno entró a mis pulmones. Salí de la antesala de la muerte. Alejandra estaba parada frente a mí, sosteniendo un tubo de fierro, que incluso con la escasa luz, distinguí que tenía sangre en la punta —qué bueno que nunca bajábamos nada del puesto de La Vaca—. Ernesto estaba a mi lado, con la cabeza machacada. Mi hermanastra me había salvado la vida.

Me levanté con dificultad, sobándome el cuello. Alejandra todavía me miraba aturdida. Soltó el tubo y se alejó de mí. Cuando objeté por acercarme y al fin pedirle perdón, un estruendo nos sorprendió. Truenos, relámpagos. Como si viniera de las montañas, un vendaval nos sacudió. Se escucharon sollozos, suspiros, lamentaciones. Eran femeninos. Las ramas de los árboles se remolineaban bruscamente. El polvo se levantó del suelo y se hicieron torbellinos que nos pasaron por encima. Era como si la tierra hubiera exhalado. Liberando una energía reprimida. En un santiamén todo retornó a como estaba antes. Aunque el ambiente se había aligerado, como si la gravedad hubiera cambiado. Como si uno se hubiera quitado un peso de los hombros. Alivio. Alejandra y yo nos mirábamos confundidas, sin decir palabra. Un crujido acaparó nuestra atención. El bulto de bolsas de plástico se estaba moviendo. ¿De veras estaba pasando? Miedosa, me arrimé. Escuché su voz. Empecé a romper el envoltorio como una lunática. Lorena sacó su cabeza de un salto, tosiendo y agitada. Caí en mis espaldas por la impresión. Estaba viva de nuevo. ¿O acaso nunca murió? ¡Y no estaba drogada! Era real. ¡En vivo! Su blusa solamente tenía la rasgadura de la cortada, pero la herida ya no estaba ahí.

—¿Sofía? —carraspeó.

No ideaba qué decir. Aún me sentía culpable. Pero estaba más contenta que nunca. Ver a mi madrastra con vida había sido la mejor experiencia —situación que nunca contemplé—. Ella me

agarró la cara, y me acarició.

—¿Estás bien? ¿Qué pasó? —miró a Alejandra—. Alejandra, hija. ¿Qué hacemos aquí? —la gorda corrió hacia ella y la estrujó entre sus brazos, llorando a moco tendido.

Alejandra volteó a verme, y de una forma inexplicable entendí lo que me dijo con la mirada. No había necesidad de hablar más por ahora.

—¿Por qué estoy manchada de sangre? ¡¿Qué chingados?! ¿Quién es él? —se espantó al ver el cuerpo sangriento.

—Tranquila, Lorena. Es una larga historia —declaré—, pero no te angusties. Yo misma me encargaré de hacerme responsable...

—No, Sofía. Yo fui, mamá —se entrometió Alejandra. Lorena sólo nos veía completamente asustada.

—No, Alejandra... ¡Olvidalo! Tenemos que irnos de aquí. Estoy hasta la madre de este pinche lugar.

Alejandra y yo ayudamos a Lorena a levantarse, quien aún seguía en estado de *shock*, la recargamos sobre nuestros hombros, y subimos el desnivel. Un coche se estacionó de repente. Apareció Rafael. ¿Cómo supo que estábamos ahí? ¿Cómo carajos le iba a explicar que su padre no era el ejemplo que él creía que era? Gritó de horror, bajó tropezándose, y se tiró junto a su padre —lo que quedaba de él—. Me destruyó el alma verlo llorar y sufrir de esa manera. Le habíamos arruinado su vida. Un tipo fufurufu lo acompañaba, y a los pocos segundos se puso junto a él, consolándolo y tratando de apartarlo del desfigurado. Me acobardé, no expulsé ni una sola oración. Me quedé estática, lamentándome por dentro, en lo que los llantos de Rafael no descansaban. El otro chavo llamó a la policía.

Rafael

El destino no me proporcionó más oportunidades con mi padre. Jamás podré objetarle las inquietudes que me habían acalambrado en ese lapso nocturno. No estoy satisfecho con las visiones que tuve. Ernesto Mendoza Núñez había sido un hombre ejemplar para mí, un microempresario digno de galardonar, un buen ciudadano que hacía todo acorde a la ley. Era protector y amoroso, a su estilo. Prefiero quedarme con eso. No con el monstruo en que se desvirtuó de la noche a la mañana. No con el criminal que terminó recibiendo su merecido. Conmemoro vagamente lo que aconteció posteriormente que descubrimos a Sofía y a su familia empezada la madrugada. Se me borró de tajo mi lucidez. Pues no me concernía remediar a nadie más. Únicamente quería sujetar a mi padre entre mis brazos, por los últimos minutos en que seguía caliente. Hasta que llegaron un par de oficiales y me retiraron a jalones de su cadáver, para que permitiera a la SEMEFO hacer su trabajo. Ignoré el estado de Sofía, nada más lograba entrar a mi cerebro. Yacía en estado vegetativo. Jorge y yo nos fuimos escoltados por una patrulla. No me despedí de nadie.

Han pasado meses desde esa desgracia. Me he quedado con todo, la casa, la zapatería, las deudas. Opté por abandonar mis estudios para ocuparme de todas las nuevas responsabilidades que recibí de recompensa. Solo.

Ni loco me pasa la cavilación de un noviazgo por ahora. Todavía no, y no sé cuándo. Marta me está visitando una vez a la semana, me trae pasteles para elevarme el ánimo, Toño me ha dejado de hablar, no sé por qué, siempre ha sido un bruto, sólo me he enterado de que está repitiendo el cuatrimestre. Jorge y Tamara pasan por mí los fines de semana y nos vamos al cine, a algún

restaurante, o al boliche. Me están impulsando a salir adelante. A superar los traumas.

Yazco inmerso en una disputa legal, pues mi única tía está reclamando parte de mi propiedad, evidentemente nos hemos enemistado.

León brincó las revueltas como un simple charco, aunque los conflictos socioeconómicos siempre están presentes. Quizás todo mejore si el ranchero de Vicente Fox toma la presidencia del país, se ha postulado, y confío en que ganará, no sólo lo apoyo porque provenga de esta ciudad, sino porque México se merece un cambio trascendental. Un partido político de distinto color en el poder significaría mucho.

No he vuelto a saber de Sofía desde que me dio el pésame en el funeral de mi padre. Me limité en estrecharle un saludo, agradecerle tajantemente, y dirigirme con otro asistente para recibir las condolencias. Por todo lo que dice ella, es inocente. No obstante, estoy herido, y parece que no puedo curarme. Francamente no deseo hacerlo. Lamento que nuestra relación haya tenido que finalizar así. Ella me buscó reiteradamente sin embargo, siempre me le escondí, fingía no estar en casa ni en la tienda. En un par de semanas ella dejó de intentarlo. Requiero más tiempo para perdonar. Primeramente, para saber a quién debo hacerlo. Espero un día me sienta totalmente listo para entablar conversación con ella. No sé si aquello ocurra. Si es así y, si tengo suerte, tal vez, me dé permiso de entrar a su vida de nuevo.

Sofía

Alejandra y yo terminamos culpándonos por la muerte de Ernesto. Pasamos unas horas en la prisión del Cerezo hasta que conseguimos un abogado, que consiguió liberarnos rápidamente gracias a mis rezos. Pero aún estamos en juicio, el cual pinta bien, pues tenemos muchas pruebas de ataques físicos a nuestro favor. Nadie investigó la ropa rasgada de Lorena. Ella misma no podía dar testimonio de eso. Cuando llegé a la casa me dijo que había encontrado la cocina hecha un caos, pero no mencionó nada más.

Asistí al entierro del padre de Rafael. No aguanté verlo derramar más lágrimas. Cuando le di el pésame fue cortante conmigo, y eso me hizo saber que no creía en mi inocencia. No lo culpo, el lazo que habíamos hecho no había sido demasiado fuerte. Lo busqué muchas veces para que habláramos. Quería que me dejara explicarle con más calma todo lo que me había pasado, y cómo fue que descubrí que Ernesto había matado a nuestras madres. Pero no me dejó hacerlo. Hice hasta lo imposible por topármelo, pero se había vuelto un tipo exclusivo, creído y muy ocupado. Mamón pues. Me rendí. La vida me decía claramente que debía dejarlo en paz.

Mi vida es normal, nada de apariciones. Estoy segura de que la última mujer que vi era mi madre, luego de que Lorena me la describiera detalladamente. Sé que de alguna forma, también me salvó. Hoy ya no me incumbe saber más del pasado, sólo quiero seguir con mi rutina —la cual ahora valoro—. Estuve a un pelo de rana calva de perderlo todo. Ya no quiero desperdiciar más momentos por mi estupidez. Lorena, Alejandra y yo nos hicimos más allegadas. En ocasiones todavía me caen mal. Sin duda. ¿Pero a quién no le cae mal su familia a veces? Las quiero. Ya no me fastidia tanto que Lorena me diga “hija”. Lo más inaudito, la “cuerpo de barril” se ha ido a ayudarnos al puesto. Ahora somos tres comerciantes, más unidas que los hilos de una tanga.

Está demás esto, pero la otra vez, mientras veíamos en acción a Bruce Willis en la televisión, tocaron la puerta. Me tocó salir luego de perder un piedra, papel o tijera con Alejandra. Era nada menos que Mario. Más traqueteado y jodido que nunca. Me dijo que había regresado por mí, que me amaba y que no podía vivir sin mí. Antes de azotarle la puerta en la nariz, muy cordialmente

me despedí.

—Chinga a tu madre.

Dedicatoria:

A Kesia, la luz que ilumina mi vida.
A Donato, la columna que me mantiene.
A Nahomi, la guerrera que me inspira.
A todos mis seres queridos.

Nota del autor en la versión de pasta blanda:

Mi más profundo agradecimiento a los que ayudaron a que este proyecto fuera posible con sus donaciones:

Chris O'Halloran. Lina María Mercedes Navarro González. Federico Arellano Ortiz. Marisol Campos Cabrera. Donato Navarro González. Ángel TOXARICA. Gabriela Navarro González. Jehú Fierro Benítez.

La formación de *Sálvame de los espíritus* estuvo a cargo de Diana Avendaño, lo mismo para el diseño de portada. Mariloli Valdovinos es quien estuvo a cargo de la edición. Karenina Saro fungió como coordinadora editorial.